DE LA AUTORA DE *ECONOMÍA CANALLA*

LORETTA NAPOLEONI

EL FÉNIX ISLAMISTA

EL ESTADO ISLÁMICO Y EL REDISEÑO DE MEDIO ORIENTE

PAIDÓS

Índice

Portada
Dedicatoria
Nota sobre la terminología
Introducción
Prólogo. ¿Una nueva variedad de terrorismo?
Capítulo 1. De al Zarqawi a al Bagdadí
Capítulo 2. Ensayos para el califato
Capítulo 3. La paradoja de la nueva Roma
Capítulo 4. El fénix islamista
Capítulo 5. La yihad moderna
Capítulo 6. Salafismo radical
Capítulo 7. Los nuevos mongoles
Capítulo 8. Guerras premodernas contemporáneas
Epílogo
Glosario
Agradecimientos
Notas
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

A Giuseppe. Gracias por tu apoyo

NOTA SOBRE LA TERMINOLOGÍA

El ascenso al poder de la organización armada que en junio de 2014 adoptó el nombre de Estado Islámico ha sido rápido y pasó desapercibido, en gran medida, hasta hace poco. En los últimos años, el grupo ha cambiado de nombre varias veces. En origen formaba parte de al Tawhid al Yihad, la organización de Abu Musab al Zarqawi. Más tarde se convirtió en Estado Islámico de Irak (ISI por sus siglas en inglés) y finalmente se unió a Al Qaeda de Irak. En 2010, Abu Bakr al Bagdadí se convertía en su líder, y el grupo recuperó su anterior denominación de Estado Islámico de Irak. En 2013, tras su fusión con una sección de Jabhat al Nusra, grupo yihadista sirio afiliado a Al Qaeda, la organización tomó el nombre de Estado Islámico de Irak y Levante (al Sham), más conocido por las siglas inglesas ISIL o ISIS.[1] Finalmente, poco antes de la proclamación del califato, el ISIS se convertía en el Estado Islámico. Pero desde un principio, en Siria, y actualmente también en Irak, al grupo se le conoce simplemente por *al Dawlat*, el Estado.

Cada uno de estos nombres coincide con evoluciones drásticas e importantes cambios en la vida de la organización. En este sentido, la semántica del Estado Islámico constituye una pieza complementaria del rompecabezas político de Oriente Próximo que Occidente y el mundo se esfuerzan por recomponer.

El nombre de al Tawhid al Yihad, que suele traducirse como monoteísmo y yihad, significa que Dios lo es todo y está en todas partes; la vida solo puede existir bajo su ley. En consecuencia, los musulmanes

consideran al Estado Islámico histórico el primer califato, obra en el siglo VII del profeta Mahoma y sus compañeros, una sociedad perfecta gobernada por mandato divino. En otras palabras, se le conceptúa como expresión política de la voluntad divina. Hoy, el gesto distintivo de al Tawhid, apuntar con el dedo índice al cielo, se ha convertido en saludo casi oficial del Estado Islámico contemporáneo.

La evolución de al Tawhid al Yihad a Estado Islámico de Irak se enmarca en el intento del grupo armado de al Zarqawi de actuar en Irak, limitando la yihad a ese país a modo de trampolín para restablecer el califato. De igual modo, la decisión de al Bagdadí de añadir los vocablos «al Sham», antigua denominación de Damasco y territorios circundantes a partir de los cuales gobernaron los primeros califas, representa un paso adelante respecto al de su predecesor y señala el comienzo de un esfuerzo de expansión de fronteras para lograr el objetivo final de la organización: la reconstrucción del califato.

El surgimiento del Estado Islámico, última denominación adoptada por el ISIS un día antes de la proclamación del establecimiento del califato, marca una nueva fase importante en la construcción de la nación, el proceso de recrear las circunstancias que en el siglo VII condujeron a la fundación de la sociedad islámica ideal.

Actualmente, los medios occidentales y los políticos utilizan diversas denominaciones para referirse a la organización armada dirigida por al Bagdadí. La Casa Blanca y Downing Street emplean la de ISIL, mientras que los medios de comunicación estadounidenses optan por ISIS. La red pública de radiodifusión estadounidense prefiere, sin embargo, la de Estado Islámico, y en Australia los medios han adoptado el término de Grupo del Estado Islámico para no dar la impresión de que se trata de un estado y no de una organización armada. En inglés, suenan mejor, en general, las siglas ISIS e ISIL, que IS. La razón de la renuencia de los políticos a emplear la palabra «estado» es el recelo a reconocer, pese a que sea únicamente en una palabra, la reivindicación del Estado Islámico de no ser una organización

terrorista sino un estado legitimado por una guerra de conquista y consenso interno.

Empleo en el libro el término Estado Islámico ya que así se ha definido recientemente el grupo y es muy probable que se le siga conociendo por ese nombre. En mi opinión, el término Estado Islámico conlleva un mensaje mucho más realista para todo el mundo que el de ISIS o ISIL. Un mensaje que expresa la determinación del grupo de llegar a la creación, en pleno siglo XXI, de una versión del califato histórico. Emplear siglas menos explícitas, tal vez por motivos propagandísticos, para ocultar la auténtica naturaleza del Estado Islámico, de nada servirá para hacer frente a su amenaza real. Lo más probable, por el contrario, insisto, es que nos impida desarrollar una estrategia adecuada para llevar la paz de una vez por todas a Oriente Próximo.

INTRODUCCIÓN

Por primera vez desde la Primera Guerra Mundial, una organización armada está trastocando el mapa de Oriente Próximo trazado por Francia y Gran Bretaña. Con su guerra de conquista, el Estado Islámico (EI), previamente conocido por Estado Islámico de Irak y Levante (al Sham), ISIL o ISIS, borra las líneas fronterizas trazadas en virtud del Acuerdo Sykes-Picot firmado en 1916. Hoy en día, la bandera negra y oro del EI ondea sobre un territorio mayor que el del Reino Unido o Texas, desde la orilla del Mediterráneo en Siria hasta el corazón de Irak, el área tribal suní. Desde junio de 2014, esta región es conocida como Califato Islámico,[2] denominación extinguida con la disolución del Imperio otomano por obra de Ataturk en 1924.

Muchos observadores occidentales ven en el Estado Islámico, igual que antes en Al Qaeda, una organización anacrónica que pretende retrasar el reloj de la historia. Efectivamente, refugiados sirios e iraquíes han descrito un modo de gobernar a semejanza del de los talibanes. Se ven carteles prohibiendo fumar y utilizar cámaras fotográficas; las mujeres tienen prohibido ir solas por la calle y debe acompañarlas un familiar varón; en público, deben mostrarse cubiertas y no vestir pantalones.[3] Al mismo tiempo, el Estado Islámico parece decidido a efectuar una especie de limpieza religiosa con su proselitismo agresivo. Los habitantes de su territorio que no huyen han de adoptar el salafismo radical si no quieren correr el riesgo de ser ejecutados.

Desde su aparición en el escenario global, el califa Abu Bakr al Bagdadí, líder del EI, ha sido comparado con el Mulá Omar de Al Qaeda. Comparación que, por ironía, es muy posible que haya inducido a la inteligencia occidental a subestimarlo tanto a él como a su organización armada. A pesar del enfoque aparentemente medieval de la ley y el control social, es un error considerar esencialmente retrógrado al EI. Mientras que el universo talibán se reducía a escuelas coránicas y conocimientos basados en los escritos del Profeta, el caldo de cultivo del Estado Islámico ha sido la globalización y la tecnología moderna.

Lo que diferencia a esta organización de otros grupos armados expoliadores —incluidos los que operaban durante la Guerra Fría— y lo que explica su enorme éxito es su modernidad[4] y pragmatismo. Sus dirigentes demuestran un conocimiento sin precedentes de las limitaciones a las que se enfrentan los poderes contemporáneos en un mundo globalizado y multipolar. El EI supo ver, por ejemplo, mucho antes que nadie, que la intervención de una coalición extranjera, como la de Libia o Irak, no iba a ser posible en Siria. Con esta premisa, la dirección del Estado Islámico ha sabido explotar el conflicto sirio a su favor y casi sin que se percibiera: una versión contemporánea de la tradicional guerra intermediada con numerosos inductores y muchos grupos armados. Debido a su deseo de un cambio de régimen en Siria, Kuwait, Qatar y Arabia Saudita, han financiado alegremente una plétora de organizaciones armadas entre las cuales el EI es una más. Pero, en vez de hacer la guerra deseada por su patrocinador, el Estado Islámico ha empleado el dinero para establecer sus propios enclaves territoriales en regiones financieramente estratégicas, como los ricos campos petrolíferos del este de Siria. Ninguna organización armada de Oriente Próximo había prosperado en el gobierno de una región gracias a la ayuda de los acaudalados patrocinadores del Golfo.

En agudo contraste con la retórica talibán, y pese al brutal trato que da a sus enemigos, el Estado Islámico va difundiendo un mensaje político que arraiga en el mundo musulmán, positivo en parte: el regreso del califato, una nueva época dorada del Islam. El mensaje llega en un momento de

intensa desestabilización en Oriente Próximo, con Siria e Irak en llamas, Libia al borde de un nuevo conflicto tribal, Egipto agitado y con un gobierno militar e Israel una vez más en guerra con Gaza. Por ello, el renacer del califato con un nuevo califa, al Bagdadí, para muchos suníes, no es la simple emergencia de un grupo armado más, sino el de una nueva y prometedora entidad política que surge de las cenizas de décadas de guerra y destrucción.

El hecho de que esta ave fénix islamista se hiciera realidad en 2014, precisamente el primer día del Ramadán, el mes sagrado de ayuno y oración, debe considerarse como un poderoso presagio del reto que el Estado Islámico plantea a la legitimidad de los cincuenta y siete países de población mayoritariamente islámica. Como dijo el portavoz del EI Abu Mohamed al Adnani, «la legalidad de todos los emiratos, grupos, estados y organizaciones queda anulada a merced de la expansión de la autoridad del califa y la llegada de sus tropas a los territorios». Reto planteado por un estado moderno que cuenta con un ejército moderno y que retrotrae su legitimidad a la primera expansión territorial del Islam en la Arabia de los siglos VII y VIII.

Esta auténtica amenaza es particularmente sensible en los países fronterizos de Siria e Irak. En julio de 2014, la bandera del Estado Islámico ondeaba en las aldeas jordanas, y en agosto millares de militantes del Estado Islámico penetraban en el Líbano desde Siria y tomaban la ciudad de Arsal. A partir del lanzamiento de esta ofensiva, incluso los primeros patrocinadores sienten temor ante el poder militar del califato: a principios de julio Arabia Saudita desplegó treinta mil soldados en su frontera con Irak cuando el ejército iraquí se retiró de la zona.

Pero el tinte religioso y las tácticas terroristas ocultan una máquina política y militar plenamente dedicada a crear una nación y, lo que es más sorprendente, a obtener el consenso al hilo de sus conquistas territoriales. La población de los enclaves controlados por el califato asegura que la llegada de los combatientes del EI marca una mejora del funcionamiento cotidiano en las aldeas. Los combatientes del EI arreglan las carreteras,

organizan comedores populares para los que han quedado sin techo y aseguran el suministro diario de electricidad.[5] Con ello, el EI da muestras de cierta comprensión del hecho de que en el siglo XXI no se pueden crear nuevas naciones simplemente por medio del terror y la violencia. Para triunfar necesita el apoyo popular.

Si territorialmente el plan consiste en restablecer el histórico califato de Bagdad —entidad que en su apogeo se extendía desde la capital de Irak hasta el actual Israel, antes de ser destruida por los mongoles en 1258—, políticamente el objetivo del Estado Islámico es moldear su reencarnación en el siglo XXI. En su discurso, el nuevo califa al Bagdadí prometía devolver a los musulmanes la «dignidad, la fuerza, los derechos y el liderazgo» del pasado, y pidió que se unieran a él médicos, ingenieros, jueces y especialistas en jurisprudencia islámica.[6] Mientras hablaba, un equipo de traductores difundía por todo el mundo el texto del discurso casi en tiempo real, a través de redes yihadistas, Facebook y Twitter, y en varios idiomas, entre ellos inglés, francés y alemán.[7]

Muchos ven como principal propósito del Estado Islámico ser para los musulmanes suníes lo que Israel representa para los judíos: un estado en su tierra ancestral, puesto al día; un poderoso estado religioso que los protege estén donde estén. Por muy chocante y repulsiva que la comparación pueda parecer, no deja de ser un fuerte mensaje dirigido a los jóvenes musulmanes sin futuro que viven en el vacío político creado por factores inquietantes como la corrupción, la desigualdad y la injusticia de los estados musulmanes actuales; la despiadada dictadura de Bachar El Assad; la negativa por parte del gobierno de al Maliki a integrar a los suníes en el tejido de la vida política iraquí y dejar de perseguirlos políticamente; el fracaso en restablecer la infraestructura socioeconómica destruida durante la guerra; y la elevada tasa de desempleo. Es un mensaje que cala y es a la vez tentador para quienes viven en el extranjero, jóvenes musulmanes sin futuro de Europa y Estados Unidos que a duras penas logran integrarse en una sociedad occidental que ofrece cada vez menos oportunidades a las generaciones jóvenes. Ninguna organización armada ha demostrado mayor

perspicacia e intuición política en correlación con las políticas de los países de Oriente Próximo y la frustración de los emigrantes musulmanes en todo el mundo. Ninguna organización armada ha sabido amoldarse con tanto éxito a factores contingentes como son dotarse de infraestructura socioeconómica básica y de la participación comercial de la autoridad local de los territorios que controla en su esfuerzo por la construcción de una identidad nacional.

La jefatura del EI ha analizado bien las tácticas y la estructura de otros grupos armados, aplicando las lecciones en un nuevo contexto. Al igual que las organizaciones armadas europeas de las décadas de 1960 y 1970, como las Brigadas Rojas de Italia o el IRA irlandés, el Estado Islámico sabe apreciar el poder de la «propaganda del miedo», y ha hecho gala de su maestría utilizando las redes sociales para difundir entre audiencias locales y globales esmerados vídeos e imágenes de sus actos atroces. Que el miedo es un arma de conquista mucho más poderosa que los sermones religiosos es un hecho que Al Qaeda no supo entender. El Estado Islámico sabe apreciar que la violencia extrema vende como noticia: en un mundo sobrecargado de información, el ciclo ininterrumpido de veinticuatro horas de emisión de noticias exige cada vez mayor número de imágenes; esto explica el exceso de vídeos con castigos y torturas brutales subidos a la red en formatos susceptibles de ser visualizados en los móviles. En nuestra sociedad voyerista y virtual, el sadismo con envoltorio atractivo se ha convertido en espectáculo.

El Estado Islámico ha aprendido también la lección del poder de la propaganda ajena aplicada a su tierra. Ha analizado la maquinaria propagandística de los gobiernos de Estados Unidos y el Reino Unido para justificar el ataque preventivo a Irak en 2003. Tomó nota en particular del discurso ante el Consejo de Seguridad de la ONU del 5 de febrero de 2003 del secretario de Estado Colin Powell, a quien se atribuye la invención del mito de Abu Musad al Zarqawi para justificar la invasión de Irak. Gracias al empleo masivo y altamente profesional de las redes sociales, el Estado

Islámico ha generado a su vez falsos mitos para ganar prosélitos, reclutar combatientes y recaudar fondos a lo ancho del mundo musulmán.

Factor crucial en el éxito de esta estrategia es la maraña de secretismo y mito cuidadosamente tejida en torno al líder del EI, Abu Bakr al Bagdadí. En nuestro mundo saturado de información, el misterio desempeña también un papel importante en el estímulo de la imaginación del público. Cuanto más se oculta algo, más se atiza el deseo de descubrirlo, y cuanto menos se sabe, más se da pábulo a la imaginación. Basta con ofrecer al público unos videoclips para que por sí mismo complete la historia a su manera. La publicidad moderna ha construido una industria de miles de millones de dólares sobre conceptos simplistas. La propaganda del Estado Islámico los utiliza ahora para fabricar el mito de al Bagdadí y el nuevo califato. El fundamento del Islam es la incógnita del regreso del Profeta. Por ello, al mismo tiempo que el EI aterroriza a Occidente con asesinatos bárbaros y repugnantes, a sus seguidores musulmanes les hace creer que el Profeta ha regresado encarnado en al Bagdadí. Lo sorprendente es que nos sorprendamos.

Con el palo de la violencia, la sharía y la zanahoria de las redes sociales propagandísticas y de una serie de programas sociales populares destinados a mejorar las condiciones de vida de la población suní atrapada dentro del territorio del califato, el EI demuestra su enorme pragmatismo. (También en este sentido se diferencia de Al Qaeda.) Si esta estrategia tiene éxito, la comunidad internacional se verá obligada a hacer frente a un nuevo escenario en la historia del terrorismo y el nacionalismo. Digamos que el Estado Islámico habrá aportado una solución factible al «dilema del terrorismo», reto definitivo del estado moderno.

El estado moderno debe, en efecto, decidir si considerar los actos terroristas como una amenaza a la seguridad nacional o a la ley y al orden. El dilema surge de la doble responsabilidad del estado moderno: proteger a sus ciudadanos de enemigos externos y delincuentes internos. Los grupos armados pretenden derrocar los estados establecidos y plantean una amenaza a la seguridad nacional; el propósito, por ejemplo, del EI es liberar

los territorios del antiguo califato de Bagdad del gobierno déspota chií y anexionarse Jordania e Israel para restablecer la entidad de un Estado Islámico. Pero los grupos armados utilizan medios delictivos para alcanzar sus fines y, en el caso de Al Qaeda y el Estado Islámico, medios bárbaros como el de suicidas que detonan explosivos y la crucifixión del adversario. Hasta la guerra contra el terror de Bush, los estados venían considerando el terrorismo una forma de delito, es decir, una amenaza a la ley y el orden, y lo reprimían por medio del poder judicial. Incluso cuando Bush calificó a Al Qaeda de amenaza a la seguridad nacional, sus activistas quedaban bajo la consideración de combatientes ilegales sin concederles el estatus de enemigos. En consecuencia, podemos definir el terrorismo como un delito con propósito bélico.[8]

Sin embargo, si el Estado Islámico, utilizando el terrorismo como medio para hacerse con el control de territorios, y reformas políticas y sociales para ganarse el consenso popular, logra la construcción de un nuevo estado, un estado que el mundo quede obligado a reconocer, habrá demostrado lo que todas las organizaciones armadas reivindican: que sus miembros no son delincuentes sino enemigos empeñados en una guerra asimétrica para derrocar regímenes ilegítimos, tiránicos y corruptos.

Escribo este libro mientras prosigue la guerra de conquista del Estado Islámico, siguiendo de cerca las noticias. Como el conflicto aún durará lo suyo, mi propósito es dar respuesta a cuestiones clave sobre la naturaleza y los objetivos del Estado Islámico y el califato; no predecir el resultado del conflicto, sino ayudar al lector a entender su verdadera índole. La conclusión que se plantea de entrada es que, a partir del 11-S, el negocio del terrorismo islámico, en vez de disminuir, va en aumento (al extremo de que ahora ha invadido el ámbito del nacionalismo), gracias sencillamente a mantenerse a la altura de un mundo de rápidos cambios en el que la propaganda y la tecnología desempeñan un papel vital cada vez más importante. No puede decirse lo mismo de las fuerzas empeñadas en impedir su expansión.

Prólogo

¿UNA NUEVA VARIEDAD DE TERRORISMO?

En los últimos tres años, el Estado Islámico ha obtenido éxitos sin precedentes. Con medios brutales y una aguda percepción, quizá logre lo históricamente imposible: la reconstrucción del califato. En la época posterior a la Segunda Guerra Mundial no hubo ningún grupo armado que lograra ganar un territorio tan extenso. En su mejor momento, la OLP, con gran margen la mayor organización armada en Oriente Próximo, controlaba solo una fracción de territorio comparado con el que actualmente domina el Estado Islámico. Este logro suele considerarse consecuencia del conflicto sirio, que se interpreta como incubadora de una nueva variedad de terrorismo.

Efectivamente, en plena guerra civil siria posterior a la Primavera Árabe, plagada de sus propios islamistas insurgentes, Siria se presta a una narrativa oportuna que permite descartar cualquier idea de amenaza común que relacione al Estado Islámico con el 11-S y la invasión de Irak en 2003. Occidente y el mundo entero se aferran desesperadamente a la idea de que no hay precedente histórico al horrible presente de Irak y Siria y de que no somos responsables de lo que sucede en Oriente Próximo. Por ello, al contrario que las tropas harapientas de Al Qaeda en Afganistán o el ejército de suicidas de al Zarqawi en Irak, se ve la imagen del Estado Islámico como una nueva especie: una organización capaz de generar inmensos ingresos,

que actúa al modo de una multinacional de la violencia, posee un ejército grande y moderno y paga a soldados bien entrenados. Todo ello es cierto. Lo que no es cierto es la novedad y exclusividad de sus rasgos genéticos.

Desde luego, a diferencia de los talibanes o de Al Qaeda, el Estado Islámico maneja grandes ingresos, generados en parte por la anexión de bienes productivos como campos petrolíferos y centrales eléctricas en Siria. Según el *Wall Street Journal*, solo la exportación de petróleo genera diariamente dos millones de dólares.[9] Aparte de esto, en los territorios bajo su control, el EI recauda impuestos sobre las operaciones comerciales y la venta de armas, el equipamiento militar y los productos de uso básico, la mayor parte de ellos llegados a través de lucrativas rutas de contrabando que cruzan las fronteras de Siria con Turquía e Irak. Hace poco quedó confirmada la excepcional «perspicacia comercial» de esta organización en comparación no solo con los talibanes, sino con cualquier otro grupo armado, debido al descubrimiento casual de su «informe anual». Un informe con detallados asientos de ingresos y gastos, sin que falte el coste de cada misión suicida, elaborado según las técnicas contables más sofisticadas y en el que figuran detalles que al lector podrían escapársele en el balance de una próspera multinacional legal.[10]

Pero no es exclusiva del Estado Islámico la habilidad para funcionar como una corporación del terror ni su capacidad para generar riqueza en efectivo ni su comprensión de la importancia de bienes estratégicos, como la presa de Mosul. A mediados de la década de 1990, según la CIA, la OLP había ingresado entre 8.000 y 14.000 millones de dólares, una cifra superior por entonces al PIB de Bahrein (6.000 millones), Jordania (10.600 millones) y Yemen (6.500 millones).[11] Con una riqueza calculada en 2.000 millones, el Estado Islámico dista mucho de alcanzar la riqueza de la OLP.[12]

Pero en lo que EI sí supera a todas las organizaciones armadas precedentes es en capacidad militar, manipulación de los medios, programas sociales y, sobre todo, el sentido constructivo de la nación. Estas sutiles ventajas sobre los planes que, generalmente, adoptan los grupos armados

indican un adelanto respecto al viejo modelo de terrorismo, y no una mutación genética. Mejora que, en efecto, deriva de la habilidad del Estado Islámico para adaptarse al escenario de cambios tan rápidos después de la Guerra Fría.

Antes, las actividades terroristas estaban circunscritas a pequeños territorios dominados por el ejército de un estado fuerte: la OLP luchaba contra la máquina militar israelí; el IRA, contra el Ejército británico. Además, las aspiraciones territoriales de las organizaciones insurgentes eran necesariamente restringidas en función de alianzas de mayor entidad de la Guerra Fría que reforzaban las fronteras estatales, y solo dos superpotencias podían permitirse financiar guerras por procuración.

Actualmente, vivimos en un mundo multipolar de alianzas cambiantes, plagado de terrorismo patrocinado por el estado. Por ello, el Estado Islámico ha podido abrir camino a su califato en una vasta región infectada de guerras sectarias financiadas por varios estados. Con ello se ha ganado más de un enemigo: los ejércitos de Siria e Irak, el Frente Islámico, la coalición de grupos yihadistas, los rebeldes sirios, así como las milicias chiíes y los peshmergas kurdos, todos ellos combatientes en diversos frentes y algunos minados por la corrupción.[13] Esta es una diferencia clave que explica que el Estado Islámico haya sido capaz de lanzar una guerra de conquista que amenaza con trastocar las fronteras de una región tan vasta como Oriente Próximo, algo que ninguna organización armada había logrado nunca.

Si su capacidad económica y militar no lo caracterizan como nueva variedad del terrorismo, tampoco lo hace su tendencia al exhibicionismo de la violencia bárbara premoderna, que los medios occidentales han calificado erróneamente de objeto de estupefacción incluso para los dirigentes de Al Qaeda. Fue la propia Al Qaeda, por orden del infame cerebro del 11-S Jalid Sheikh Mohamed, la responsable de la decapitación en 2002 del periodista del *Wall Street Journal* Daniel Pearl, bárbaro asesinato difundido por primera vez en el mundo entero. A la ejecución de Pearl le siguió, en 2004, la decapitación de Nicholas Berg a manos del grupo de Abu Musab al

Zarqawi. Ese mismo año, la emboscada a cuatro guardianes de seguridad de Blackwater, cuyos cadáveres quemados fueron arrastrados por las calles de Faluya, confirmó lo que muchos consideraron el súmmum del mal. Lamentablemente, las acciones violentas del Estado Islámico tienen parangón.

Por tanto, de las cenizas de la Guerra contra el Terrorismo, en el escenario ulterior a la Guerra Fría de guerras intermediadas, el Estado Islámico, con envoltorio nuevo, no es otra especie de terrorismo, sino una mutación de su propio ser. Su éxito deriva de la convergencia de varios factores, entre los cuales se dan el escenario de un mundo global multipolar, una gran aptitud para las nuevas tecnologías, un profundo conocimiento de la psicología de Oriente Próximo y los emigrantes musulmanes, y la larga sombra de la reacción de Occidente al 11-S, todo lo cual ha sumido a regiones enteras de Oriente Próximo en una década de guerra sectaria. Ignorar estos hechos no es simplemente un error trivial, sino peligroso. «Conoce a tu enemigo» sigue siendo el proverbio fundamental de la lucha contra el terrorismo.

Capítulo 1

DE AL ZARQAWI A AL BAGDADÍ

Los éxitos del Estado Islámico imponen un momento de reflexión. Hay que admitir que ha fracasado el contraterrorismo para impedir el advenimiento del califato, y hay que hacer frente a nuestras responsabilidades. El mundo necesita un nuevo enfoque para poner coto a esta entidad política hostil, en particular ahora que desbarata sanguinariamente las fronteras de Oriente Próximo. No se logrará establecer esta estrategia si nos negamos a reconocer el hecho obvio de que la génesis del califato está estrechamente vinculada a décadas de política de Occidente y a intervenciones de Occidente en Oriente Próximo.

Si el EI logra formar una sola nación en Irak y Siria, la amenaza que representa trastocará de raíz el paisaje político de esos dos países. Por primera vez en la historia moderna, una organización armada habrá logrado el objetivo final del terrorismo: crear su propio estado sobre las cenizas de países vigentes, no por medio de una revolución, como sucedió en Irán, sino mediante una guerra de conquista tradicional basada en tácticas terroristas. [14] De lograrlo, el Estado Islámico instaurará un nuevo modelo de terrorismo.

¿Cómo hemos llegado a esto? La respuesta compleja habría que buscarla en la partición de Oriente Próximo por las potencias coloniales después de la Primera Guerra Mundial. La respuesta simple sería la

convergencia de la guerra preventiva en Irak con la guerra civil en Siria. Esto dio nacimiento a uno de los estrategas modernos de la yihad más brillante y enigmático, el finado Abu Musab al Zarqawi, un hombre que desafió abiertamente el liderazgo histórico de Al Qaeda y que, como veremos, prendió fuego otra vez al antiguo y sangriento conflicto entre suníes y chiíes como táctica clave para el renacer del califato. Siria presentaba una oportunidad única, un trampolín, para quienes habían asimilado el mensaje de al Zarqawi y ansiaban llevar a cabo su sueño, entre ellos Abu Bakr al Bagdadí, el nuevo califa.[15]

Para entender cómo en el plazo de una década un grupo de yihadistas se transformó en una fuerza canalla capaz de desestabilizar regiones enteras poniendo al descubierto sus más profundas contradicciones políticas y sectarias, hay que retroceder hasta el momento del ascenso de al Zarqawi y el estallido del conflicto sirio.

El legado de al Zarqawi

Abu Musab al Zarqawi, de origen beduino, nació en un barrio obrero de Zarqa, la segunda ciudad más importante de Jordania, pocos meses antes del estallido de la guerra de los Seis Días en 1967. Joven problemático y delincuente menor, con poco más de veinte años fue detenido y pasó cinco años en la cárcel, donde se afilió al salafismo radical, una doctrina que, como veremos, propugna el rechazo absoluto a los valores occidentales y su influencia. Es la religión que profesa en la actualidad el Estado Islámico. Al salir de la cárcel, al Zarqawi conoció a Osama bin Laden, pero el joven yihadista rehusó audazmente unirse a Al Qaeda. Al Zarqawi no estaba dispuesto a luchar contra Estados Unidos, el enemigo remoto. Él lo que quería era luchar contra el enemigo cercano, el Gobierno jordano, y fundar un auténtico Estado Islámico en la región. Ese fue el propósito del modesto campamento de instrucción que poco después comenzó a dirigir en Herat,

Afganistán, junto a la frontera con Irán. Allí se preparaban atentados con coches bomba para llevar a cabo misiones en Oriente Próximo.

Así, la aparición de al Zarqawi en el escenario iraquí la marcan los primeros ataques suicidas en ese país. En agosto de 2003 estalló un camión con explosivos en el cuartel general de Estados Unidos en Bagdad, en el que murieron el jefe de la delegación de la ONU y varios miembros de este organismo. Días después, Yassin Jarrad, padre de la segunda mujer de al Zarqawi, detonaba un coche cargado de explosivos contra la mezquita del imán Alí. La explosión causó la muerte de ciento veinticinco chiíes, entre ellos el ayatolá Mohamed Baqer al Hakim, guía espiritual del Consejo Supremo de la Revolución de Irak (SCIRI). El ayatolá acababa de regresar de Irán tras la caída de Sadam Hussein y se proponía llevar al Consejo al triunfo político en un Irak democrático.[16]

En aquel momento, la conexión entre los dos atentados escapó a la atención de los analistas de Occidente. En agosto de 2003 prevalecía en Occidente la convicción de que el conflicto iraquí era un enfrentamiento entre las fuerzas de la coalición y sus partidarios por un lado, y la milicia chií de Moqtada al Sadir frente a las fuerzas leales a Sadam por otro. Pero para el movimiento yihadista internacional, el mensaje fue claro. Al Zarqawi señalaba que el conflicto en Irak tenía dos frentes: uno contra las fuerzas de la coalición occidental y otro contra los chiíes. Y la principal táctica terrorista eran las misiones suicidas.

A partir de finales de agosto de 2003 hasta diciembre de 2004, cuando Osama bin Laden lo reconoció oficialmente como jefe de Al Qaeda en Irak, el jordano dirigía un grupo yihadista con el nombre de al Tawhid al Yihad, que posteriormente cambió por el de Estado Islámico de Irak (ISI). Pero Bin Laden no aprobaba la estrategia del ISI de abrir brecha entre la insurgencia suní y chií ni compartía su temor de que una resistencia nacional unida propiciara un sólido frente secular en Irak que marginase a los yihadistas. En la primavera de 2004, los temores de al Zarqawi se confirmaron cuando la rebelión chií de Moqtada al Sadir se ganó la admiración de la insurgencia suní, que pegó carteles del imán en los muros de las poblaciones suníes. Por

lo visto, Bin Laden estaba equivocado. Fue en ese momento cuando el saudí decidió absorber al grupo de al Zarqawi en Al Qaeda, llamándole Al Qaeda en Irak, uniéndose a su guerra sectaria.

Como emir de Al Qaeda en Irak, al Zarqawi logró atraerse numerosos partidarios y obtener recursos para enfrentarse a las tropas estadounidenses sin que cesasen contra los chiíes los atentados con bombas que estaban llevando a Irak al borde de la guerra civil. Su muerte durante una incursión aérea estadounidense en 2006 impidió el estallido de la guerra sectaria en Irak y paralizó temporalmente a la organización.

A partir de 2006 se inicia en Irak la pugna por hacerse con el control de Al Qaeda. Al mismo tiempo,[17] en un episodio conocido como el Despertar Suní, los ancianos convencieron a la población para que diera la espalda a los yihadistas, considerándolos extranjeros y enemigos.[18] Esto, unido a la estrategia militar estadounidense del «impulso», dio como resultado el debilitamiento de los grupos yihadistas de Irak. Hasta 2010, cuando Abu Bakr al Bagdadí se alzó como líder de los restos de Al Qaeda en Irak, no comenzaron a cambiar las cosas.

Dirigido por al Bagdadí, el grupo recuperó el nombre original de Estado Islámico de Irak y, aunque continuó con sus ataques contra objetivos estadounidenses en Irak, empezó a distanciarse de Al Qaeda. Al Bagdadí era consciente de la impopularidad de la marca Al Qaeda entre los suníes iraquíes seguidores del Despertar y se propuso decididamente encontrar una imagen más local y nacionalista. Comprendió igualmente que para la población suní el Gobierno chií del primer ministro al Maliki —que los discriminaba abiertamente con maniobras políticas y por medio de la violencia— era incluso más impopular que Al Qaeda.[19] En consecuencia, atacó objetivos chiíes atizando el conflicto sectario.

Pero pronto se evidenció que esa estrategia no daría los frutos deseados. El ISI era demasiado reducido y débil para marcar una diferencia. Por ello, al Bagdadí vio en el conflicto sirio la oportunidad de reagrupar y reforzar su organización.

En 2011, al Bagdadí envió a Siria un pequeño contingente de yihadistas. Llegaron allí a través de antiguas rutas de contrabando del desierto del noroeste de Irak a modo de vanguardia del ISI con la misión de averiguar si el conflicto sirio presentaba oportunidades concretas de crecimiento militar. Y así era. La guerra intermediada en Siria no solo sirvió para que el ISI se dotase de entrenamiento militar, sino que ofrecía los medios financieros para su relanzamiento no como uno de tantos grupos armados yihadistas, sino como un elemento clave con sus propios enclaves territoriales y su maquinaria militar.

A diferencia de los dirigentes de Al Qaeda, que renunciaban a conquistas territoriales para centrarse en el enemigo remoto, Estados Unidos, al Bagdadí compartía la creencia de al Zarqawi de que sin una base territorial amplia y sólida en Oriente Próximo su lucha estaba condenada al fracaso. Era un sueño tan ambicioso como el de al Zarqawi: recrear el califato de Bagdad mediante una guerra de conquista contra los enemigos cercanos, las élites corruptas y oligárquicas que gobernaban en Siria e Irak: los chiíes.

En esos países, al Bagdadí siguió la estrategia planeada años antes por al Zarqawi de lanzar una guerra tradicional de conquista puerta a puerta, ocupando pueblos y ciudades e imponiendo la sharía. En Irak llegó a utilizar las tácticas militares desarrolladas por su predecesor, como la del cinturón de Bagdad, una estrategia que resultaría decisiva para la construcción del califato.[20]

El cinturón de Bagdad

El «cinturón de Bagdad» era el nombre en clave que dio al Zarqawi a un plan para la conquista de Bagdad. En lugar de atacar el centro urbano, él preveía aislar la capital tomando poco a poco las localidades del «cinturón», la región circundante.

En principio, al Zarqawi planeaba utilizar las bases del ISI en el cinturón para «controlar el acceso a Bagdad e infiltrar dinero, armas, coches bomba y combatientes».[21] Proyectaba también «estrangular los helipuertos estadounidenses emplazando baterías de artillería aérea a lo largo de las rutas de la zona del cinturón que rodea Bagdad».[22] El cinturón se dividía en cinco regiones razonables: una al sur, con Babil al norte y Diyala al sur; una al oeste, con la provincia de Anbar al este y la zona de Thar Thar; una al norte, con la provincia de Saladin al sur y ciudades como Taji; una al este, con las áreas rurales del este de Bagdad; y el «cinturón Diyala», que comprendía Baqubah y Khalis.[23]

A principios de 2006, los yihadistas de al Zarqawi comenzaron a poner en marcha el plan, tomando primeramente Faluya y casi toda la provincia de Anbar. En marzo y abril avanzaron hacia Bagdad apoderándose de Karma y Abu Ghraib y, finalmente, lanzaron ataques con coches bomba en la provincia de Babil al norte y al sur de Bagdad. Con gran parte del cinturón en su poder, el grupo consolidaba su afianzamiento en el feudo suní. Pero en 2007 el «Impulso» envió a Irak más de 130.000 soldados estadounidenses con la misión de reconquistar las poblaciones en torno a Bagdad y el llamado «triángulo de la muerte», al sur de la capital. Unida a formaciones del Despertar Suní y a fuerzas de seguridad iraquíes en cientos de miles, la operación estadounidense se prolongó más de un año, «dirigida contra el Estado Islámico en Irak (por entonces parte de Al Qaeda en Irak), sus centros de mando y de control, campos de entrenamiento, bases y dispositivos explosivos improvisados y fábricas de bombas para misiones suicidas».[24] Cuando finalizó, la operación «Impulso» fue oficialmente declarada un éxito.

En el verano de 2014, al Bagdadí reorganizó el imponente ejército del IS al nivel de lo que había constituido el ISI en 2007 al final de la operación del cinturón de Bagdad. Gracias a ello y a sus progresos en la creación del califato, lograba lo que el propio al Zarqawi no había conseguido: incorporar el cinturón de Bagdad a un nuevo estado. No es de extrañar que

muchos suníes en Irak vean en al Bagdadí y el Estado Islámico un ave fénix islámica que surge de las cenizas de la yihad de Abu Musab al Zarqawi.

El nuevo profeta al Bagdadí

Aunque hasta cuatro años después de la muerte de al Zarqawi, en 2010, al Bagdadí no ocupó el cargo de comandante de Al Qaeda en Irak, ambos formaron parte durante varios años de la misma operación. Al iniciarse en 2003 la invasión estadounidense, al Bagdadí se unió al grupo de al Zarqawi, al Tawhid al Yihad, con la misión de pasar ilegalmente a combatientes extranjeros a Irak. Más tarde se convirtió en emir de Rawa, ciudad próxima a la frontera siria, donde presidió su propio tribunal de la sharía y «adquirió fama por su brutalidad al ejecutar públicamente a sospechosos de haber colaborado con las fuerzas de la coalición estadounidense».[25] En su forma de gobernar en Rawa se advierten las semillas de la administración del califato de al Bagdadí.

Al Bagdadí, igual que al Zarqawi, se centró en actividades cotidianas de la organización evitando difundir vídeos y hacer declaraciones políticas, conducta habitual entre los dirigentes yihadistas. Solo se conocen dos fotos de al Bagdadí anteriores a su nombramiento como califa. En una vemos a un hombre serio de tez olivácea y rostro redondo. En la otra, publicada por el Gobierno iraquí en enero de 2014, aparece una figura seria con barba y traje negro.[26] Es una imagen rayada y borrosa como si fuese la foto de una foto. Durante este período, al Bagdadí cubría su rostro incluso delante de sus ayudantes más allegados, ganándose el apelativo del «jeque invisible». El secretismo y el misterio que rodean incluso ahora al nuevo califa no dejan de ser la antítesis del exhibicionismo y dogmatismo de los políticos occidentales y los dictadores árabes, cuya imagen omnipresente, difundida por doquier, fomenta el culto a la personalidad.

Quizás al Bagdadí cultivase esa tendencia a rehuir las candilejas durante los cinco años en que estuvo encarcelado en Bucca Camp, en el sur de Irak,

tras ser hecho prisionero por las fuerzas estadounidenses en 2005. Como su antecesor jordano, en la cárcel mantuvo un perfil muy bajo, engañando a los estadounidenses en cuanto a su potencial de líder.[27]

Los antecedentes de al Bagdadí son muy distintos a los de origen humilde de su antecesor. Nacido en 1971 en Samarra, Irak, él mismo se reclama descendiente directo del profeta Mahoma. Según la biografía muy citada difundida por los yihadistas, «es un hombre de familia religiosa. Entre sus hermanos y sus tíos hay imanes y profesores de lengua árabe, de retórica y de lógica».[28] El propio al Bagdadí es diplomado en estudios islámicos por la Universidad de Bagdad y ocupó antes de su captura el cargo de imán en la capital y en Faluya. Su experiencia académica presta credibilidad a su interpretación del Islam y le ha servido para potenciar su imagen de versión moderna del Profeta. Desde el jeque Azzam, fundador de Maktab al Kidmat, la representación árabe-afgana en Afganistán, ningún yihadista actual ha tenido una experiencia teológica tan académica. En su primera aparición oficial tras ser elegido califa, habló en la gran mezquita de Mosul ataviado con la indumentaria tradicional de los imanes y sus palabras no fueron las de un terrorista inhumano, sino las de un líder religioso sabio y pragmático: «Soy el *wali* [líder] que preside esta reunión con vosotros, aunque no sea el mejor entre vosotros; por ello, si veis que tengo razón, ayudadme. Si veis que me equivoco, dadme consejo y guiadme hacia el recto camino, y obedecedme del mismo modo que yo obedezco a Dios en vosotros».[29]

El Estado Islámico de Irak y Levante

En su condición de califa, al Bagdadí consolidó varios enclaves en Siria y atrajo a combatientes del extranjero gracias a una habilidosa campaña de propaganda. Según Shiraz Maher,[30] exmiembro del International Centre for the Study of Radicalization del Kings College de Londres, al Bagdadí aceptaba a cualquier recién llegado, al contrario de otras organizaciones,

como Al Jabhat al Nusra, que muchos consideran una especie de franquicia de Al Qaeda en Siria, las cuales rechazan a posibles combatientes por temor a infiltraciones. La facilidad de incorporación al ISI, unida a su sofisticado perfil comunicador, hizo subir su popularidad en el extranjero, en particular entre los musulmanes jóvenes de Occidente.

En 2013, el ISI orquestó una fusión táctica con miembros de Jabhat al Nusra, naciendo de esta alianza una nueva organización: el Estado Islámico de Irak y Levante (al Sham). Esto provocó la escisión de varios comandantes de Al Nusra —contrarios a la fusión— y desencadenó crueles luchas intestinas en la insurgencia suní de Siria.

A pesar de las similitudes ideológicas entre Al Jabhat al Nusra y el ISI, muchos observadores vieron con recelo la fusión. Si el propósito del primer grupo había sido derrocar al régimen de El Assad, el ISI se había venido centrando en sus propias conquistas territoriales. «ISIS no hizo conquistas frente a las fuerzas de Assad, sino que se enfrascó en combates con los rebeldes y otros grupos yihadistas. Su estrategia era atacar sus posiciones para ir formando sus propios enclaves», dice Francesca Borri, periodista *freelance* autora de *La guerra dentro*. Efectivamente, al Bagdadí nunca ocultó su plan de crear un Estado Islámico en la Siria asolada por la guerra y, por ello, el ISI fue como un ocupante extranjero para muchos suníes, mientras que los planes de Al Nusra eran menos ambiciosos.

Desde la perspectiva de que no se privó de atacar a los sectarios y a grupos suníes rivales, al Bagdadí es considerado por muchos yihadistas como un comandante sin escrúpulos. «El Frente Islámico, así como el Ejército Sirio Libre y otros rebeldes, consideran al ISIS un enemigo», dice Michael Przedlacki, documentalista responsable de *Aleppo: Notes from the Dark*.[31] «Comandante sin escrúpulos» es la definición que empleaba Al Qaeda para calificar a al Zarqawi a raíz de que asumiera como planificador la primera misión suicida contra objetivos chiíes en 2003. Diez años después, la fusión de al Bagdadí con Al Nusra enfureció igualmente a la dirección de Al Qaeda. Ayman al Zawahiri terció rechazando la fusión y

ordenó a al Bagdadí que regresara a Irak, declarando que los comandantes de Al Nusra eran los auténticos representantes de Al Qaeda en Siria.

Del mismo modo que en 2003 al Zarqawi hizo caso omiso de las críticas de Al Qaeda, en 2013 la respuesta de al Bagdadí a al Zawahiri fue un desafío: «He elegido entre la ley de Dios y la ley de al Zawahiri, y opto por la ley de Dios».[32] Estas sencillas palabras confirmaban la debilidad de crecimiento de Al Qaeda en comparación con la estrella en ascenso del líder del Estado Islámico. «En poco más de estos diez últimos años [al Zawahiri] había estado escondido en la zona fronteriza entre Afganistán y Pakistán y apenas había difundido algún vídeo y ciertos comunicados», dijo a la agencia France-Presse Richard Barrett, exjefe de contraterrorismo del servicio de inteligencia británico. «Al Bagdadí, por el contrario, ha desarrollado una actividad asombrosa: ha tomado ciudades, ha movilizado un número extraordinario de gente, sus asesinatos en Irak y Siria son implacables... Cualquiera que desee combatir se unirá a al Bagdadí.»[33]

Es innegable que la popularidad del Estado Islámico deriva del atractivo que suscitan sus extraordinarios éxitos militares entre una población vencida tras décadas del gobierno déspota de dirigentes árabes apoyados por Occidente, gente desilusionada por la corrupción en la OLP y Hamás y deprimida por una época que no parece acabar de lucha sectaria, guerra y sanciones.

En el escenario de guerra civil en Siria y en un Irak postrado aún por la intervención extranjera, el EI ha renunciado a *fatwas* y discursos religiosos para ganarse adeptos gracias a sus promesas de liberación política con la restauración del califato. Pero el precio de la aceptación de este nuevo estado es muy elevado para los seguidores que buscan una solución política estable tras décadas de guerra y destrucción. El EI demanda a sus súbditos que acepten reglas rigurosas, una justicia implacable y que las mujeres sean ciudadanas de segunda clase. Además, como prueban las ofensivas sectarias del EI, ni para los chiíes ni para los fieles de otras religiones hay sitio en el futuro estado a menos que se conviertan al salafismo.

Pese a toda su brutalidad, parece que de la propuesta programática del Estado Islámico y de al Bagdadí se hacen eco los perseguidos suníes. De momento, la nueva entidad no es más que un «estado-caparazón»,[*] pero carece del reconocimiento político y la aceptación popular de un auténtico estado. Pero mientras Estados Unidos anuncia en otoño de 2014 tres años de incursiones aéreas para desbaratar al grupo, al Bagdadí toma sus medidas. El Estado Islámico parece estar más cerca que nunca de lograr su propósito.

Capítulo 2

ENSAYOS PARA EL CALIFATO

El califato no es el primer intento histórico que una organización armada emprende para crear su propio estado. Hace décadas que la OLP logró constituir un estado en ciernes tras lograr la autonomía de sus patrocinadores y privatizar la organización del terrorismo. Es curioso que su éxito fuese una sorpresa para Israel, del mismo modo que a Occidente le causó estupor descubrir en el verano de 2014 el desahogo económico del EI. En contra de las absurdas pretensiones de los expertos en contraterrorismo de que era imposible prever el ascenso del Estado Islámico en el firmamento del yihadismo (si no por sus conquistas militares, sí al menos por sus afortunadas maniobras financieras), conviene recordar la historia de la independencia financiera de la OLP.

En diciembre de 1987, los palestinos de la franja de Gaza y la orilla oeste del Jordán lanzaron la Intifada. Esta rebelión espontánea provocó un cambio notable en la política israelí. El gobierno prohibió la «entrada» oficiosa de dinero en los territorios ocupados y ordenó a la policía impedir el contrabando monetario a través de los puntos de control. Al año siguiente confiscaba más de veinte millones de dólares en efectivo. Pero ello apenas afectó al apoyo económico de la OLP en los territorios ocupados. Había dinero en abundancia obtenido legalmente, a veces con métodos sofisticados.[34]

Los israelíes no tardaron en descubrir que Arafat había transformado una confederación deslavazada de guerrilleros armados financiados por diversos patrocinadores en una compleja organización económica autosuficiente, que actuaba como un estado de facto en los territorios ocupados, gracias a diversas actividades lícitas e ilícitas, desde la exportación de textiles hasta el contrabando de drogas.[35] La OLP generaba anualmente ingresos superiores al PIB de varios países árabes.

Con estos ingresos, Arafat dirigía de hecho Gaza y la orilla oeste libre del control de sus antiguos patrocinadores. Pero los territorios ocupados, con dinero y sin el reconocimiento político, no podían calificarse de auténtico estado, sino de «estado-caparazón», un estado que posee una infraestructura de nación pero carente de la autodeterminación que es el núcleo del estado-nación. Según el modo estándar de construcción nacional, la economía y la infraestructura del estado moderno se organizan cuando el proceso de autodeterminación cristaliza en la integración política. En el modelo de «estado-caparazón» establecido por la OLP y adoptado ahora por el Estado Islámico, el ensamblaje de la economía y la infraestructura precede al reconocimiento político. Así, la autodeterminación sigue siendo algo inaprensible, problemático. Pero, como veremos, no es esa la intención del EI.

La versión moderna de la guerra intermediada

Durante la Guerra Fría surgieron «estados-caparazón» como consecuencia de guerras intermediadas. Es decir, que hubo estados que patrocinaron a actores ajenos a la administración en guerras intermediadas, y algunas de esas organizaciones armadas siguieron el ejemplo de la OLP para obtener la autonomía económica y construir infraestructuras estatales propias. Desde 2011 se ha producido el mismo fenómeno en las regiones de Siria e Irak asoladas por la guerra. Del mismo modo que durante la Guerra Fría, Arafat empleó las subvenciones de sus patrocinadores árabes como

capital inicial para crear la autonomía financiera de la OLP en los territorios ocupados; así, Abu Bakr al Bagdadí explotó financieramente a sus patrocinadores árabes, que buscaban un cambio de régimen en Siria, para crear la fortaleza económica de su grupo. La única diferencia actual es la amplia gama de estados patrocinadores de dichos grupos y los intereses contrarios de estos patrocinadores.

En Siria cualquier grupo yihadista ha podido optar sin gran dificultad entre una panoplia de apoyos financieros; es como buscar patrocinador saliendo de compras. Durante la Guerra Fría, por el contrario, para los patrocinados solo había dos opciones: la de las dos superpotencias. Con la llegada de un mundo multipolar se amplió el campo de patrocinados transformando la guerra intermediada en una especie de campo de apuestas. Cuando en 2010 al Bagdadí salió a la búsqueda de patrocinadores, Kuwait, Qatar y Arabia Saudita se alinearon, y con ello procuraron al EI acceso a armamento militar occidental, un lujo con el que Arafat no pudo contar.[36]

Lo que no ha cambiado es la dificultad cada vez mayor que plantean las guerras intermediadas de encontrar una solución pacífica a los conflictos. Esto es especialmente cierto en las guerras modernas intermediadas debido al absurdo y paradójico conflicto de intereses entre los patrocinadores. En Siria, Irán apoya al régimen de El Assad, principalmente a través de su rama libanesa, Hezbolá, mientras que Arabia Saudita, Kuwait y Qatar financian una plétora de grupos insurgentes suníes, entre ellos el antiguo ISIS, con objeto de boicotear la influencia iraní en la región. Hezbolá, a su vez, ha armado y financiado a Hamás en el conflicto palestino, pese a que Hamás es fundamentalmente suní e históricamente la sostenía económicamente Arabia Saudita.[37] En el verano de 2014, Hamás empleó drones iraníes (alegando que estaban construidos en Gaza) y misiles de largo alcance sirios (probablemente provistos por el Estado Islámico) para atacar a Israel.

Para complicar el panorama, Rusia arma al régimen de El Assad y Washington abastece a los rebeldes sirios contrarios al régimen, irónicamente con armamento del que el EI va apoderándose en sus victorias. En abril de 2014, la revista *Times* publicaba: «Los combatientes

sirios emplean armas antitanque estadounidenses contra las tropas de Assad. Según los expertos es poco probable que ese armamento haya ido a parar a Siria sin autorización de Estados Unidos».[38] Después, en septiembre de 2014, el presidente Obama anunciaba en un discurso a la nación que Estados Unidos bombardearía las posiciones del Estado Islámico en Siria, a lo que Damasco, apoyado por Moscú, replicó que sin su permiso el acto sería considerado agresión. En la guerra moderna intermediada las alianzas nunca son claras y pueden cambiar de la noche a la mañana.

El terreno diplomático en el que se mueven las diversas partes también cambia constantemente, a veces con resultados absurdos. En agosto de 2014, militantes del Partido Kurdo de los Trabajadores (PKK) acudieron en auxilio de los peshmergas frente al ataque del Estado Islámico en su avance por la región autónoma del norte de Irak. Mientras, Estados Unidos efectuaba bombardeos aéreos en apoyo de los peshmergas. El curioso resultado fue una colaboración de facto entre el PKK y Estados Unidos, pese a que el PKK sigue en la lista de terroristas de Estados Unidos. También Europa acordó armar al Ejército kurdo, por lo que técnicamente también combate junto al PKK. Y como Turquía forma parte de la gran coalición organizada por Obama para derrotar al Estado Islámico, el PKK y Ankara —enemigos tradicionales— se encuentran en el mismo bando.[39]

A finales del verano de 2014, Estados Unidos organizó la gran coalición bajo la égida de la OTAN para combatir al EI. Podría dar la impresión de que el Estado Islámico está propiciando la unión de viejos y nuevos enemigos, y que el tiempo de las alianzas irracionales toca a su fin. Pero no es así. A mediados de septiembre de 2014, por ejemplo, Irán y Siria, los dos estados chiíes más importantes de Oriente Próximo, quedaron excluidos de la Conferencia de París debido a que, por lo visto, Arabia Saudita y Qatar vetaron su presencia. La coalición y la conferencia no dieron forma a una nueva estrategia para afrontar los problemas de la región, y la reunión quedó en una de tantas meras ocasiones para que los dirigentes mundiales se hicieran fotos de familia. De hecho, ni la OTAN ni los países árabes llegaron a un acuerdo oficial para enviar tropas contra el Estado Islámico y,

por el contrario, seguirán interviniendo mediante intermediarios en el conflicto en función de sus propios intereses. Paradójicamente, existe el peligro de que la gran coalición, en vez de interrumpir este proceso, engrose la lista de países ricos patrocinadores.

Incluso el régimen de El Assad se vale de grupos dirigidos para combatir a los rebeldes yihadistas y reprimir a la población local. En Siria se han desplegado combatientes de Hezbolá y de Irán en sustitución del corrupto Ejército sirio. «En marzo de 2012 yo vivía en Líbano —cuenta Francesca Borri—. Cada semana llegaban cadáveres de combatientes de Hezbolá caídos en Siria para ser enterrados.»[40]

Con este escenario, al Bagdadí sabrá seguramente sacar partido de las paradojas políticas de esta guerra moderna intermediada. De momento, mostrando una notable comprensión de los deseos y perspectivas de sus patrocinadores, ha sabido explotar la proliferación de pequeños grupos yihadistas y rebeldes para hacer crecer su propia organización mediante fusiones o victorias militares frente a grupos suníes rivales. «En Alepo y Siria los combatientes se pasan muchas veces de una organización a otra —cuenta un exrebelde sirio que huyó a través de Turquía—. El ISIS atraía a muchos porque estaba mejor organizado y era más eficiente que el resto. Sus combatientes estaban mejor entrenados. Hay que entender que la mayoría de los que participan en esta guerra no tienen ni idea de cómo combatir, son muchachos que llegan de Siria y de todas partes del mundo. A los extranjeros, sobre todo, les atrae la idea de ir a la guerra, pero no saben ni disparar un fusil. Entre todos esos grupos, el Estado Islámico es el que proyecta una imagen más profesional, y la gente piensa que allí les entrenarán. Al mismo tiempo, es el grupo que parece decidido a controlar objetivos clave específicos. Si uno quiere combatir, más vale unirse a los mejores.»[41]

Entre 2011 y 2014, apostando porque no se produjera una intervención internacional en Siria, al Bagdadí ha afianzado en el país su principal enclave territorial, utilizando, irónicamente, el dinero de sus patrocinadores árabes y atacando y conquistando posiciones de rebeldes rivales.

Vislumbrando un largo conflicto en Siria, ha procurado hacerse con el control de amplios sectores del mercado de armas en el país.

Es evidente que el éxito del Estado Islámico explotando la guerra intermediada en Oriente Próximo deriva de las contradicciones de este tipo de conflicto en el marco multipolar posterior a la Guerra Fría. Es improbable un cambio de la situación por efecto de la formación de una gran coalición, como lo demuestra la exclusión de Irán, principal patrocinador del régimen de El Assad, y la ausencia de una estrategia común. De hecho, esas contradicciones explican las dificultades con las que se tropieza Estados Unidos desde 2011 para cerrar cualquier tipo de alianza militar en la región capaz de propiciar un cambio de régimen en Damasco y, últimamente, de hacer frente a la amenaza que representa el califato. Como veremos en el último capítulo, la gran coalición no ha resuelto las contradicciones de la política extranjera, impidiendo una solución de los problemas de Oriente Próximo.

Lo que no conoce Occidente, ya sea por ignorancia o por conveniencia, es la anarquía en que está sumido el norte de Siria a causa de la guerra intermediada que financia una plétora de patrocinadores. «La sociedad está rota. Los que pudieron huir se fueron y los que no se han ido es porque son demasiado pobres o viejos —dice Francesca Borri, que durante mucho tiempo fue la única periodista occidental en Alepo—. Lo que hay ahora en el norte de Siria no tiene nada que ver con la situación previa a la guerra civil; es algo distinto que no es representativo de lo que era la población tradicional siria. Quienes expolian a la población son grupos de delincuentes, responsables, además, de la mayor parte de secuestros de occidentales, sobre todo periodistas y trabajadores.»[42] El panorama es idéntico al que se da en regiones del mundo donde la autoridad del estado, generalmente dictatorial, se ha derrumbado y ha creado un vacío político que los grupos sectarios armados llenan con su violencia. En este escenario anárquico, la sociedad deja de existir y su lugar lo ocupa una guerra premoderna perenne. «Dentro y fuera de Alepo la suprema autoridad son los señores de la guerra, y esto es aplicable al Estado Islámico —dice Borri

—. La única lealtad de los combatientes es la debida a su comandante, no a la dirección de la organización.» Sin embargo, a diferencia del resto de los grupos, el califato aporta una jerarquía militar y una estructura administrativa que, aunque rudimentarias, reducen el riesgo de que sus batallones degeneren en milicias o en grupos de bandidos.

Igual que en Nigeria, el Sahel o Afganistán, los rehenes son una valiosa mercancía, e igual que en el Líbano en la década de 1990, son bienes que se venden pasando de mano en mano en un mercado plagado de criminales y grupos terroristas. La facilidad del secuestro de periodistas confirma la naturaleza sectaria premoderna del conflicto en Siria. «La mayoría de los colegas víctimas de secuestros viajaban con chóferes y guardaespaldas puestos a su disposición por alguno de los numerosos grupos rebeldes, y fueron secuestrados en controles de carretera por grupos rebeldes que discurren por zonas dominadas por muchas facciones —dice Borri—. Yo tuve suerte porque utilicé protección de Al Qaeda y viajé por una zona controlada en aquel momento por el ISIS. Viajé disfrazada, haciéndome pasar por refugiada siria. No llevaba ni un bolígrafo e iba tapada de pies a cabeza.»

Muchas veces los patrocinadores implicados en este despreciable comercio pagan rescates para ocultar su implicación. Fue al parecer el caso de los veinte millones de dólares pagados por Qatar a Al Nusra a cambio de la libertad de cuarenta y cinco soldados de la ONU de las islas Fiji secuestrados en los Altos del Golán.[43]

La opinión pública mundial tampoco está muy dispuesta a aprobar una intervención militar como la llevada a cabo en Libia. El fracaso de la guerra de Bush y Blair en Irak ha demostrado que la intervención militar no es la mejor solución para alcanzar la paz en Oriente Próximo. Muy al contrario, produce *frankensteins* como el Estado Islámico.

El Estado Islámico muestra una notable comprensión de la frustración de la opinión pública occidental ante la situación de Oriente Próximo. Los vídeos del periodista británico secuestrado John Cantlie[44] iban dirigidos a denunciar ese doble rasero de los gobiernos de Occidente en la gestión de

los secuestros. Mientras que hay gobiernos que negocian y pagan, los de Estados Unidos y Gran Bretaña se niegan a ello. Al Bagdadí y sus seguidores parecen conocer muy bien la idiosincrasia del orden mundial actual, tan distinta a la de la época de la Guerra Fría; y su modo de vengarse de un enemigo militarmente superior es ponerle al descubierto ante la opinión pública. Saben igualmente que la guerra intermediada de Siria e Irak se volverá como un *boomerang* en perjuicio de los patrocinadores. En este momento, las potencias occidentales y árabes parecen ignorar todo esto.

Privatizar el terrorismo

La mejor prueba de que la guerra mediante estados interpuestos es un instrumento obsoleto para la creación del estado-nación la confirman los éxitos del Estado Islámico. A diferencia de otros grupos patrocinados cuyo propósito es derrocar al régimen sirio de El Assad, los combatientes de al Bagdadí han logrado hacerse con el enclave de una zona de Siria y, ahora, también de Irak. Un exmarine estadounidense relataba en el *New Yorker*: «Mi llegada coincidió con el día en que el ISIS arrebató la ciudad de Azaz a la Brigada de Choque del Norte del Ejército Sirio Libre [...] A la vista de ello parecía irrefutable que el principal objetivo del ISIS, aunque considerado grupo rebelde en la guerra civil siria, no era derrocar al régimen de El Assad. De haber sido ese su propósito, no habría gastado recursos en tomar Azaz, una ciudad conquistada por los rebeldes en 2012. La guerra del ISIS no era parte de la revolución. Era una guerra de conquista propia».[45]

La clave de los éxitos del EI es su rapidez en privatizar el terrorismo en comparación con otras organizaciones como la OLP o el IRA. El EI soltó amarras financieras de sus promotores con notable celeridad, ya que no encontró prácticamente oposición a esa evolución económica. Lo cierto es que los patrocinadores del EI han quedado inermes al no poder encontrar un

patrocinador lo bastante fuerte para hacerle frente. Les ha salido el tiro por la culata con la proliferación de grupos patrocinados que ha degenerado en una multitud de pequeñas organizaciones armadas débiles. Frente a estos yihadistas divididos del bando insurrecto no le era difícil al Estado Islámico de Irak y Siria llevar a cabo su propia guerra de conquista, apoderándose en menos de dos años de regiones estratégicas ricas en recursos, como los campos petrolíferos del este de Siria, muchos de ellos en manos de pequeños grupos rebeldes, milicias y señores de la guerra.

También contribuyeron a la independencia del EI las inteligentes alianzas de al Bagdadí con las tribus suníes locales para explotar esos recursos. Con su colaboración pudo llevar a cabo la extracción y el contrabando de petróleo, parte del cual fue incluso revendido al Estado sirio. Con ello, al Bagdadí evitaba la hostilidad por parte de la población local y proyectaba la imagen de un poder más honrado y equitativo que el del régimen de El Assad. Políticamente, esa habilidad para hacer que las autoridades locales colaboren, incorporándolas al califato como socios, no como población conquistada, sino como ciudadanos de un estado moderno, ha contribuido a que el Estado Islámico crezca exponencialmente en combatientes y fortalezca su reivindicación política de instaurar el califato. Ante esta situación, sería un error considerar las conquistas territoriales del EI exclusivamente como bases militares. Esos territorios representan los pilares de un Estado Islámico moderno que aspira a la legitimidad a través del consenso de la población en las regiones que ha ocupado por medio de una guerra de conquista.

Aunque tradicionalmente los «estados-caparazón» dirigidos por grupos armados han esquivado la participación de las autoridades locales, el Estado Islámico fue pionero en esta estrategia incluso antes de que al Bagdadí fuese elegido califa. En su avance hacia Bagdad en el verano de 2014, el EI lanzó un ataque contra la refinería de Baiji, la principal del país. Simultáneamente, amenazó a la presa del Éufrates Haditha, en el nordeste de Irak, así como a sectores del oleoducto que transporta seiscientos mil barriles diarios hacia Turquía y que, mientras escribo este libro, lleva sin

funcionar desde marzo de 2014. Igual que en Siria, la gestión de esos tres recursos fue compartida en Irak con las comunidades suníes locales, tribus discriminadas por el régimen. Con esta táctica no solo evita su hostilidad, sino que se gana su apoyo y consenso.

En sus tratos con las tribus suníes de Irak, al Bagdadí ha aplicado tácticas diplomáticas notablemente modernas para ganarse su apoyo. En Anbar supo traer a la memoria la represión de Al Qaeda a los participantes en el Despertar Suní. «Los combatientes de al Bagdadí no han maltratado a los religiosos ni a las tribus de Anbar, ni a las que constituyeron las fuerzas de Sahwa, y ni siquiera a la policía. Cuando en Faluya las tribus se negaron a izar banderas del ISIS, ordenó a sus hombres que no las izasen ni intentasen captar a combatientes de otros grupos armados, ni de clanes, ni a religiosos... No obstante, la bandera sí ondeó en ciertas ocasiones, como cuando el ISIS secuestró y mató a soldados iraquíes en la zona de Albu Bali al norte de Faluya a mediados de enero. La política de apaciguamiento de al Bagdadí revela de nuevo el pragmatismo ausente en los antiguos líderes de Al Qaeda.»[46]

La decisión de al Bagdadí de fomentar estas alianzas con tribus suníes locales forma parte de su estrategia de acelerar el proceso de independizarse de sus patrocinadores. Pero esta emancipación financiera no surge exclusivamente del deseo de romper con los patrocinadores extranjeros. El EI se vale más bien de la privatización del terrorismo para instrumentar la imposición de lealtad entre los combatientes. Es decir, que al Bagdadí ha buscado la autonomía económica como antídoto contra la corrupción entre sus propias fuerzas. La corrupción ha sido la perdición de muchos grupos armados y de todos los regímenes árabes sin excepción. Y es bien sabido que el patrocinio es caldo de cultivo de la cultura del soborno.

Una de las lecciones de la historia es el desprestigio de Arafat como consecuencia del incremento de las arcas de la OLP. Cuando la OLP manejaba un presupuesto anual de entre 8.000 y 12.000 millones de dólares, fue cuando estructura y dirección se vieron plenamente comprometidas. Los

sobornos y la corrupción generados por la cultura política del patrocinio fueron una epidemia de la que la organización no logró curarse.[47]

La creación del primer «estado-caparazón» islamista en Siria

En el proceso de privatización del terrorismo, el Estado Islámico descubrió que el modelo del «estado-caparazón» era el instrumento ideal para el objetivo nacional de reinstaurar el califato. Un «estado-caparazón» puede ser tan pequeño como un barrio o tan grande como un auténtico estado. Un «estado-caparazón» es fácil de edificar y dirigir, porque no suele existir una integración política. El terreno abonado se da en zonas asoladas por la guerra donde ha quedado destruida la infraestructura y no hay autoridad política. Los dirigentes monopolizan el poder político y están obligados a obtener un consenso democrático. Por consiguiente, en el ensamblaje del «estado-caparazón» la economía precede a la política, y tiene, además, la ventaja de no incurrir en gastos de gestión porque la esfera económica se circunscribe a la economía de guerra y a la privatización del terror. Los gastos no militares son mínimos y basta con subvenir al sustento básico de la población.

En el modelo clásico de «estado-caparazón» la guerra es la única fuente de ingresos. «La guerra es nuestro modo de vida», declaró un combatiente de la Alianza Norte de la llanura Shomali de Afganistán. En ella, los combatientes están muy bien pagados en comparación con el resto de la población.[48] En agudo contraste, la economía del califato no depende exclusivamente de la economía de la guerra de conquista, ni a sus yihadistas medio mercenarios les motiva un elevado salario. De hecho, a pesar del imperativo de asegurarse su lealtad, el Estado Islámico paga a los combatientes menos de lo que gana un obrero en Siria o Irak. Documentos desclasificados demuestran que durante un período del que lleva registro el Departamento de Estado, «el soldado de infantería del Estado Islámico cobraba un salario base de cuarenta y un dólares al mes, muy inferior al de

un obrero de Irak, como es el caso de los albañiles, que ganan ciento cincuenta dólares. Como hacía tiempo que sospechaban los expertos en contraterrorismo, los miembros de un grupo como el Estado Islámico están tan ideológicamente motivados que es poco probable que los incentivos económicos tengan gran impacto en el flujo de combatientes».[49]

La motivación del ejército del Estado Islámico no es principalmente el dinero, sino que lo impulsa una causa más elevada: la instauración del nuevo califato, un estado musulmán ideal, de trascendencia sin igual, y no la riqueza personal. Este intento de construcción política debe interpretarse como un signo de modernidad en Oriente Próximo, una región donde la construcción de estados-nación ha sido durante siglos deporte de potencias extranjeras en busca de sus propios intereses secundadas por una élite local corrupta.

Pese a que la guerra de conquista de al Bagdadí en Oriente Próximo sea reminiscencia de conflictos premodernos, la disciplina y los ideales del califato representan un paso adelante hacia un auténtico estado distinto al «estado-caparazón» de los talibanes en Afganistán o de las FARC en Colombia, cuyos objetivos prioritarios son el expolio, financiero y de todo tipo, a las poblaciones locales. Los combatientes del Estado Islámico representan también un paso adelante en comparación con los yihadistas de al Zarqawi, todos ellos suicidas en potencia, dispuestos al martirio para vivir la eternidad con setenta y dos vírgenes. Aunque los hombres de al Bagdadí están dispuestos a morir por el califato, su sueño, por el contrario, es positivo y contemporáneo: quieren vivir la experiencia del califato en la tierra, no solo en la vida eterna. Igual que los judíos sionistas de Israel, la recreación de un Estado Islámico fuerte en la tierra de sus antepasados representa para muchos musulmanes la liberación en esta vida. Es un potente mensaje positivo para una población que ansía oírlo.

Buscando el consenso dentro del «estado-caparazón»

Por paradójico que sea, el apoyo de la población dentro del «estado-caparazón» es para al Bagdadí tan importante como el compromiso de sus combatientes. Como demostró la revolución iraní, el derecho divino por sí solo no basta para asegurar el funcionamiento del estado. Y el califato no puede convertirse en una gigantesca prisión como el Afganistán gobernado por los talibanes. A diferencia de estos, que actuaban como una casta superior y expoliaban a la población del país, al Bagdadí aspira a fundar un estado moderno en consenso con los gobernados, aunque de facto la definición de ciudadanía quede restringida por el sectarismo y excluya la participación activa de las mujeres. En este consenso es clave la provisión de programas sociales.

Como publicaba *Atlantic*, en Siria e Irak: «El IS promueve el funcionamiento de panaderías y surte de fruta y verduras a muchas familias, entregándoselas personalmente. En Raqqa, el EI estableció un comedor popular para alimentar a los menesterosos y una Oficina de Huérfanos para su acogida en familias. Los militantes del EI han emprendido programas sanitarios y de beneficencia en los enclaves bajo su control con los fondos propios de la organización. Si los talibanes mostraron una actitud paranoica y escéptica respecto a las campañas de vacunación, el EI organiza campañas de vacunación contra la polio para contrarrestar la propagación de la enfermedad». Por tanto, los programas sociales[50] son la otra cara de la moneda de la atroz dictadura del Estado Islámico.[51]

Es importante señalar que quienes desempeñan el trabajo social se diferencian de los combatientes. «La distinción entre militantes civiles y combatientes es fundamental. Son dos categorías diferentes», dice Michael Przedlacki.[52] Si lo consideran necesario, los combatientes expolian a la población, mientras que los civiles la protegen. El califato integra esta distinción de dos clases de militantes para maximizar la eficiencia de su armazón de estado.

Por otra parte, la provisión de programas sociales refleja el fruto de la estrategia económica del EI. No es algo fortuito. Ya antes de la fundación y de que los combatientes aplanasen con excavadoras tramos de la frontera

entre Irak y Siria para anunciar el nacimiento del califato, los ingresos eran cuantiosos. Por ejemplo, durante más de un año la organización llevó a cabo un provechoso negocio de contrabando a través de las fronteras turca y siria,[53] apoderándose incluso de parte de la ayuda humanitaria que llegaba a Siria. Gracias al inteligente plan de acción llevado a cabo durante sus tres años de privatización del terrorismo, el Estado Islámico hoy en día no necesita expoliar a la población como otros grupos. Tal como informó *Atlantic*, «cuando el EI se apoderó de cuatrocientos veinticinco millones de dólares del banco central de Mosul, destinó el dinero a respaldar el esfuerzo militar y a una "campaña para ganarse mentes y corazones"».[54] Estos hechos demuestran la integración de las finanzas de la organización armada con las del Estado Islámico, y su «estado-caparazón», el califato.

Esa integración de los fondos del EI con las finanzas del «estado-caparazón» y la asociación comercial con las tribus locales es prueba también del compromiso de la organización en la construcción de un estado nacional y demuestra la aplicación de ciertos principios administrativos básicos del estado moderno. Finalmente, la recanalización de la riqueza dentro del «estado-caparazón» no solo refuerza militarmente al califato, sino que cohesiona el consenso entre la población.

En la provincia siria de Raqqa, cuartel general del califato, tenemos varios ejemplos de obras públicas pagadas con las ganancias generadas por la privatización del terrorismo: uno de ellos es la finalización del nuevo *souk* o mercado público, acogida con agrado por la población. El Estado Islámico «dirige una oficina para la electricidad que controla los niveles de consumo, instala líneas de suministro y organiza talleres para enseñar a reparar las antiguas. Los militantes reparan baches, llevan en autobús a los habitantes en los territorios bajo su control, renuevan las medianas para recuperar la estética de las calles y gestionan un servicio de correos y un *zakat* (casa de beneficencia) que, a decir de la organización, ayuda a los campesinos en las cosechas. Pero lo más importante para los sirios e iraquíes de la cuenca baja del Éufrates es que el EI ha mantenido en funcionamiento la presa Tishrin (rebautizándola Faruk). A través de sus

oficinas y departamentos, el EI ofrece una imagen de estabilidad en zonas inestables y marginadas, a pesar de que a muchos de sus habitantes no les guste su programa ideológico».[55] El empeño en lograr este tipo de estabilidad por medio de una organización armada no es atípico en regiones que han padecido conflictos prolongados. En 1998, por ejemplo, el Gobierno colombiano desmilitarizó una zona de superficie equivalente a Suiza que comprendía los municipios de San Vicente del Caguán, La Macarena, Vista Hermosa, Mesetas y Uribe. Era una zona conocida como Despeje que fue entregada a las FARC, la organización armada marxista, en un gesto de buena voluntad para poner fin a la guerra civil. Las FARC realizaron en esta región obras públicas y sociales; construyeron y pavimentaron carreteras y mejoraron las zonas comunitarias de las ciudades empleando el trabajo forzado. Esto dio seguridad a la gente, un lujo del que hacía tiempo que carecían.[56] Pero ningún «estado-caparazón» asentado por una organización armada ha logrado completar la transición y convertirse en auténtico estado.

Como veremos en el siguiente capítulo, el Estado Islámico se cree capaz de alcanzar ese objetivo integrando a las autoridades y a la población en la instauración del califato.

Capítulo 3

LA PARADOJA DE LA NUEVA ROMA

En junio de 2014, dos días antes del comienzo del mes sagrado del Ramadán, el ISIS difundió un comunicado que anunciaba la instauración del califato, dirigido a los musulmanes de todo el mundo. «Sacudíos el polvo de la humillación y la desgracia», decía el locutor y, en palabras del periodista Jeremy Bowen, «un nuevo califato surgirá del caos, confusión y desesperación del actual Oriente Próximo».[57]

Al día siguiente, el Estado Islámico colgaba en la red un cuidado vídeo de un combatiente barbudo chileno llamado Abu Safiyya señalando un mojón recién derruido en la frontera entre Siria e Irak. El vídeo anunciaba: «Fin del acuerdo Sykes-Picot»[58] y comunicaba la próxima eliminación a manos del Estado Islámico de dos entes políticos creados por Gran Bretaña y Francia en 1916: Siria e Irak. Dando protagonismo a un chií chileno, el vídeo difundía para la *umma*, la comunidad musulmana mundial, una imagen del Estado Islámico cosmopolita y real de alcance global.

Gracias a la tecnología moderna y por medio de las redes sociales, el Estado Islámico trata de dar de sí mismo una imagen política contemporánea, una imagen positiva en drástico contraste con la de las decadentes democracias occidentales, que tan mal funcionan, o de los regímenes musulmanes «inspirados por Occidente». «Mirad Egipto. Ved cómo acabó para los musulmanes que votaron a [presidente depuesto]

Mohamed Morsi y creyeron en vuestra democracia, en vuestras mentiras. La democracia no existe. ¿Creéis que sois libres? —decía despectivo un miembro del Estado Islámico—. Son los bancos los que mandan en Occidente, no el parlamento, y lo sabéis. Sabéis que no sois más que peones, pero no sois valientes. Solo pensáis en vosotros, en vuestro empleo, en vuestra casa... Porque sabéis que no podéis hacer nada. Pero afortunadamente ha comenzado la yihad. El Islam llegará a vosotros y os traerá la libertad.»[59]

Con esa presentación del nuevo califato, el Estado Islámico busca ofrecer una imagen política contemporánea de sí mismo igual que la que transmitían los sionistas fundacionales, con la salvedad de que el EI no aprecia tanto como los fundadores de Israel la palabra democracia. En la década de 1940, judíos de distintos países se unieron en la lucha contra Gran Bretaña para reconquistar sus antiguas tierras, el hogar ancestral «dado por Dios» donde reencontrarían la liberación. Igual que para los judíos el antiguo Israel siempre fue la Tierra Prometida, el califato representa para los musulmanes el estado ideal, la nación perfecta en la que lograr la liberación de siglos de humillación, racismo y derrota a manos de los infieles, las potencias extranjeras y sus aliados musulmanes. Del mismo modo que los judíos contemporáneos construyeron una versión moderna del Israel histórico para los judíos de todo el mundo, el Estado Islámico aspira a construir un Estado Islámico armónico para todos los suníes del siglo XXI. Al menos es lo que dice su propaganda.

Aunque parezca absurdo y repugnante comparar la bárbara actuación del Estado Islámico con las acciones de los padres fundadores de Israel, la percepción de la lucha para establecer el califato es la misma entre sus seguidores y simpatizantes. Y este mensaje es particularmente impactante hoy en día, en plena debacle de la política en Oriente Próximo. Efectivamente, la guerra en Irak y Siria actúa de catalizador e intensifica la creencia de que en la región la solución de los problemas políticos reside en el renacer del califato.

Al margen de la violencia que aplica el Estado Islámico para reconstruir su identidad, y a pesar de ello, la naturaleza cosmopolita y trascendente que se arroga influye tan profundamente en los suníes como la memoria colectiva del califato histórico. Durante décadas, islamistas e intelectuales islámicos han repetido que la grandeza y esplendor del califato, paraíso en la tierra, renacerá. «La restauración del califato ha sido el sueño de los predicadores musulmanes al menos desde la década de 1950, cuando Hizb ut Tahrir comenzó a reivindicarla. El líder talibán Mulá Omar incluso reivindicó para su persona uno de los títulos tradicionales de los califas, Amir al Muminin, el "comandante de los creyentes". Osama bin Laden mencionaba con frecuencia la restauración del califato como objetivo final.»[60] Pero ninguno de los dos llegaría a ver cercana la meta; para ellos el califato no fue más que un dulce sueño irrealizable.

Abu Bakr al Bagdadí es el primer califa islámico desde el trigésimo primero, Abdülmecid I (1823-1861), en reivindicar el título, y en colmar la nostalgia de un mundo desaparecido, de una sociedad vinculada a la época dorada del Islam histórico, cuando bajo el liderazgo de los cuatro primeros califas sucesores del Profeta, el Islam llevó a cabo su expansión territorial y su florecimiento cultural.[61]

Con estos antecedentes, se comprende que las generaciones de suníes radicales hayan soñado con el momento en que se borren las fronteras trazadas por las potencias europeas en Arabia en el siglo XX. Y es el Estado Islámico, no Al Qaeda, el que asume el cumplimiento de ese sueño.

La violencia como instrumento

La fuerza de una historia de antiguo esplendor unida al destino de una tierra prometida, un territorio elegido por Dios para su pueblo, aviva una nostalgia subyugante. Lo hemos visto en el proceso de formación del estado de Israel y en la revolución que Jomeini llevó a cabo en 1978 en la antigua

Persia. Al amparo de la violencia, la revolución iraní trajo el pasado al presente, proyectándolo hacia un futuro anhelado más espléndido aún.[62]

Reincorporar un pasado religioso inmemorial a una constitución moderna parece ser un rasgo recurrente del presente: en Israel e Irán, por ejemplo. Como esa reivindicación de un pasado de esplendor se hace bajo la bandera de la violencia —revoluciones, guerras civiles, terrorismo y guerras de conquista— es difícil disociarla de la cruda brutalidad del proceso hasta que ha cursado su recorrido. Esto es tan aplicable a los grupos sionistas armados de la década de 1940 como a los Guardianes de la Revolución de Jomeini. Es decir, lo único visible son los medios violentos para rehacer un presente que parece una copia del pasado y muchas veces la verdadera meta de ese modo de proceder nos pasa desapercibida.

Aunque parte integral de la remodelación del pasado, la violencia es solo un medio para alcanzar un fin. Es una táctica destinada a aterrorizar, a infundir miedo en el enemigo en compensación de la asimetría de la guerra emprendida contra ejércitos bien pertrechados, como el Ejército persa en 1978 o el británico de Palestina en la década de 1940.

Contrariamente a lo que han publicado los medios occidentales, el califato no es más violento y bárbaro que cualquier organización armada de reciente memoria. En Kosovo, en la década de 1990, se cometieron atrocidades comparables, como decapitar a niños para jugar al fútbol con sus cabezas delante de sus padres.[63] Por lo que se diferencia al Estado Islámico es por el empleo tecnológico de esas barbaridades para promocionar su causa, incorporándolas a las noticias internacionales. En vísperas de la Copa del Mundo de 2014, por ejemplo, el EI colgó en Twitter un partido de fútbol disputado con cabezas de sus adversarios.[64]

Hoy en día, la tecnología ofrece a las organizaciones armadas la posibilidad de llevar la propaganda de la violencia a altos niveles inéditos. Mientras que los serbios, por ejemplo, no pudieron difundir imágenes de sus atrocidades, el vídeo de la decapitación de James Foley se propagó como un virus en pocas horas. El mensaje del miedo no solo alcanzó a una audiencia local, sino global. La ausencia de redes sociales y la preferencia

de locutores y anunciantes por guerras no sangrientas y asépticas nos ahorraron ver las acciones y crímenes atroces en Kosovo. Hoy, las atrocidades del Estado Islámico nos llegan en tiempo real a través de las redes sociales y se difunden por los principales medios de comunicación en constante competencia con Facebook, YouTube y otras. Aun en casos de intento de censura, como en el del vídeo de la decapitación de Foley, las redes sociales lo esquivan sin problema.

La tecnología no cambia ni exagera la violencia de los mensajes violentos que difunden las organizaciones armadas. Pero la propaganda hace mella, difunde el miedo entre el enemigo y se gana prosélitos entre potenciales seguidores. «¿Qué sentí cuando vi a esos tipos jugar al fútbol con las cabezas de soldados y policías chiíes iraquíes? Sentí que se había hecho justicia», me dijo un suní al que entrevisté. En cuanto a haber sido expulsado de su casa de Bagdad, añadió: «Vino la milicia a echarnos y fuera estaba la policía riendo. Tuvimos que dejarlo todo allí, los muebles, la ropa, los juguetes de los niños. Solo nos dejaron llevarnos lo que pudimos cargar».[65] Para este hombre, presenciar esa incalificable brutalidad del EI contra un chií fue una manera de venganza contra todos los chiíes. Que los actos se vean en una pantalla o se presencien en una calle de Faluya, como ocurrió en el caso de los cadáveres arrastrados de los guardias de seguridad de Blackwater torturados, no cambia el efecto.

No son las redes sociales el único medio del que se vale el EI para difundir su mensaje de miedo y expresar que su propósito es el poder territorial. Las cifras contribuyen también a dar esta imagen. En *al Naba* («Las noticias»), el informe anual contable del Estado Islámico de 2013, la organización «se atribuía diez mil operaciones en Irak: mil asesinatos, la colocación de cuatro mil artefactos explosivos improvisados y la liberación de centenares de presos radicales».[66] A la luz del hecho de que en 2013 murieron asesinadas en Irak siete mil ochocientas personas aproximadamente, las reivindicaciones del EI son asombrosas.[67] En ese mismo informe, el Estado Islámico reivindica la conversión en 2014 de centenares de «apóstatas», lo que confirma el gran poder proselitista de la

violencia en manos de un ejército victorioso. En una guerra sectaria sanguinaria, un adversario humillado y vencido busca su supervivencia uniéndose al vencedor.

El aumento del número de seguidores del EI en todo el mundo, gente seducida y atraída por la violencia de su propaganda, confirma el atractivo global de su mensaje: un mensaje que en el mundo virtual en que vivimos provoca, además, otros actos bárbaros e irracionales de violencia. El fallido intento de un grupo de musulmanes australianos por secuestrar y decapitar a un individuo al azar, tan solo para difundir su ejecución en la red, prueba el potencial degenerativo de la narrativa propagandística del Estado Islámico en un entorno virtual en el que todo es videojuego, incluso la guerra real. Esta mutación de los efectos de la propaganda tradicional por efecto de las atrocidades veleidosas de organizaciones armadas plantea una amenaza de nuevo cuño a los países de Occidente. Del mismo modo que los espontáneos suicidas con explosivos de principios de la década de 2000, las decapitaciones «hágalo usted mismo» islamistas de la actualidad son difíciles de prever, ya que no son obra de ningún grupo creado hace tiempo, y su radicalización se ha producido en el plazo de unos cuantos clics con el ratón.

Aunque el Estado Islámico aterroriza a una audiencia global, se diferencia de los talibanes y de Al Qaeda en que es al mismo tiempo protector de la población local, en cuya defensa no existe ninguna forma excesivamente cruel de venganza o castigo. La sorprendente y sofisticada burocracia del Estado Islámico incluye un sistema de tribunales islámicos y una policía volante que lleva a cabo las sentencias en público en calles y plazas públicas. «En la ciudad siria de Manbij, por ejemplo, quince funcionarios cortaron las manos a cuatro ladrones [...] azotaron a varios individuos por insultar a los vecinos, confiscaron y destruyeron medicamentos falsificados y en numerosas ocasiones realizaron ejecuciones sumarias y crucificaron a personas por apostasía u homicidio.»[68]

Un occidental no ve en ello actos propios de un estado moderno que aspira a la legitimidad mediante el consenso, sino los de una brutal fuerza

militar de ocupación, un ejército sádico. Sin embargo, no lo ven necesariamente así sirios e iraquíes tras décadas de caos, guerra, destrucción y corrupción por parte de funcionarios, policías y políticos. «Solo ven ustedes las ejecuciones —dice un miembro del EI—. Pero en todas las guerras hay ejecuciones, traidores, espías. Organizamos comedores populares, reconstruimos escuelas y hospitales, restablecemos el servicio de agua y electricidad, subvencionamos comida y combustible. Mientras que la ONU era incapaz de enviar ayuda humanitaria, nosotros vacunábamos a los niños contra la poliomielitis. Simplemente, ciertas acciones son más visibles que otras. Por cada ladrón que castigamos, ustedes castigan a cien niños con su indiferencia.»[69]

Para entender el atractivo que la construcción política del Estado Islámico representa para la población suní, además de la auténtica amenaza que plantea el califato al mundo, hay que retroceder en el tiempo y considerar la construcción del estado nacional en el contexto de la sociedad tribal premoderna.

Roma, la Troya moderna

El Estado Islámico promociona, junto con su dictadura y barbarie premoderna, sus aspiraciones estatales a través de un mensaje arcaico de casa y hogar y alienta a sus combatientes a casarse y, al paso de sus victorias, hace desfilar a sus soldados flanqueados por niños con ametralladoras. En Raqqa, capital del califato, una camioneta de propaganda recluta sobre la marcha a jóvenes de la localidad para llevarlos a campos de entrenamiento y enseñarles a utilizar armas modernas. Las bochornosas tardes de verano animan a la población a acudir a festivales islámicos en las plazas. Hay música, risas y alabanzas al califato y al califa. Los niños acuden en bandadas a estos acontecimientos, atraídos por la música y la fascinante exhibición de armas y combatientes, quienes les alientan para que se unan a ellos en la defensa del nuevo estado.[70]

Aunque el mundo que el califato dibuja en las redes sociales se encuadra siempre sobre el telón de fondo de una guerra de conquista que recuerda la Edad Media —en la que se cortaban cabezas y se exhibían en público cadáveres de crucificados, y las mujeres brillaban por su ausencia —, existe otro aspecto del califato. De hecho, en su faceta social muestra rasgos de humanidad y es ante este aspecto que Occidente debe reaccionar si quiere que disminuya el proselitismo.

A diferencia de los talibanes, el Estado Islámico aspira a ganarse la legitimidad entre la población atrayendo a hombres, mujeres y niños con el señuelo de convertirse en ciudadanos del califato. A diferencia de la OLP, la ETA o el IRA, que se sentían legitimados por solo una parte de la población, el Estado Islámico persigue la conformidad de la *umma*, la comunidad mundial de creyentes, el alma del Islam. Y, en consonancia, sus ambiciones van mucho más allá de las de los grupos armados que le precedieron. Tras demostrar con espectaculares triunfos militares que Dios está de su parte y que el Profeta, el califa, ha regresado, los combatientes del Estado Islámico tienen que ganarse ahora el apoyo del pueblo de Alá y el amor de sus mujeres para dar nacimiento a una nueva generación.

Para encontrar tal proyecto de creación de estado nacional nacido de la violencia absoluta e impregnado de nostalgia por una época dorada perdida, hay que retroceder hasta las sociedades tribales premodernas y el nacimiento de la antigua Roma.

La mitología romana atribuye una genealogía directa entre los supervivientes de Troya y los fundadores de Roma. Rómulo y Remo son los descendientes del príncipe Eneas y de su hijo Ascanio, librado milagrosamente de la destrucción de Troya. Naturalmente, el destino desempeña un importante papel en la preservación de dicho linaje, señal de que Troya no podía morir a manos de los hombres sino que estaba destinada a revivir su esplendor a través de Roma. Sin embargo, Roma no era una simple réplica, la nueva Troya, sino su encarnación moderna. Del mismo modo, el califato islámico, en palabras de su califa, no va a ser una simple réplica. Tendrá su propia identidad en armonía con los tiempos modernos.

Sobre un pasado mitológico que confería legitimidad a la recién fundada Roma, esta tenía que resolver problemas prácticos relativos a la construcción de una nación: poblar el enclave para transformar lo que era un campamento militar de hombres extremadamente violentos en una ciudad propiamente dicha. Esta transformación requería la formación de familias, y los romanos buscaron mujeres para poblar la nueva ciudad. Siguiendo el brutal estilo que les caracterizaba, se las robaron a sus vecinos, los sabinos.

Igual que Roma necesitaba mujeres para proseguir su desarrollo y asegurarse la expansión territorial, el califato necesita mujeres para su expansión social. En un informe sobre la ciudad de Baiji controlada por el EI, se asegura que los militantes van de puerta en puerta preguntando quiénes están casadas y quiénes no, aterrorizando a los habitantes. «Yo les dije que en casa solo había dos mujeres y que las dos estaban casadas —dice Abu Lahid—. Decían que muchos mujaidines (combatientes) eran solteros y que querían esposa. Se empeñaron en entrar y echar un vistazo a la tarjeta de identidad de las mujeres [que en Irak señala el estado civil].»[71]

Curiosamente, la guerra desatada por el rapto de las sabinas cesó gracias a las propias víctimas, las mujeres, cuando estas convencieron a sus familiares varones de que hicieran las paces con sus maridos-raptores. De igual modo, en Raqqa, antes de que la ciudad fuese tomada por el Estado Islámico, las mujeres se ofrecieron como escudos humanos para proteger a la ciudad de las fuerzas rebeldes.[72] Raqqa es una ciudad periférica habitada por tribus que en principio apoyaban al régimen de El Assad, pero posteriormente cambiaron de lealtad y se pasaron al Estado Islámico. Es el mejor ejemplo de cómo el califato planea gobernar en el nuevo estado. Captando a la población, espera neutralizar a la oposición interna estableciendo, por ejemplo, vínculos de sangre entre conquistadores y conquistados; el método de fomentar matrimonios entre los combatientes del Estado Islámico y las mujeres suníes de la población es lo que con el tiempo cimentará el consenso y le procurará legitimidad.

El reto definitivo del califato

La modernidad y el pragmatismo del Estado Islámico derivan de una combinación de tácticas contemporáneas, capacidades tecnológicas y de comunicación, propaganda psicológica, guerra al viejo estilo y costumbres tribales, como los matrimonios concertados entre las mujeres de las tribus suníes y los yihadistas. En este escenario, está claro que el Estado Islámico ha dejado en mantillas a todos los «estados-caparazón» que le precedieron y a sus contemporáneos en cuanto a la construcción de un estado nacional, y que, en lo que constituyó un fallo de todas las organizaciones armadas de la posguerra, podría lograr el éxito: crear por medio de la simple violencia un nuevo tipo de estado, lo bastante grande, lo bastante fuerte y de suficiente importancia estratégica para llamar la atención del mundo. Efectivamente, ya ha movilizado para la lucha a un número de países superior al G20. La alternativa a reconocer al EI y al califato, una guerra declarada con fuerzas extranjeras sobre el terreno, dañará a innumerables civiles inocentes y desestabilizará totalmente Oriente Próximo, con pocas perspectivas de éxito a largo plazo. Naturalmente, a la luz del plan anunciado por Estados Unidos de una larga campaña de incursiones aéreas y la formación de una gran coalición, esa guerra no debe descartarse.

¿Cabe la posibilidad de que algún día los estadistas europeos se den la mano con al Bagdadí? Por repugnante que parezca hoy la idea, la historia del rapto de las sabinas debería hacernos recordar que todo es posible con tal que de que se produzca el consenso necesario.

Mientras escribo, la negociación con el Estado Islámico es impensable. Pero si Irak queda dividido y el EI logra establecer su propio estado en las regiones suníes de Siria e Irak, y desde allí avanzar hasta Jordania, Líbano u otras zonas estratégicas de la región, las cosas serán muy distintas. ¿Podría Occidente, el mundo, permitir que se formara un estado canalla a las puertas de Europa y tan cercano a Israel? ¿Y es posible que este «estado-

caparazón», forzado por la violencia bárbara, gane la necesaria legitimidad por consenso interno para su conversión en estado moderno? En caso afirmativo, ¿no sería mejor acoger a ese estado en el concierto internacional, forzándole con ello a que respete el derecho internacional, antes de que trastoque totalmente el mapa de Oriente Próximo en perjuicio nuestro? El temor que los Estados del Golfo muestran ante el avance del califato hacia sus fronteras parece indicar el potencial revolucionario del EI en dichos países.

No sería la primera vez que un estado canalla con dirigentes sin escrúpulos logra la transformación. Gadafi, por ejemplo, fue reconocido en Libia. Sin embargo, sería la primera vez en la historia moderna que un estado nace a partir del puro terrorismo mediante una guerra de conquista premoderna.

Estos son los extraordinarios retos que se nos plantean hoy en día. Independientemente de cómo les hagamos frente, el nacimiento del califato nos recuerda que lo que los políticos tomaron por una nueva variedad de terrorismo podría perfectamente convertirse en un nuevo modelo de terrorismo. Es decir, el Estado Islámico podría romper el molde y dirimir el dilema del terrorismo al lograr la creación de un estado nacional, confiriendo a una organización armada el estatus de enemigo y a la población civil el estatus de ciudadanía. Aun sin reconocimiento diplomático, el simple hecho de la consolidación del califato daría un vuelco al concepto de terrorismo de la comunidad internacional.

¿Hasta qué punto es posible este escenario? ¿Existen más posibilidades de las que haya podido haber en el caso de cualquier otra organización armada moderna? El Estado Islámico ha incorporado parte de las características del estado moderno, como es la legitimidad interna obtenida mediante un contrato social implacable, y ha sabido aplicar sus políticas de manipulación con ventaja para su liderazgo. Irónica y paradójicamente, para justificar su reivindicación de entidad estatal, el Estado Islámico ha creado su propia mitología a partir de las cenizas de lo que Estados Unidos fabricó para deslegitimar al régimen de Sadam Hussein: el mito de al Zarqawi.

Capítulo 4

EL FÉNIX ISLAMISTA

En 2009, Abu Bakr al Bagdadí salió en libertad del campo de detención de Camp Bucca, un campo estadounidense de reclusión, llamado FDNY en memoria de un oficial de bomberos muerto el 11 de septiembre de 2001 en acto de servicio en el World Trade Center. Aunque no está claro por qué fue liberado al Bagdadí de entre miles de otros reclusos, es probable que el Gobierno iraquí, al carecer de recursos para mantener la prisión, vaciara el campo Bucca cuando las tropas estadounidenses se disponían a marcharse de Irak en 2010.

Cuando abandonaba el campo, al Bagdadí dijo en broma a los reservistas de Long Island que le escoltaban hacia la libertad: «Nos veremos en Nueva York».[73] En aquel momento casi nadie prestó atención a sus palabras, pero cuando a finales de la primavera de 2014 al Bagdadí se convirtió en califa del Estado Islámico, el coronel del ejército de tierra Kenneth King, excomandante del campo Bucca, recordó el comentario y sintió escalofríos.[74]

King reconoció su sorpresa al enterarse de la elección de al Bagdadí como califa, al saber que su antiguo prisionero era ahora el terrorista más buscado del mundo. En su cautiverio, al Bagdadí no había sido considerado un violento extremista suní. De hecho, hasta unas semanas antes de la proclamación del califato, pocos medios de comunicación le prestaron

atención ni a él ni a su grupo. No sería, desde luego, la primera vez que a Estados Unidos, por ignorancia y falta de previsión, un temible enemigo le pasaba desapercibido. No es menos sorprendente que a todo el mundo le pasaran desapercibidos los espectaculares éxitos de al Bagdadí en Siria en 2012 y 2013, época en que los ojos del mundo estaban precisamente clavados en ese país.

No menos inquietante es que lo que hizo posible los sorprendentes logros del futuro califa fue el hecho de que ocupa el puesto de su mundialmente famosos predecesor, Abu Musab al Zarqawi, cuyo mito de superterrorista fue obra de la administración Bush. Aún más chocante es el hecho de que al Bagdadí adoptara los instrumentos y técnicas de propaganda que los mismos estadounidenses habían utilizado para fabricar y difundir globalmente la aterradora y falsa mitología en torno al líder yihadista jordano. Irónicamente, igual que Bush y Blair, al Bagdadí tenía pensado un objetivo muy ambicioso, mayor de lo que nadie pudiera imaginar: la reestructuración del mapa de Oriente Próximo y, en el caso de al Bagdadí, la creación de un nuevo estado, el califato.

La génesis de un superterrorista

Contrariamente a lo que muchos creían, el estrellato de Abu Musab al Zarqawi en el firmamento yihadista y su papel de archienemigo de Estados Unidos son un ejemplo clásico de profecía autocumplida. Cuando Colin Powell señaló a al Zarqawi como el representante de Al Qaeda en Irak, el jordano se convirtió casi de la noche a la mañana en la nueva estrella yihadista y los patrocinadores comenzaron a proporcionar dinero al grupo. Pero no solo no existía relación entre Al Qaeda y Sadam Hussein, sino que al Zarqawi no era más que un pececillo en el gran estanque yihadista. A tenor de los éxitos del Estado Islámico, hoy en día esta profecía autoanunciada se ha convertido en una pesadilla.

La primera vez que las autoridades estadounidenses supieron de al Zarqawi fue a finales de 2001, después del 11-S, gracias a los servicios secretos kurdos. Los kurdos afirmaban que Al Qaeda había instalado una base en Bajara, el Kurdistán iraquí, para dirigir una nueva organización yihadista, Ansar al Islam. En 2001, Jund al Islam, un grupo de jordanos naturales de Salt que habían conocido a al Zarqawi durante su encarcelamiento en Jordania y se habían mantenido en contacto con él, se fusionaron con Ansar al Islam.[75] Sin pruebas fehacientes, el servicio secreto kurdo interpretó esta alianza como una relación de al Zarqawi con Al Qaeda, y al Zarqawi fue marcado como emisario entre los dos grupos debido a sus contactos personales con los jordanos y su campamento afgano de Herat, situado junto a una concurrida ruta yihadista del norte de Irak a Afganistán.

Los estadounidenses no sabían nada de al Zarqawi, por lo que inmediatamente se pusieron en contacto con las autoridades jordanas para obtener datos. Fue en ese momento cuando en Washington surgió la idea de fabricar en torno a él un mito para justificar la intervención en Irak que empezaba a materializarse.

Un equipo conjunto de investigadores estadounidenses y jordanos atribuyó a al Zarqawi un plan frustrado de Al Qaeda durante las celebraciones del milenio, el asesinato en 2001 del ciudadano israelí Yitzhak Snir y, en 2002, el del diplomático estadounidense Lawrence Foley, que había reivindicado un grupo armado jordano desconocido que se hacía llamar Honorables de Jordán. No había pruebas concluyentes de tales cargos. De hecho, a finales de abril de 2004, tras la condena a muerte en rebeldía de al Zarqawi por esos dos asesinatos, los Honorables de Jordán emitieron un comunicado negando toda relación con él. Adjuntos al mensaje iban los casquillos de las balas disparadas contra Foley y Snir.[76]

A los estadounidenses les convenía en extremo la creación del mito. Desde el 11 de septiembre de 2001 hasta el 20 de marzo de 2003, a Estados Unidos le sirvió de pretexto para atacar Irak, acusando al régimen de Sadam Hussein de poseer armas de destrucción masiva y de apoyar al terrorismo.

Sin pruebas de la existencia de esas armas, el apoyo de Sadam al terrorismo era la única carta de la administración estadounidense para convencer al mundo de que había que eliminar al dictador iraquí. Para jugarla tenía que demostrar una mentira: que Sadam Hussein y Al Qaeda estaban relacionados. El falso vínculo era Abu Musab al Zarqawi.

El poder de las redes sociales

La eficaz fabricación del mito de al Zarqawi fue posible gracias a dos factores: el poder de los medios de comunicación, que difundieron por todo el mundo el aterrador mensaje presentado por Colin Powell ante el Consejo de Seguridad de la ONU, y la buena disposición de la población de Occidente a creerse el falso mensaje con un 11-S reciente. Diez años más tarde, el Estado Islámico utiliza los medios de comunicación para difundir una serie de mensajes terribles y no menos falsos. Al igual que una década atrás, el mundo se muestra predispuesto a creerlos.

Al Bagdadí y sus seguidores conocen la importancia de la realidad virtual y nuestra tendencia a actuar irracionalmente ante sucesos misteriosos y aterradores como el terrorismo. Mostrando una cabal comprensión del análisis perfeccionista de la comunicación, han invertido grandes energías en las redes sociales para difundir profecías terroríficas, a sabiendas de que ejercen un efecto de autocumplimiento. Son, además, perfectamente conscientes de que nuestro mundo, con un ciclo de veinticuatro horas en los medios de comunicación, ha convertido a periodistas y público en adictos al horror y a lo extraordinario, y de que el valor de la certeza de un hecho es menos importante que el valor de su impacto.

Como hemos visto al principio, cuando el primer grupo yihadista del Estado Islámico en Irak cruzó la frontera de Siria, el objetivo de la organización era hacerse con sus propios enclaves territoriales. Era un plan ambicioso que se creyó sería imposible sin la propagación de un mito cuidadosamente elaborado para presentar a al Bagdadí y a sus seguidores

como una fuerza mucho más importante de lo que eran. Una hábil maquinaria propagandística, irreprochablemente ingeniosa, hizo circular por las redes sociales falsas noticias sobre su fuerza sin par, táctica que se reveló fundamental para reclutar adeptos, recaudar fondos e instrumentar programas de instrucción militar. De hecho, ya desde 2011 la organización atraía a combatientes experimentados de Bosnia y Chechenia, gente con relevantes conocimientos militares que no estaba interesada en unirse en Siria a un grupo yihadista cualquiera.[77] El juego de espejos creado por la maquinaria propagandística engañó al mundo entero y ocultó la cruda realidad de que a finales de 2010 el Estado Islámico en Irak estaba al borde de la extinción y que su migración a Siria era su única posibilidad de supervivencia.

Incluso actualmente, dentro y fuera del califato, la maquinaria de propaganda está constantemente en marcha, difundiendo entre los jóvenes, tanto en el extranjero como en el ámbito local, mitos sobre un ejército aún más fuerte y victorioso. En Raqqa, un yihadista belga y su joven hijo recorren la ciudad en una camioneta de propaganda contestando a toda clase de preguntas, desde asuntos de servicios sociales hasta cómo encontrar trabajo. El vehículo va abarrotado de cedés, música, vídeos, octavillas, fotos y folletos.[78] Asistimos a un fenómeno tan antiguo como el mundo que Platón reflejó espléndidamente en el mito de la caverna: los que están presos dentro de ella no ven más que las sombras reflejadas en las paredes, tomándolas por la realidad.

A diferencia de los talibanes, que rehuían la tecnología, la propaganda del Estado Islámico es una operación de tecnología punta dirigida por profesionales, entre ellos algunos individuos de elevada formación procedentes de Occidente. Cuando Twitter y Facebook retiraron el vídeo de la decapitación de James Foley que había publicado el EI, al cabo de unas horas su equipo de propaganda había restablecido el acceso a esas imágenes a través de webs de la diáspora en el extranjero.[79] La propaganda del Estado Islámico ha resultado enormemente atractiva para potenciales yihadistas, sobre todo en Occidente. Cabe plantearse qué hace la NASA con

las transcripciones de nuestras conversaciones telefónicas y correos electrónicos mientras es incapaz de interceptar las numerosas comunicaciones de occidentales dirigidas al califato y de detener a esos posibles reclutas. El reciente descubrimiento en 2009 de un estrecho vínculo entre jóvenes musulmanes de Minnesota (dos de los cuales murieron luchando por el califato) y el Estado Islámico,[80] nos hace preguntarnos cómo es posible que a la NASA le pasara desapercibido.

Este agujero negro en la inteligencia es particularmente increíble si tenemos en cuenta que el Estado Islámico utiliza numerosas estrategias electrónicas para difundir ampliamente su mensaje. Es ilustrativo el recurso a aplicaciones o *apps*. «Una de las empresas más exitosas del ISIS es una aplicación en árabe para Twitter llamada The Dawn of Glad Tidings, o simplemente Dawn (Aurora). Esta aplicación es un producto oficial del ISIS promovido por sus principales usuarios que se anuncia como medio para acceder a las últimas noticias sobre grupos yihadistas.»[81]

Como hemos visto, el EI entiende muy bien también los sucesos internacionales para encajar en ellos su proselitismo. «Durante la Copa del Mundo de 2014 utilizó *hashtags* como #Brazil2014, #ENG, #France y #WC2014. Con esta táctica tuvo acceso a millones de seguidores de la Copa del Mundo en Twitter confiando en que algunos de ellos hicieran clic en sitios de su material propagandístico, sobre todo en un vídeo en el que aparecían yihadistas británicos y australianos tratando de persuadir a musulmanes de Occidente de incorporarse a sus filas.»[82]

Una posible respuesta a este rompecabezas cabría hallarla en la naturaleza del conflicto sirio. Al contrario que en Libia e Irak, el Estado Islámico en Siria afirma que Occidente está enfrentado a un dilema diplomático. ¿Comprometerá Occidente sus relaciones con Rusia y China, o su apaciguamiento con Irán, por un país donde sus intereses son muy escasos o inexistentes? Hasta el verano de 2014 la respuesta era «no». Trabajadores voluntarios, periodistas y refugiados confirman que el flujo de combatientes extranjeros en el norte de Siria no ha dejado de aumentar al hilo de la evolución de los acontecimientos mundiales. «Llegaron en

oleadas. Tras el golpe de estado en Egipto, los que habían confiado en los Hermanos Musulmanes llegaron a la conclusión de que, al final, el destino de los países árabes se decide en Estados Unidos y que los moderados no tenían mejores argumentos para defender la democracia. Se produjo otra oleada tras el asalto de Abu Ghraib en julio de 2013, [incluyendo] muchos de los presos que escaparon entraron en Siria, donde se unieron a diversos grupos. La última oleada vino después del ataque químico del 21 de agosto de 2013», dice Francesca Borri. Casi todos los extranjeros penetraron en el norte de Siria por la frontera turca en vuelos al aeropuerto de Hatay. «La frontera de Turquía con Siria está sembrada de etiquetas de aerolíneas internacionales», recuerda Borri, que voló a Hatay varias veces, un viaje que para muchos fue el último.

No cabe duda de que las autoridades turcas estaban al corriente de lo que ocurría en la frontera con Siria y, de haber querido, las inteligencias occidentales e israelí podrían haber puesto coto a la situación. Pero únicamente cuando el EI se extendió a Irak se interesó Occidente por el conflicto sirio y el Estado Islámico.

Aun admitiendo que el EI fuese una patata caliente, no se entiende por qué la inteligencia occidental no mostró mayor interés por al Bagdadí y sus partidarios cuando estaba creciendo en Siria. No habría sido muy difícil infiltrarse en su comunidad virtual. En 2013, por ejemplo, los miembros, simpatizantes y patrocinadores del ISIS siguieron a través de las redes sociales la polémica entre al Bagdadí y el emir de Al Nusra, Mohamed al Golani, tras la fusión de ambos grupos. Con ocasión del enfrentamiento entre al Bagdadí y Ayman al Zawahiri a propósito del derecho a combatir en Siria y de exigir lealtad a todas las facciones de árabes, extranjeros y combatientes locales, la comunidad yihadista global fue invitada a expresar su opinión. «Esa lucha requería, además de demostrar sobre el terreno su capacidad militar, la habilidad de vender los criterios sobre la sharía del ISIS prestando debida atención a la ideología al publicitar la organización, como demostraban los discursos y mensajes intercambiados por al Golani, al Bagdadí y al Zawahiri. Fue una polémica abierta en los foros y redes

sociales yihadistas para valorar el derecho legítimo de al Bagdadí al liderazgo.»[83]

Estos debates tampoco captaron el interés de los numerosos *think-tanks* que proliferan desde el 11-S para el estudio de la radicalización del terrorismo. Se inclina uno a pensar que el amplio uso de los miembros del Estado Islámico de los medios sociales y de las técnicas y herramientas más actuales para ganar prosélitos y recaudar dinero es un regalo que se le hace a la organización. La revista *Atlantic*, en su análisis de la estrategia del EI en los medios sociales, descubrió que el Estado Islámico recibía setenta y dos twits por cada mensaje que enviaba a «una cuenta en árabe de Twitter, @ActivelHashtags, donde se anuncian los *hashtags* más populares para introducir su propio material».[84] No eran pocas las posibilidades de estudiar al grupo de al Bagdadí a través de cómo emplea los medios sociales, pero a nadie en una posición capaz de alterar la política le interesó hacerlo.

Paradójicamente, la inteligencia occidental y los medios de comunicación no solo ignoraron el crecimiento del Estado Islámico durante dos años, sino que, cuando por fin mostraron cierto interés, comenzaron a prestar oído a quien no debían. Esto confirma la carencia absoluta de información adecuada relativa al conflicto sirio y a la posición del EI en el norte de Siria. Los primeros perjudicados son los periodistas. «Entre abril y mayo de 2014, me disponía a volver a Alepo desde Turquía. La inteligencia occidental me informó sobre cómo se desarrollaba la batalla de Alepo entre fuerzas de El Assad y los rebeldes. Me dijeron que estos llevaban las de ganar, que el régimen de El Assad estaba a punto de caer y que no había peligro en viajar por carretera desde la frontera a Alepo. Fui la primera periodista que cruzó la frontera y acabé, con el chófer, apenas a quince kilómetros del frente de combate. No sé cómo salimos de aquello, pero lo logramos. A la vuelta comuniqué a la inteligencia occidental que los rebeldes habían desaparecido y que la ciudad estaba en manos de El Assad, pero no me creyeron y la prensa internacional se negó a publicar mi reportaje. Tanto la inteligencia como los medios decían que lo que leían en

Facebook y YouTube no era eso, que llegaban noticias en sentido contrario sobre los rebeldes a través de las redes sociales y que aparecían fotos de su victoria. El único periódico que publicó mi reportaje fue *Le Monde*.»[85]

Son más reales para la gente las noticias de Facebook, YouTube e Instagram que el informe de una periodista italiana independiente que arriesga su vida por saber la verdad. Y esto lo saben el Estado Islámico, los rebeldes y otros grupos implicados en el sangriento conflicto de Siria e Irak.

La seducción decisiva del califato

En 2003, los medios de opinión general difundieron el mito promovido por el gobierno de que al Zarqawi era un temible terrorista sin verificar la autenticidad. Diez años después, las redes sociales obtenían el mismo resultado, contribuyendo con ello a la difusión e interiorización de una imagen deliberadamente exagerada del poder de al Bagdadí y su grupo armado. Igual que diez años atrás, nadie se molestó en verificar la noticia. Pero la propaganda y los medios no bastan para movilizar a la gente si la invención que proyectan no coincide con algún sueño o pesadilla formulados por la imaginación colectiva. Sabemos que, tras el 11-S, el mundo quedó profundamente traumatizado, por ello es comprensible que a Bush y a Blair les resultara fácil manipular a la opinión pública recurriendo a mentiras. Lo que es más difícil de entender es el atractivo del Estado Islámico para sus seguidores en las redes sociales. Y estamos hablando de un gran número de personas. Se dice que el Estado Islámico ha atraído a doce mil combatientes extranjeros, de los cuales dos mil son europeos.[86] Son cifras que no incluyen partidarios y simpatizantes en el extranjero. Aunque, por ejemplo, se calcula que en Siria y en Irak luchan sesenta australianos en las filas del EI, la cifra de partidarios en el país de origen se estima en cien.[87]

¿Cuál es la motivación de los musulmanes jóvenes, profesionales nacidos en Occidente para incorporarse a una guerra de conquista y dar su

vida en una tierra que ni conocen, un conflicto que recuerda a los de la Edad Media? ¿Cuál es, en definitiva, esa seducción clave del Estado Islámico? Son preguntas a las que hay que dar respuesta.

Parte de ello consiste en la oportunidad de vengar a sus congéneres de Oriente Próximo por la humillación, pero también fue ese el motivo de muchos occidentales suicidas con bomba cuando la coalición invadió Irak. Tal vez haya algo más que motive a los jóvenes musulmanes para unirse a esta yihad. La ocasión de participar en la creación de un nuevo orden político en Oriente Próximo, en un estado moderno sin tensiones racistas y sectarias (tras cierta limpieza étnica, por supuesto), se les presenta como una oportunidad incomparable. ¿Podría ser que los seguidores del EI esperen que el califato sea una nación incorrupta e incorruptible con gran sentido de la hermandad, una sociedad sin el reto que las mujeres occidentales y occidentalizadas plantean al hombre, una sociedad en la que impere el honor, una sociedad contemporánea perfectamente en armonía con el *al Tawhid*, el mandato de Dios? Esta nación ideal, de hecho, no solo promete a los musulmanes la liberación de siglos de humillación, sino que representa en sí misma la utopía suní del siglo XXI, un constructo filosófico poderoso que durante siglos los intelectuales han tratado de difundir en vano. En realidad, esta es la fuerza política moderna que Occidente y el resto del mundo ha optado por ignorar hasta el verano de 2014.

Si este análisis es correcto, el atractivo decisivo del Estado Islámico radica en su habilidad para convencer a jóvenes occidentales profesionales para que abracen esta utopía y el convencimiento de que el califato tiene poder para hacerla realidad, igual que el movimiento sionista en la década de 1940 supo enfervorizar a la comunidad judía internacional con la utopía de un estado hebreo, inculcándole la certidumbre de que podía hacer realidad el sueño de un Israel moderno.

Pero, al contrario que el estado de Israel de antaño, la población de Siria e Irak no acoge con agrado la presencia de extranjeros. «En otoño de 2012 comenzaron a llegar los primeros extranjeros a Siria para intervenir en la guerra civil. Los sirios lo consintieron porque necesitaban toda la ayuda

posible, pero no lo hicieron de buena gana y siguen diciendo que cuando caiga el régimen de El Assad los extranjeros deberán marcharse, cuando todo el mundo sabe que se quedarán —dice Francesca Borri—.[88] Hay mucha tensión entre la población y los combatientes extranjeros, que son los más brutales y violentos. Como no han vivido una dictadura ni una guerra como esta, desconfían de los periodistas y los hostigan. Yo nunca tuve problemas con los sirios, mientras que fui objeto de amenazas por parte de un neozelandés que llegó a Siria con una ONG infiltrada por el Estado Islámico.»

No a todos los combatientes les motiva el sueño utópico del estado musulmán. Para muchos jóvenes occidentales, unirse a la yihad y a los rebeldes es una aventura, una especie de campamento militar de verano, y estos son los más peligrosos porque se muestran inhumanos con la población y no entienden los sufrimientos que padece.

La versión moderna del salafismo

En Siria, y también en Irak, la eficiencia de al Bagdadí y su grupo al convencer a los suníes que llegarán a conseguir lo que otros no pudieron, es una hazaña notable por su modernidad. En otros tiempos, ningún grupo yihadista disponía apenas de medios para dirigir un auténtico estado. No tenían idea de cómo atender el suministro de agua, el alcantarillado o cómo construir carreteras, ni sabían aprovechar el ámbito virtual para hacer proselitismo y recaudar fondos por todo el mundo. Y más ignorantes eran aún en cuanto a granjearse las simpatías de la población. Estos defectos, constatados en Afganistán con el califato del Mulá Omar, tienen su origen en la visión premoderna de la sociedad radical que plantea el salafismo.

Aunque el sueño del movimiento yihadista fue siempre recrear el califato, no dejaba de ser una vaga idea romántica totalmente inaplicable en la actualidad, dado que el salafismo rechaza la construcción de un estado moderno. El salafismo radical ha permanecido más bien detenido en la

sociedad ideal de la Arabia del siglo VII. Para él, los acontecimientos ulteriores son superfluos y peligrosos, desde la infraestructura del estado moderno hasta la tecnología moderna, como lo prueba la prohibición talibán de la radio, la música y la televisión.

En este escenario, lo que ha hecho al Bagdadí con el establecimiento del Estado Islámico en enclaves de Irak y Siria, gobernando a la población como autoridad política con todos los instrumentos del estado moderno, es verdaderamente excepcional. «Ha amalgamado el objetivo político islamista de hacerse con el poder estatal con la visión más global de los neotradicionalistas de crear un estado reconocible, por tosco que sea, que aspira a la vez a ser el trampolín de una mayor expansión. Esta combinación sin precedentes es muy poderosa», escribe Jason Burke, un experto de los estudios sobre la yihad.[89]

La fabricación del mito de al Zarqawi se reveló un éxito gracias a que después del 11-S existía la desesperada necesidad de poner más de una cara a las atrocidades de Al Qaeda, y a que Sadam Hussein, un dictador odiado, encajaba en el perfil. Y además, Bush y Blair lograron engañar al mundo y a los gobiernos que juzgaron inconcebible la posibilidad de caer en un engaño. La opinión pública mundial aún sigue aferrada al absurdo de que en el estado moderno la batalla política diaria se libra entre el bien y el mal. Pero quienes no se dejaron obnubilar por tal fantasía sabían que no había ninguna relación entre Al Qaeda y Sadam Hussein y que la invasión de Irak acabaría desestabilizando toda la región.

Son los que hoy denuncian la fabricación de otro mito absurdo, no en Occidente sino en el mundo musulmán: el del califato y su dirigente, al Bagdadí. Además, son conscientes de la aparición de otra profecía anunciada a través del poder de las redes sociales. Tras décadas de guerra y destrucción a manos de las élites locales, apoyadas por las potencias occidentales, los árabes suníes y los musulmanes quieren creer desesperadamente que, por fin, de las cenizas de un mundo pretendido hace mucho tiempo, se alza un fénix formidable. Es decir, un estado y un líder que les traerá la tan ansiada liberación del horrible presente. ¿Es al Bagdadí

ese hombre y el califato ese estado? Occidente y el mundo están convencidos de que no, pero solo la población de Oriente Próximo puede en su momento dar cumplida respuesta a esta pregunta.

Capítulo 5

LA YIHAD MODERNA

La desestabilización creada por el Estado Islámico en Oriente Próximo se ha llevado a cabo con extraños compañeros de viaje de diversas potencias y fuerzas regionales, lo que nos sitúa necesariamente ante una serie de insólitos escenarios: el patrocinio iraní y saudí de los palestinos en el conflicto con Israel el verano de 2014; las reuniones secretas entre Irán y Arabia Saudita para discutir las posibilidades de acabar con el califato; las operaciones encubiertas de Estados Unidos para armar a los «rebeldes» sirios, integrados sobre todo por yihadistas y no por elementos laicos; y la decisión del presidente Obama de bombardear los enclaves del Estado Islámico en Siria con el apoyo de una gran coalición de países occidentales y árabes, pero sin el mandato de la ONU. No citaremos más. Sin embargo, el resultado más inaudito no lo reflejan estas extrañas alianzas, sino el asombroso éxito de estructuración nacional de esos insurgentes armados aparentemente retrógrados en comparación con los desalentadores intentos en el mismo sentido de Estados Unidos.

Desde Vietnam, hace más de medio siglo, Estados Unidos está constantemente en guerra; guerra, según dicen, «para difundir la democracia». Siguiendo un ciclo repetitivo de guerras, desde «invasiones y ocupaciones a gran escala hasta guerras de contrainsurgencia por intermediación, y vuelta a empezar»,[90] los militares estadounidenses han

obtenido resultados muy poco alentadores, especialmente en Irak. ¿Cómo es posible olvidar que los estadounidenses tuvieron que tomar Mosul dos veces para aniquilar a los yihadistas y que intentaron tomar Faluya a costa de grandes pérdidas? Sin embargo, cuando los ejércitos de Bush y de Blair abandonaron Irak, en sus respectivos países se presentaron como «vencedores».[91] Cuando escribo esto, esas dos ciudades están en poder del califato.

En agudo contraste con lo que dice el estamento militar estadounidense, con su modernísima propaganda y sugerente mitología, el Estado Islámico lleva a cabo una guerra victoriosa mediante tácticas terroristas: una guerra bajo la égida ideológica de la yihad, una guerra santa. Si el mando militar no puede garantizar el triunfo, como sugieren las numerosas derrotas de Estados Unidos en los últimos cincuenta años, la clave del éxito militar ha de estar en otra parte. Esto nos obliga a examinar las motivaciones de los ejércitos de Estados Unidos y del Estado Islámico.

Ambos justifican sus acciones militares invocando una causa superior. Lo cual plantea la siguiente cuestión: ¿Es la promesa del estado salafista, cuyas fronteras siguen las del antiguo califato, una motivación más poderosa que la intención de «difundir la democracia», abriendo camino de paso a la colonización del mercado por las multinacionales occidentales? A juzgar por lo que hemos visto los últimos once años, la respuesta adecuada sería sí. Si la guerra santa de al Bagdadí es una motivación más poderosa que la exportación de la democracia occidental, es imperativo entender qué clase de conflicto pone en marcha.

DOS YIHADS

Impulsada tras la muerte del profeta Mahoma por la *ulema* (la comunidad mundial de eruditos religiosos musulmanes), la *yihad* se elaboró a partir de las enseñanzas del Corán y del Profeta. Pero hay dos clases de yihad: la gran yihad, fundamentalmente espiritual; es decir, la lucha

individual diaria contra las tentaciones. Y la pequeña yihad, el combate contra el enemigo. Lo que aquí nos interesa es esta última modalidad, cuyo concepto ha evolucionado a través de los siglos frente a la gran yihad, que no ha cambiado.

Formulada cuando el Islam era ya una superpotencia, la idea de la pequeña yihad era un reflejo del espíritu imperial, un instrumento para proteger a la comunidad de creyentes. Los eruditos religiosos de aquella época distinguían, además, dos tipos de pequeña yihad: defensiva y ofensiva. La primera se refería a la obligación para todos los miembros de la comunidad de tomar las armas contra el enemigo para salvaguardar el Islam. La yihad ofensiva, por el contrario, solo podía proclamarla el califa, el guía de la comunidad, cuyo cometido era difundir el Islam, no protegerlo. La yihad que desencadena el Estado Islámico pertenece a ambas categorías.

Mientras el califa disponía de guerreros suficientes para el combate, los súbditos estaban exentos de incorporarse a la yihad ofensiva. Pero cuando necesitaba más soldados, ningún auténtico musulmán podía desoír la llamada de su jefe espiritual y político. Este principio sigue vigente hoy en día. Por ello, al Bagdadí, como legítimo sucesor del profeta Mahoma, no solo ostenta el derecho a declarar guerras de conquista, sino a exigir la participación en el conflicto de todos los musulmanes y a pedir su inmigración al califato. «Quienes puedan emigrar al califato deben hacerlo, pues la inmigración a la casa del Islam es una obligación»,[92] declaró al Bagdadí en la proclamación del califato.

En consecuencia, el advenimiento del califato moderno socava la autoridad de otras organizaciones y jefes yihadistas. El Estado Islámico representa potencialmente un reto a la legitimidad de cualquier régimen musulmán porque impone la autoridad suprema del califa.[93] No cabe desestimar esta reivindicación al tener en cuenta la clase de amenaza que plantea el califato, tanto a los musulmanes como al resto del mundo. De hecho, una de las tareas de la gran coalición promovida por el presidente Obama en septiembre de 2014 bajo el paraguas de la OTAN, con activa

participación de varios países musulmanes, es impedir la expansión territorial del Estado Islámico.

En los foros yihadistas y en mensajes de Twitter, los partidarios del Estado Islámico sostienen que la estrategia de Estados Unidos y de Gran Bretaña de no negociar la liberación de rehenes, a sabiendas de que serán decapitados, tiene por objeto suscitar el terror público, y que una vez instigado ese terror creará un clima político local que apoye la acción militar, como sucedió en 2003. Pero esta vez el objetivo bélico sería proteger a los aliados estadounidenses en la región, es decir a Arabia Saudita y a las monarquías del Golfo, contra el mensaje revolucionario del califato, que podría, efectivamente, desencadenar una revolución en esos países.

En el ocaso del Imperio Islámico, la «pequeña yihad» revistió nuevos significados, adaptados a las necesidades de la época. Enfrentado a la inflexible violencia de los francos en la segunda cruzada, Saladino, sultán de la dinastía ayubí de Egipto y Siria, redefinió el concepto de pequeña yihad.[94] El recurso a una radicalidad del Islam suscitó entusiasmo entre sus seguidores en la victoriosa campaña de reconquista.

A principios del siglo XX, el recuerdo de la yihad de Saladino formaba parte en Oriente Próximo de la lucha por la independencia de las potencias coloniales europeas. Durante el dominio británico de Egipto, Hasan al Banna, fundador de los Hermanos Musulmanes, transformó la yihad en un conflicto anticolonialista, una lucha para sacudirse el yugo de Gran Bretaña. Décadas más tarde, Sayed Qutb, un intelectual egipcio, la convertiría en revolución como vehículo para el cambio de régimen.[95]

Desde finales de la década de 1950 el debate sobre el verdadero significado de la yihad gira en torno a tres conceptos: contracruzada, lucha anticolonial y revolución. El Estado Islámico parece haber asumido los tres para infundir a la pequeña yihad un sentido totalmente nuevo: el de la cohesión nacional. «Oh musulmanes, acudid en masa a vuestro estado», declaró al Bagdadí en su discurso inaugural como califa. «Es vuestro

estado... Es el consejo que os doy. Si os adherís a él conquistaréis Roma y vuestro será el mundo, si Alá así lo quiere.»[96]

La contracruzada frente a la cultura occidental y sus intereses en Oriente Próximo, patente en la alianza entre las élites musulmanas corruptas y las potencias occidentales, era el terreno abonado para la guerra tradicional de conquista lanzada por al Bagdadí. La cohesión nacional en los territorios conquistados requiere también un cambio de régimen; es la consecuencia de la naturaleza revolucionaria de la lucha de al Bagdadí en Siria y en Irak, países gobernados por élites corruptas al servicio de potencias extranjeras. Pero lo que hace que esta yihad moderna arraigue con tanta fuerza entre los musulmanes es el hecho de que en tiempo relativamente breve ha logrado en cierta medida una cohesión nacional.

Geografía de la yihad

Al Qaeda no logró ni con mucho lo que el surgimiento del califato ha logrado, ni se ocupó nunca activamente de la construcción nacional. Sus líderes estaban más bien ocupados de lleno en la conjura para atacar a Estados Unidos. «Al Qaeda es una organización y nosotros somos un estado», declaró un combatiente del Estado Islámico que dio el nombre de Abu Omar en un foro en Internet con el *New York Times*.[97] La declaración resume perfectamente los diferentes roles que estas dos organizaciones armadas desempeñan a los ojos de muchos musulmanes, y el reto tan distinto que plantean al mundo.

Según este análisis, el 11-S fue un puñetazo en el rostro de Occidente, mientras que la instauración del califato es un noqueo a sus aliados clave de Oriente Próximo, un golpe que pone en riesgo la existencia de un orden geopolítico diseñado en origen para beneficio de Occidente y de las élites oligárquicas aliadas. Puede que fuese una sorpresa para Occidente, pero no debería sorprender a los dirigentes de Oriente Próximo. Poco después del 11-S, el director de la inteligencia saudita informó a sir Richard Dearlove,

jefe del M-16, el servicio secreto británico, que «el 11-S es un simple pinchazo a Occidente. A medio plazo no es más que una serie de tragedias personales. Lo que esos terroristas pretenden es destruir la casa de Saúd y remodelar Oriente Próximo».[98] Fue en su momento el regalo para Dearlove de una escalofriante profecía que el Estado Islámico intenta hacer realidad.

Sería cuestión de tiempo el que un ejército yihadista pusiera en jaque al sistema de Oriente Próximo, reformulando antiguos conceptos en términos modernos. Cuestión de tiempo para que un grupo armado diera cuerpo a la utopía finalista musulmana, el nuevo califato, y lo presentara ante millones de suníes como un plan factible de acción valiéndose de medios modernos de propaganda. A los ojos de muchos musulmanes, el Estado Islámico, igual que sus predecesores, no es más que el desenlace de décadas de abusos, corrupción e injusticia. Pero a diferencia de sus predecesores, el EI ha sabido adaptarse a un nuevo entorno geopolítico multipolar con un enfoque pragmático dirigido a la población de ese territorio.

La receptividad de factores locales, así como sus características endógenas, forman también parte no menos importante del atractivo que el Estado Islámico ejerce. En agudo contraste, Al Qaeda fue siempre percibida como un poder extranjero, algo que al Bagdadí trató de evitar cuando en 2010 cambió el nombre del grupo, Al Qaeda en Irak, por el de Estado Islámico en Irak. De hecho, no fue porque la organización la dirigiesen un multimillonario saudí y un intelectual egipcio, ambos totalmente ajenos a las vidas cotidianas de la mayoría de los musulmanes, sino porque la organización había optado por llevar la yihad fuera de Oriente Próximo.

Es indiscutible que los acontecimientos del 11-S abrieron un segundo frente contra el enemigo remoto, Estados Unidos, lejos de los campos de refugiados, ajeno al sufrimiento diario de la población de Oriente Próximo y lejos de la injusticia a que la sometían los corruptos regímenes árabes. El 11-S fue además un ataque que no aprobaron muchos en el seno de la comunidad yihadista. Dirigido al corazón de Estados Unidos con intención de debilitar su poder y privar de apoyo a las oligarquías gobernantes de

Oriente Próximo, el ataque vino a simbolizar en los medios occidentales la propia yihad. Aunque en Oriente Próximo algunos celebraron la caída de las Torres Gemelas, la opinión pública de la región juzgó que esas tácticas nada bueno podían traer. Muy al contrario, llevar tan lejos la lucha acarrearía desastrosas consecuencias para Oriente Próximo. Y así fue.

En retrospectiva, resulta evidente el absurdo de atacar al enemigo distante. Pero Osama bin Laden disponía de medios para organizar el 11-S en un momento en que otros yihadistas apenas llegaban a fin de mes. Hoy, las cosas son muy distintas. Mientras el Estado Islámico dirige el califato sobre el terreno histórico del Islam, el núcleo histórico de Al Qaeda ha sido eliminado. Bin Laden ha muerto y la organización que fundó ha quedado reducida a un logo yihadista.

El esfuerzo nacionalista de al Bagdadí en Siria y en Irak es un gancho poderoso en parte por el territorio en el que ocurre. El terreno siempre ha sido crucial para el Islam, tanto en el aspecto religioso como en el político. En un documental de la CNN, un individuo que pasa ilegalmente a combatientes extranjeros a través de la frontera turca sudeste cerca de Hatay, explica qué es lo que sienten algunos de estos hombres cuando pisan Siria. «Para muchos, el cruce de la frontera en sí es una experiencia religiosa. Al llegar al otro lado se arrodillan y lloran, como si acabaran de encontrar algo más preciado que su familia. Creen que esta tierra, Siria, es donde tendrá lugar el juicio de Dios.»[99]

La impronta cultural del califato histórico en los territorios bajo su dominio fue generalizada, al extremo de que en la actualidad, siglos después de la desintegración de aquella espléndida cultura, pervive en Oriente Próximo y el norte de África un lenguaje común. Igualmente, la caída del califato trajo siglos de conquista y humillación y dejó hondas cicatrices en la identidad y autoestima de la población musulmana. Y al trazar los europeos nuevas fronteras en ese antiguo e histórico territorio, se reabrieron las heridas. Una y otra vez, desde el siglo XI, todo movimiento de renacer musulmán alberga el tan arraigado sueño de restablecer las antiguas

fronteras del califato, como si recomponer el territorio bastara por arte de magia para recuperar el esplendor.

El territorio es también la raíz de la más reciente radicalización del movimiento salafista, a partir del cual se forjaron las visiones de yihad tanto de al Bagdadí como de al Zarqawi. El desencadenante de la radicalización fue la firma del tratado de paz entre los gobiernos de Jordania y de Israel en 1994, hecho que para muchos fue un acontecimiento insólito. Este acuerdo representa el reconocimiento oficial del derecho geográfico de Israel a existir sobre una tierra considerada parte del califato. Su firma fue para el movimiento yihadista un parteaguas, y el pistoletazo de salida de una nueva oleada de organizaciones salafistas clandestinas, entre ellas el al Tawhid jordano.

Capítulo 6

SALAFISMO RADICAL

Las causas de lo que estamos viendo hoy en día se remontan a ese insólito acontecimiento político que los salafistas consideran la máxima traición: la aceptación por parte de los países árabes de Israel como potencia política en tierra musulmana, sobre el antiguo territorio del califato.

Fundado con las mismas motivaciones que se entrecruzan en el mundo árabe a principios de la década de 1990, por excombatientes de organizaciones de la yihad antisoviética como el Groupe Islamique Armé (GIA) en Argelia y el ejército islámico Aden-Abyan en Yemen, al Tawhid, organización de la que fue miembro Musab al Zarqawi, es un grupo radical salafista casi idéntico a los demás. Todos estos grupos armados comparten un solo objetivo: encender una revolución yihadista en el mundo musulmán y expulsar a los gobiernos prooccidentales. Esta guerra civil, o *fitna*, liquidaría los actuales regímenes árabes que los salafistas consideran *taghut* (idólatras).[100]

Después de unirse al grupo cuando estaba en la cárcel, al Zarqawi acabó siendo su emir. Así, cuando formó su grupo armado en Irak, optó por llamarlo Tawhid al Jihad. Que tanto al Zarqawi como al Bagdadí compartan el credo salafista —al Bagdadí procede de una familia religiosa— fue elemento clave para la conciliación de sus visiones de la yihad.[101]

En cualquier caso, cuando surgió en la segunda mitad del siglo XIX, el salafismo no era una ideología antioccidental. Al contrario: fue la admiración sentida por parte de los árabes hacia el mundo moderno occidental lo que dio origen al movimiento. Fascinados por el desarrollo europeo, los países árabes comenzaron a contrastar sus condiciones socioeconómicas y políticas con las de Europa. Esta evaluación suscitó una profunda reflexión sobre la crisis del Imperio otomano, el poder político que en aquella época dominaba el mundo árabe, e hizo nacer un gran interés por la civilización occidental. En el mundo árabe, el proceso se conoce como al Nahda, liberalmente «despertar» o «renacimiento». Producto de la interacción entre intelectuales árabes y los ideales revolucionarios de Occidente, la Nahda marca el inicio de la modernización árabe o, más bien, el deseo de modernizarse. En esencia, el mundo árabe admitió la superioridad socioeconómica y política del parlamentarismo europeo. Considerando los logros del viejo continente, los árabes aspiraron a crear una modernidad musulmana en los nuevos estados árabes surgidos después de la desintegración del Imperio otomano, emulando a la cultura política occidental.[102] Era una época en que la creación del estado nacional resultaba enormemente atractiva para los musulmanes progresistas.

Por tanto, el salafismo siempre ha perseguido modernizar el mundo árabe, y ha identificado al Imperio otomano como la causa principal del fracaso árabe por desarrollarse como Europa. Para superar este obstáculo, la doctrina salafista apelaba a que todos los musulmanes regresaran a la pureza de la religión, a los orígenes del Islam y a las enseñanzas del Profeta. En pocas palabras, el salafismo hacía hincapié en la necesidad de volver a las raíces como medio para crear una identidad árabe, lo que a su vez procuraría la fuerza necesaria para independizarse del Imperio otomano. Se trataba en esencia de un proceso de purificación espiritual, de limpieza, tras siglos de dominación política y económica.

Pero, a finales del siglo XIX, la traición de las potencias europeas, cuya contribución a la modernización del mundo árabe adoptó la forma de una brutal colonización, fue el catalizador de la transformación del salafismo en

un movimiento xenófobo y puritano de vuelta al pasado. El objetivo principal del salafismo moderno sigue siendo purificar el Islam de la actual contaminación de la corrupción y el marasmo debido al colonialismo occidental. Se culpa a las potencias europeas, y no al Imperio otomano, de la decadencia del mundo árabe, y a ello se debe el rechazo del estado nacional y de la modernidad europea.

Desde esta perspectiva religiosa y filosófica, en la década de 1950 Sayed Qutb reformuló el concepto de *Tawhid*,[103] la divina y absoluta unidad de Dios, dándole una identidad política diferente. «Dios es el origen del poder —escribió Qutb en la cárcel egipcia donde le encerró Nasser—, no el pueblo, ni el partido, ni el ser humano.»[104] Este concepto, llamado *al hakimiyya lil-llah* (el principio del gobierno de Dios), proyecta la imagen de un Islam político y su única expresión (el califato) en el núcleo de la arena política, cuyos límites quedan estrictamente definidos por la interpretación de las enseñanzas del Profeta y no por formas modernas de gobierno como la democracia o el socialismo.

En este sentido, el mensaje de Qutb es cortar todo vínculo con la política de estilo occidental adoptada por Nasser y, a la vez, una exhortación a depurar el Islam de cualquier influencia externa, sagrada o profana. Cualquier desviación del principio del gobierno de Dios, afirma Qutb, es un acto de apostasía (*riddah*).

Aunque la acusación de apostasía (*takfir*) es en origen un concepto religioso, a lo largo de la historia del Islam ha ido moldeándose como poderosa arma política. A Qutb, un árabe, le permitió desafiar la legitimidad política de Nasser, otro árabe, motejándolo de infiel comparable a los colonialistas occidentales. En las luchas intestinas de poder en el Islam es corriente la acusación de apostasía. La primera de estas luchas instigada por un *takfir* estalló poco después de la muerte del Profeta durante el reinado del califa Abu Bakr (632-634) y es la génesis del cisma entre suníes y chiíes.[105]

A lo largo de los siglos, suníes y chiíes han esgrimido el concepto de *takfir* para excluirse mutuamente del poder. Como veremos en el próximo

capítulo, en la época actual tanto al Zarqawi como al Bagdadí han utilizado el *takfir* para legitimar sus guerras genocidas contra los chiíes, a quienes consideran los aliados más allegados y persistentes de las potencias extranjeras.

Capítulo 7

LOS NUEVOS MONGOLES

En junio de 2014, la opinión pública mundial recibió con conmoción y disgusto la noticia de que, tras apoderarse de Mosul, el ejército del Estado Islámico perseguía a mujeres y a niños chiíes de los pueblos circundantes. Mataron a centenares de inocentes ametrallándolos y arrojaron sus cadáveres a fosas comunes. Saquearon las viviendas chiíes y confiscaron sus propiedades. En la ciudad de Tal Afar, por ejemplo, los guerreros de al Bagdadí confiscaron cuatro mil viviendas en concepto de «botín de guerra». [106] Volaron e incendiaron santuarios y mezquitas decididos a borrar todo signo de presencia chií en su territorio. Esta clase de destrucción se ha repetido en todos los rincones del califato para llevar a cabo esa limpieza religiosa que muchos consideran la interpretación más fanática del salafismo.

Pero, como veremos, la sangrienta guerra civil sectaria desatada por el Estado Islámico tiene menos que ver con la doctrina radical salafista y más con la aplicación de una guerra genocida como táctica para ganar el control de la insurgencia, una estrategia que ideó al Zarqawi en 2003 poco después de la invasión de Irak por las fuerzas de la coalición.

Independientemente del propósito de estas atrocidades, la palabra genocidio cuadra perfectamente con lo que ha venido sucediendo en Siria estos últimos años y en Irak desde el principio del verano de 2014. En

realidad, hoy en día, ser chií o miembro de una secta afín, como los alauitas sirios, es casi equivalente a ser judío en la Alemania nazi. Siguiendo los pasos de al Zarqawi, el Estado Islámico parece decidido a erradicar del califato a la población chií por los medios que sea, incluido el exterminio.

Con este telón de fondo, muchos piensan que la implicación de al Bagdadí en Siria en 2011 no tenía nada que ver con derrocar a El Assad, sino más bien con el deseo de llevar a cabo una limpieza étnica de alauitas en la región destinada a convertirse en cuna del nuevo califato. Se hace de nuevo insoslayable un símil con la Alemania nazi y la supremacía aria. Si Hitler justificó el exterminio de los judíos con falsos pretextos eugenésicos, el Estado Islámico se vale del concepto *takfir*, apostasía, para llevar a cabo la «purificación» religiosa del Islam. Los chiíes y los fieles de cualquier religión que no sea el salafismo son herejes que han cometido un pecado tan grave que merece la muerte.

Antes de analizar las verdaderas motivaciones de este genocidio, es imperativo entender la fuerza que el concepto de *takfir* ejerce sobre la imaginación colectiva de chiíes y suníes.

«Al takfir»

La génesis de *takfir* se remonta a los primeros enfrentamientos violentos entre suníes y chiíes, la Gran *Fitna*, primera guerra civil entre musulmanes. Dio comienzo en 655, un año antes del asesinato del califa Utman. El conflicto estalló cuando los seguidores de Mahoma impugnaron la elección del sucesor. Utman fue acusado de apostasía por los seguidores de Alí, que reivindicaban que era este el descendiente directo del Profeta con el derecho a ser califa. La Gran *Fitna* dio origen al cisma entre chiíes, seguidores de Alí, y suníes, seguidores de Utman. Desde entonces, ambas ramas del Islam se han acusado mutuamente de apostasía, de *takfir,* en sus respectivos intentos de hacerse con el poder.[107]

Desde el siglo VII, el concepto de *takfir* permanece sólidamente enraizado en los aspectos políticos y económicos. Posiblemente, debido a que el Profeta era un líder religioso y político, los límites entre el ámbito material y espiritual se han mantenido ambiguos desde el principio del Islam. Por ello, el *takfir* se transformó en un instrumento, un arma política con disfraz religioso. En el siglo XVIII, por ejemplo, Abd al Wahhab, predicador saudí y fundador del movimiento wahabista, acusó al Imperio otomano de apostasía; alegaba que se había desviado del verdadero origen de la legitimidad, la palabra de Dios. La acusación de *takfir* lanzada contra los turcos dio pretexto a la casa de Saúd para alzarse en armas contra los otomanos en la península arábiga.[108] En los dos siglos que siguieron, tuvo lugar una guerra de conquista dirigida por poderosos aliados, la casa de Saúd y los wahabistas, con medios económicos y políticos disfrazados de celo religioso.

Definir el *takfir*, igual que definir el terrorismo, siempre ha sido resbaladizo, lo que explica por qué el concepto representa una potente herramienta en manos de las organizaciones musulmanas armadas y de los poderes sectarios para justificar su reivindicación de legitimidad. Como hemos visto en capítulos anteriores, en las décadas de 1950 y de 1960 los miembros de la Hermandad Musulmana lo reformularon para justificar su oposición a Nasser, a quien reprochaban haberlos obligado a pasar a la clandestinidad; es uno de los ejemplos del empleo del *takfir* por parte de los suníes como arma contra otros suníes.

En origen, el objetivo del *takfir* no era la exclusión de herejes de la comunidad espiritual ni su extermino, sino más bien su marginación del sistema de derechos y privilegios sociales y de la economía. En función de ello se veían expulsados del marco de la legitimidad política. El concepto de exterminio de chiíes no surge hasta 2003, cuando al Zarqawi lanza varios ataques suicidas contra núcleos chiíes.

La ceguera de Occidente

La primera de estas misiones suicidas en Irak tuvo lugar el 29 de agosto de 2003 contra la mezquita del imán Alí en Najaf. El suceso representó el cruce de una línea roja en el conflicto iraquí y abrió un segundo frente contra la población chií. Meses antes ya había sido justificado por medio de una campaña propagandística financiada por personajes claves suníes y por Arabia Saudita y otros estados oligárquicos del Golfo. Se acusaba a los chiíes iraquíes de establecer una alianza con potencias extranjeras para lograr un cambio de régimen en Irak, actos que los salafistas consideraban *mukaffir*, o fundamento de *takfir*.

Recurriendo a una retórica apocalíptica, trazaban un paralelismo entre la inminente invasión de Irak y la invasión mongol del siglo XIII. Las imágenes de mongoles y tártaros saqueando la espléndida ciudad de Bagdad en 1258 son para los suníes de Irak la evocación de recuerdos infames.[109]

Poco después de la caída del régimen de Sadam Hussein apareció en Internet una avalancha de literatura sobre la nueva invasión mongol. Gracias a la revista virtual *Bashaer* los lectores supieron que, antes de alcanzar Bagdad, los mongoles habían invadido el reino de Juarizm (situado en los actuales Uzbekistán y Turkmenistán), a semejanza de las fuerzas de la coalición occidental que atacaron Afganistán antes de invadir Irak. [110] Mongoles y tártaros forjaron una alianza para llevar la guerra a Irak; igual que Estados Unidos y el Reino Unido. En ambas ocasiones, Bagdad sufrió un ataque por el este y por el oeste; el asedio duró veintiún días, la superioridad militar de los invasores era abrumadora y la gente sintió tal pavor que ni siquiera hicieron los rezos el primer viernes después del inicio del ataque. En el siglo XIII, igual que en el Irak actual, la rivalidad entre chiíes y suníes debilitaba al poder central. Mongoles y tártaros avanzaron con ejércitos de mercenarios que intervinieron en la invasión y saquearon la ciudad; las fuerzas de la coalición permanecieron pasivas mientras sus partidarios iraquíes saqueaban bibliotecas e instituciones culturales y mataban a mujeres y niños.

La analogía de *Bashaer* finaliza con una predicción inferida de la historia casi idéntica a la invasión de los mongoles: dos años después del saqueo de Bagdad, los ejércitos sirio y egipcio, junto con grupos de árabes voluntarios, derrotaban a los mongoles y a los tártaros en Ayn Jalut. «Estamos seguros de que Dios castigará a América —concluía el editorial —. ¿Cuándo llegará el nuevo Ayn Jalut?»[111] Hoy en día, el Estado Islámico va edificando su califato tras lanzar una ofensiva en Siria, y espera con ello propiciar un Ayn Jalut contemporáneo.

En el verano de 2003, al Zarqawi recurrió a la analogía de la invasión mongol para justificar su ofensiva contra los chiíes. Aludió a que Ibn al Alqami, visir chií de Bagdad, ayudó a los mongoles a conquistar la ciudad, instando a sus fieles a hacer lo propio.[112] De igual modo, los chiíes habían conspirado con los estadounidenses, dándoles la bienvenida en Irak. Era la primera vez que afloraba la lucha sectaria entre suníes y chiíes en la insurgencia iraquí.

El ataque de Najaf, que marcó el principio de la lucha activa de al Zarqawi contra los chiíes de Irak, representa la primera manifestación del enfrentamiento entre suníes y chiíes, una guerra civil que el Estado Islámico prosigue. Como confió al Zarqawi a Bin Laden en la extensa correspondencia entre 2003 y 2005, la *fitna* contra los chiíes no era más que una táctica para impedir la formación de un frente unido laico contra la coalición del que quedarían excluidos los yihadistas, similar al que décadas atrás dirigió la lucha por la independencia contra el Reino Unido.[113]

Pero en 2003 las fuerzas de la coalición no supieron apreciar el significado de una guerra entre suníes y chiíes: un grave descuido. En aquel momento, los motivos de los atentados con bomba les resultaban incomprensibles y no sabían quiénes eran los autores. El verano de 2003, la coalición combatía a la milicia de al Sadir, considerada la principal fuerza armada opositora. En aquel momento, la insurgencia suní, compuesta principalmente de restos del partido Baaz y de nacionalistas musulmanes, no planteaba una grave amenaza. Sin embargo, el examen a fondo de cómo la radicalización islámica había progresado en Irak durante la época de las

sanciones económicas habría ofrecido interesantes claves sobre el hecho de que se estaba larvando una guerra civil y sectaria, potencialmente desestabilizadora de todo el mundo musulmán.[114]

Occidente no prestó atención a los profundos cambios que se dieron en Irak durante la década de sanciones de 1990. Bajo el patrocinio de Sadam Hussein, el salafismo moderno había arraigado en el país, convirtiéndose en fuente de fuerte radicalización. El nuevo fervor religioso del dictador iraquí iba dirigido a apaciguar a las tribus suníes en una época de graves problemas económicos. Durante la época de las sanciones económicas de la ONU, la religión sirvió de consuelo a la empobrecida clase media suní, espina dorsal del régimen de Sadam Hussein, y el Islam fue un medio espiritual de afrontar la prolongada adversidad económica. Al mismo tiempo, la radicalización de los iraquíes ayudó a Sadam a ocultar los fallos económicos del régimen que, por ejemplo, prohibió a las mujeres trabajar en lugares públicos y más adelante incluso desempeñar cualquier empleo desde su casa, reduciendo así el paro a la mitad.

A diferencia de las potencias occidentales, los yihadistas sabían que en el plazo de una década muchos del triángulo suní habían adoptado el credo religioso salafista radical. Por ello, poco después de la caída de Sadam Hussein, acudió a la zona gente en masa de todo Oriente Próximo. Algunos estaban incluso vinculados a grupos locales salafistas, todos ellos radicados en el triángulo suní, en poblaciones como Ramadi, Faluya y Mosul, y esto constituyó el primer caldo de cultivo para la insurgencia suní yihadista. Entre los recién llegados estaba al Zarqawi.

Al igual que las fuerzas de la coalición ignoraron casi por completo los cambios producidos en Irak durante una década de sanciones económicas, tampoco se percataron del peligro que la proliferación de grupos yihadistas e insurgentes en Siria, financiados por las monarquías del Golfo, planteaba en toda la región. Occidente y el mundo subestimaron por comodidad la radicalización de Irak y de Siria atribuyéndola al fanatismo religioso.

La coartada religiosa

Resulta surrealista que las potencias occidentales creyesen que lo que sucede en Oriente Próximo sea una guerra de religión motivada por un conflicto iniciado en el siglo VII en Arabia. De hecho, cuando conflictos semejantes los han desatado los cristianos, casi siempre la religión ha sido poco más que un pretexto para la política. En el siglo XV, en Europa, la apostasía era un delito que se castigaba con una muerte atroz en la hoguera. Europa ardía en autos de fe en los que se consumían cadáveres en nombre de Dios. Hoy, el califato emplea la decapitación y la crucifixión de igual modo.

El mayor peligro al que se enfrentaba Europa en el siglo XV era la posibilidad de una guerra civil entre católicos y protestantes, dirimida en términos religiosos, pero hundía sus raíces en las antiguas y sañudas luchas de poder. La acusación de apostasía, o *takfir*, lanzada contra la población chií, apunta hoy en día a desatar una guerra civil (*fitna*) en Irak, Siria y otros lugares; una guerra que a primera vista responde a motivos religiosos, y en la que los intereses políticos y económicos son confusos. Pero igual que en la Europa del siglo XV, las verdaderas motivaciones son políticas y económicas, y sus orígenes son las luchas por el control de la región.

El califato es bien consciente de que instaurar un nuevo estado y cimentar la legitimidad en el consenso requiere mucho más que una cuidada campaña de propaganda religiosa promulgada a través de las redes sociales. La limpieza étnica en el territorio de los chiíes ofrece en concreto muchas ventajas para la creación del estado-nación, y garantiza el apoyo de la población local suní, instaurando unas masas más homogéneas con menos posibilidades de sectarismo, y con la opción de obtener recursos como botín de guerra para los combatientes.

Por tanto, la guerra, lejos de reflejar una misión religiosa, de hecho, es una táctica política emprendida por un líder enormemente pragmático. A diferencia de los talibanes o los nazis, el Estado Islámico muestra flexibilidad: quienes deseen convertirse son bienvenidos en el nuevo estado,

y quienes puedan pagar la *jizyah*, el impuesto por su herejía, pueden vivir en paz. El califato está incluso dispuesto a entregar a las potencias extranjeras rehenes a cambio de un rescate.

El pragmatismo deriva de ese gran esfuerzo de construcción nacional que es la principal prioridad del Estado Islámico. Para poder gobernar regiones devastadas por décadas de guerra hay que reconstruir de arriba abajo la infraestructura económica, manteniendo a raya los intereses ajenos a los árabes, al tiempo que se lleva a cabo la guerra de conquista. Más que una coartada religiosa válida, lo más necesario es un flujo de dinero importante y constante.

El Estado Islámico, trascendiendo la mitología y la retórica de anteriores grupos yihadistas, demuestra pragmatismo y modernidad en el desarrollo de la estrategia que requiere el logro de su ambicioso sueño de construir una nación. Ha sabido privatizar rápidamente el negocio del terrorismo, independizándose de sus patrocinadores y creando una economía no exclusivamente dependiente de la guerra. Ha establecido una asociación con las tribus suníes locales para sofocar la oposición y comparte los ingresos generados por la explotación de recursos clave. Se ha mostrado circunspecto, listo incluso: algo que no puede decirse del régimen de El Assad o el de Maliki.

Capítulo 8

GUERRAS PREMODERNAS CONTEMPORÁNEAS

Desde junio de 2014, los dirigentes mundiales combaten el poder en ascenso del Estado Islámico. Para afrontar la amenaza los hemos visto presentar a sus electores planes cargados de novedosa terminología. Y el EI ha respondido: a veces con actos de barbarie, como las decapitaciones de James Foley y Steven Sotloff, y en otras ocasiones con declaraciones por boca de europeos miembros del EI, como John Cantlie.[115]

¿Cómo llegó una organización armada, prácticamente desconocida hace tres años, a poder desafiar a las grandes potencias no solo militarmente en el campo de batalla de Siria y de Irak, sino ideológicamente empleando los medios más modernos de comunicación?

La respuesta está en la progresiva descomposición de los estados nacionales de Siria y de Irak. Vaciados de su papel como representantes de la población, los gobiernos de ambos países hicieron una regresión a situaciones propias de regiones premodernas.

La descomposición de las naciones árabes

En Siria, la Primavera Árabe encontró una respuesta violenta ante la indiferencia del mundo, con lo que se desvaneció el sueño de la democracia. Lo resumió brillantemente Ali Jedery, exayudante especial de cinco embajadores estadounidenses en Irak y consejero superior de tres jefes del Mando Central de Estados Unidos entre 2003 y 2010. «Enfrentados al ejército de Assad y a sus servicios de inteligencia, a Hezbolá del Líbano, a los militantes chiíes en Irak y a su gran patrocinador, los Guardianes de la Revolución iraní, los manifestantes pacíficos del principio no tardaron en desencantarse, desilusionados y sin futuro, para radicalizarse y convertirse en militantes violentos.»[116]

Los frentes sectarios se establecieron casi de la noche a la mañana y las protestas pacíficas se transformaron en guerra civil, que a su vez degeneró en una guerra moderna intermediada en la que intervinieron grupos suníes financiados por varios estados del Golfo buscando vengarse de Irán, el enemigo chií número uno, y de Assad, aliado árabe de Teherán. Se quebrantaron numerosas reglas de la guerra, incluida la prohibición del empleo de armas químicas contra civiles, y fueron saqueadas las lujosas villas de Alepo. En un abrir y cerrar de ojos, una nación del siglo XXI se vio envuelta en un conflicto aparentemente irresoluble.

En Irak, Nouri al Maliki, haciendo caso omiso de las promesas de compartir el poder con otras formaciones políticas, consolidó el suyo mediante una campaña sectaria con vistas a aplastar a sus adversarios. Intentó detener al vicepresidente, Tarik al Hashimi, «con el apoyo de Irán y armas de Estados Unidos, Humvees, M16 y tanques M1A1».[117] A otro rival, el prominente ministro de Hacienda suní Rafea al Essawi, le reservó igual destino y este se vio obligado a dejar la política y huir para refugiarse en su enclave suní de la provincia de Anbar.[118]

«Ante el malestar de las masas, los consejos provinciales árabes suníes aprobaron la moción de un gobierno semiautónomo como el de la vecina región kurda. Maliki bloqueó la convocatoria de un referéndum mediante intrigas burocráticas, contraviniendo la constitución iraquí. En las provincias suníes hubo una erupción de manifestaciones de desobediencia

civil, al ver que millones de iraquíes quedaban marginados de la vida del país. Alegando que los servicios de inteligencia habían detectado la infiltración de Al Qaeda en las manifestaciones, al Maliki las aplastó sin piedad. Una incursión del ejército en Hawija en abril de 2013 se saldó con docenas de muertos, lo que inflamó aún más las erizadas tensiones sectarias.»[119]

Dos líderes chiíes, El Assad apoyado por Rusia, y al Maliki por Occidente, abusando de su poder, reprimían violentamente las reclamaciones populares de una auténtica democracia. Los dos incumplieron sus promesas. Al asumir el poder tras la muerte de su padre, El Assad había enardecido las esperanzas de las masas con promesas de reformas democráticas. De igual modo, al Maliki se había comprometido a gobernar con arreglo a la constitución y a presidir en Irak un gobierno por primera vez auténticamente democrático.

Irak es el reflejo exacto de Siria en su retroceso hacia la premodernidad, pero Damasco lleva varios años de ventaja en este deprimente proceso; la desintegración del Estado iraquí acaba de comenzar. Y el Estado Islámico ha demostrado una extraordinaria comprensión de las similitudes entre estos dos países, aprovechándolas con notable sentido de la oportunidad.

¿Sabrán Occidente y el mundo actuar en Irak de un modo diferente a como lo hicieron en Siria, especialmente ahora que el Estado Islámico ha proclamado el califato? Es una pregunta a la que nadie puede dar respuesta. Anteriormente, ni Estados Unidos ni Europa supieron encontrar la fórmula para superar el veto de Rusia y China a la intervención militar en Siria. Todo el mundo sabe que El Assad es la garantía del acceso de la flota rusa al Mediterráneo, y que la renuencia de China deriva de lo mal que Europa y Estados Unidos han operado el cambio de régimen en Libia, dejando al país sumido en una profunda desestabilización. Y después de las mentiras que Bush y Blair instrumentaron para invadir Irak y el alto precio pagado por la coalición, a Occidente no le urge derrocar a ningún otro dictador árabe.

La actual política de contención en Siria puede revelarse insuficiente frente a una organización armada que se transforma en estado. De hecho, la

naturaleza del desafío que plantea el Estado Islámico es muy distinta a la de los conflictos en regiones donde el estado moderno se ha hundido.

Tercera guerra mundial

En el verano de 2014, el papa Francisco declaró que había comenzado la Tercera Guerra Mundial, un miasma de conflictos que invade el mundo entero, con rasgos muy distintos a los de las dos guerras mundiales del siglo XX. Son conflictos que, en efecto, recuerdan la guerra premoderna, que no están dirigidos por estados soberanos sino por señores de la guerra, terroristas, milicias y mercenarios, cuyo último objetivo es la conquista territorial con ánimo de explotar a la población y los recursos naturales. Ninguna de esta clase de guerras se hace para crear estados-nación.

No hay trincheras ni campos de batalla, en cierto modo no se aplican leyes internacionales que impongan códigos y límite a la conducta de los combatientes. La Convención de Ginebra ha ido a parar al cubo de la basura. En estos conflictos, los bandos son responsables de graves excesos, entre ellos la violencia religiosa, la destrucción gratuita e incluso el genocidio. Incluso hay ejércitos regulares que actúan como milicias. En Nigeria, Amnistía Internacional ha filmado a soldados nigerianos y a miembros de la Civilian Join Task Force, una milicia civil, degollando a prisioneros sospechosos de pertenecer a la famosa milicia islamista Boko Haram, y arrojando los cuerpos decapitados a fosas comunes.[120]

Desde Nigeria hasta Siria, del Sahel a Afganistán, las víctimas de esta nueva guerra son en su mayoría civiles. En Nigeria, según estimaciones de Amnistía Internacional, murieron el año pasado cuatro mil personas en ataques perpetrados por Boko Haram y el Ejército nigeriano. En Siria, desde el principio de la guerra civil han quedado desplazadas más de un millón de personas y doscientas mil han sido asesinadas.

Estadísticas similares se registran junto a las fronteras de la Unión Europea. La ONU estima que entre abril y agosto de 2014 han muerto 1.129

civiles en enfrentamientos violentos entre el Ejército nacional ucraniano y las milicias de los separatistas prorrusos. Estadísticas no oficiales dan cifras más altas.

Estamos ante conflictos premodernos que esgrimen tecnología moderna, una mortífera combinación que incrementa enormemente las bajas civiles. Un ejemplo llamativo es el derribo del vuelo 17 de Malaysian Airlines en julio de 2014 en el espacio aéreo de Ucrania.

La profesora Mary Kaldor de la London School of Economics, autora de *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era*,[121] afirma que la globalización sume a determinadas regiones en condiciones de anarquía similares a las del famoso estado natural del filósofo Thomas Hobbes: «El estado de los hombres sin la sociedad civil (estado que propiamente podemos llamar estado de la naturaleza) no es más que la guerra de todos contra todos... En medio de un perenne temor y peligro de muerte violenta». La vida antes de la sociedad civil era «repugnante, brutal y breve». Esas son las condiciones a las que han regresado en la actualidad algunas zonas de Siria y de Irak.

La globalización ha socavado la estabilidad de una serie de regímenes autoritarios, desde Libia a Siria e Irak y otras regiones, al hacer que los pueblos tomen conciencia de su condición política. La caída de Gadafi en 2011 provocó un vacío político que han llenado las milicias tribales rivales, desde las de sesgo liberal a las islamistas radicales. Las reacciones violentas a la Primavera Árabe en Siria y la rebelión suní en Irak han creado igual vacío. El objetivo común de muchos grupos armados que han llenado este vacío es la conquista del poder político y económico con el propósito de aprovecharse. Son grupos que no tienen intención de crear un estado democrático ni una nueva nación en el sentido moderno. La anarquía es, por el contrario, el mejor entorno para el pillaje de recursos y la explotación de la gente.

Por tanto, el proceso de la degeneración del estado y su hundimiento es la causa principal de la naturaleza premoderna de los conflictos actuales, y

es un fenómeno ligado cada vez más a factores económicos: un drástico empobrecimiento de vastas regiones y poblaciones.

La globalización ha traído la prosperidad a algunas regiones, como China y Brasil, y la pobreza a otras, como Oriente Próximo y algunas zonas de África. La crisis del estado en África va de la mano del cambio climático y de la carrera de los países ricos por apoderarse de los recursos del continente. En Oriente Próximo concurren otros fenómenos que contribuyen al mismo empobrecimiento. En Irak, por ejemplo, la década de las sanciones económicas ha transformado al país con el nivel de educación más elevado del mundo árabe en otro donde las mujeres no tienen derecho al trabajo. El proceso de regresión a una sociedad premoderna ha sido paralelo al del empobrecimiento de la nación.

La mortífera combinación de globalización y aumento de la pobreza ha sembrado una inseguridad generalizada y ha fomentado conflictos tribales armados bajo la bandera de la religión y las facciones. Y estos conflictos se han vuelto multipolares inevitablemente. En Malí, los separatistas tuareg y las facciones islámicas luchan entre sí y al mismo tiempo contra el gobierno; en la República Centroafricana, las milicias musulmanas y cristianas están encenagadas en una guerra sangrienta que amenaza con transformarse en genocidio; al mismo tiempo, elementos del ejército nacional cambian de postura de acuerdo con su creencia religiosa. En África Occidental, Al Qaeda del Magreb está activa casi por doquier.

La violencia brutal caracteriza todos estos conflictos, muchas veces delante de la cámara. El ejemplo más impactante ha sido el asesinato del periodista estadounidense James Foley a manos del Estado Islámico: el vídeo de su decapitación dio la vuelta al mundo en las redes sociales.

Pero sería engañoso meter la guerra de conquista del califato islámico en Siria y en Irak en el mismo saco que los conflictos que acabamos de señalar. Aunque la guerra de conquista emprendida por el EI forma parte de la Tercera Guerra Mundial anunciada por el papa Francisco, difiere fundamentalmente del conflicto premoderno contemporáneo desencadenado por otros grupos.

La redefinición del estado moderno

El Estado Islámico comparte los ambiciosos objetivos de los fundadores del estado-nación europeo y los articula de una manera contemporánea y moderna. A semejanza de Israel, el concepto de estado-nación del EI es étnico-religioso y no exclusivamente étnico. Por otra parte, busca cumplir los requisitos de un estado moderno: territorialidad, soberanía (de momento, solo reconocida internamente), legitimidad y burocracia. Lejos de contentarse con modestos enclaves, trata de crear una versión del siglo XXI del antiguo califato y rehúye el concepto de anarquía permanente. Muy al contrario, en los territorios conquistados, una de las primeras tareas que lleva a cabo el EI es imponer la ley de la sharía.

El califato asume como responsabilidad propia el mantenimiento de la ley y el orden, y las hace cumplir, aunque sea de un modo drástico y rudimentario. El califato se hace igualmente responsable de proteger las zonas bajo su dominio de los ataques enemigos. Es decir, que el Estado Islámico se arroga la seguridad nacional. La ley y el orden y la seguridad nacional son los dos signos clave que diferencian a un estado moderno de un territorio premoderno donde mandan los señores de la guerra y los notables. Otro factor importante es el consenso de la población, lo que Rousseau definía como el contrato social, la legitimidad.

No cabe duda de que el Estado Islámico aspira a lograr este consenso por los medios que sea. A diferencia de otros grupos armados, emplea, por ejemplo, los ingresos de recursos estratégicos como los pozos petrolíferos y las centrales eléctricas, no solo para financiar una guerra de conquista, sino para reconstruir infraestructuras socioeconómicas en su territorio.

Con una sofisticada propaganda, se esfuerza en promocionar la imagen de un auténtico estado, legitimado por la población musulmana, no solo local sino internacionalmente. Abu Bakr al Bagdadí aparece ante la comunidad musulmana, la *umma*, como el nuevo califa, un descendiente del

profeta Mahoma. El califato difunde imágenes de un ejército regular muy distinto a las bandas armadas de Al Qaeda y Boko Haram, un ejército que emprende auténticas batallas en campos y trincheras con armas modernas (irónicamente estadounidenses y rusas en su mayor parte, robadas a los ejércitos iraquí y sirio). Con esta sofisticada propaganda recluta soldados extranjeros en todo el mundo, en Europa, Estados Unidos, Asia, norte de África, Australia y Nueva Zelanda. Aunque haya emprendido una limpieza sectaria, el califato se dice misionero y ofrece a todos la oportunidad de convertirse al salafismo y devenir ciudadanos. Quienes lo rechazan y no pueden huir son ejecutados. Negocia con potencias extranjeras la liberación de rehenes, mostrando en ello un pragmatismo del que carecía Al Qaeda.

En lo que el Estado Islámico difiere de un estado-nación moderno es en los medios que emplea para lograr su asentamiento geográfico y político: el terrorismo. Si la revolución es aceptable como fuente de legitimidad por el estado moderno, el terrorismo no.

En plena crisis existencial de las democracias modernas en nuestro mundo multipolar, y en el escenario de desestabilización de Oriente Próximo, con el fantasma de una Tercera Guerra Mundial reminiscente de conflictos premodernos, el verdadero reto del Estado Islámico son sus esfuerzos en ciernes de construcción nacional. Independientemente de si el califato logra afianzarse en el futuro como nuevo estado, el nuevo modelo que pone a prueba inspirará inevitablemente a otros grupos armados. El fracaso de Occidente y del mundo en hacer frente a esta perspectiva tendrá consecuencias desastrosas para el orden mundial.

EPÍLOGO

Mientras escribía este libro y el Estado Islámico incendiaba Oriente Próximo, la Revolución de los Paraguas —otra sublevación popular de jóvenes reclamando democracia— paralizaba Hong Kong. ¿Están relacionados de algún modo esos acontecimientos? ¿Y cuál es el vínculo entre la Primavera Árabe y una brutal organización terrorista que ha logrado metamorfosearse en un estado y que rediseña sangrientamente el mapa de Oriente Próximo?

Las revueltas democráticas de los últimos diez años y el Estado Islámico son producto del actual desorden mundial multipolar, un fenómeno engendrado por el final de la Guerra Fría. La Primavera Árabe y el Estado Islámico en concreto son como las dos caras de Jano, dos respuestas al mismo problema: la corrupción de los dirigentes de Oriente Próximo. ¿Por qué lo último prevalece sobre lo primero?

Como hemos visto, el Estado Islámico no es simplemente una nueva variedad de terrorismo, sino un fenómeno realmente moderno. ¿Sería este el verdadero origen de su éxito? Es posible. Mientras que Occidente y sus aliados musulmanes se negaron a aceptar el advenimiento de un nuevo panorama político internacional, el Estado Islámico no solo ha sabido adaptarse, sino explotarlo a fondo.

El surgimiento de un sistema multipolar en el que potencias ascendentes de ultramar como China mantienen a raya el poder de Estados Unidos, ha dejado obsoletos los viejos modelos de política exterior. La intervención de Occidente en Siria bajo el mandato de la ONU sigue siendo improbable

debido a la oposición de China y Rusia. Pero incluso con la ostensible legitimidad de la gran coalición reunida por el presidente Obama, la intervención contra el Estado Islámico quedaría limitada a Irak y reducida a incursiones aéreas en apoyo de las fuerzas locales. En pocas palabras: la coalición apoyará a quien quiera combatir al Estado Islámico sobre el terreno, ensanchado el ya enorme diámetro de la guerra moderna intermediada. Este enfoque presenta el peligro de animar a otros grupos a seguir los pasos del Estado Islámico y a emplear las armas y el dinero aportados por sus patrocinadores para crear sus propios estados, desestabilizando aún más Oriente Próximo.

La decisión conjunta de Estados Unidos y Europa de armar a los peshmergas y al PKK, que aún figuran en la lista de organizaciones terroristas, ha rediseñado ya los frentes de la lucha por la independencia de Kurdistán en Turquía, un país en el que el 20 % de la población es de origen kurdo. En diversas ciudades turcas han estallado ya violentos disturbios entre kurdos y turcos, y se han producido manifestaciones a favor de la independencia del Kurdistán por toda Europa. Una de ellas llegó a ocupar brevemente el Parlamento europeo.

Mientras, la cuestión de la intervención militar sigue desconcertando a las fuerzas de la coalición. Las incursiones aéreas son insuficientes para detener el avance del ejército del Estado Islámico; por ello, es posible que pronto se plantee un debate sobre si volver a desplegar tropas terrestres en Irak. Independientemente de la decisión, está claro que la intervención extranjera no servirá para poner coto a la desestabilización de la región —nunca sirvió y nunca servirá— y que hay que dar urgentemente un nuevo enfoque pragmático para evitar más muertes y destrucción. En este enfoque es obligado reconocer la existencia de un nuevo poder en la región y que la estrategia de la guerra intermediada está condenada a volverse en contra de quien la patrocine. En consecuencia, hay que buscar la manera de afrontar este nuevo poder con medios que no sean la guerra.

El surgimiento de este sistema multipolar ha abierto oportunidades inéditas para quienes entienden las nuevas reglas del juego. Hemos visto

cómo el Estado Islámico explotaba la guerra intermediada de Siria en beneficio propio, y cómo airea, a través de la eficaz maquinaria propagandística, las contradicciones surrealistas de la gran coalición de Obama.

El Estado Islámico, igual que los políticos actuales, ha utilizado magistralmente las nuevas tecnologías para ganar prosélitos, reclutar combatientes y recaudar dinero, lo cual es un signo palpable de modernidad. Los éxitos en relación con la construcción nacional de su campaña digital son como un libro de texto sobre el poder de la comunicación. No puede decirse lo mismo de otros movimientos democráticos de protesta de la última década.

La revuelta iraní en las calles de 2009 fue atizada a través de Twitter. En 2011, la Primavera Árabe, mediante Facebook, dio a conocer al mundo lo que sucedía en El Cairo. Un año después, el movimiento Ocupa difundió sus protestas a través de YouTube. Actualmente, la Revolución de los Paraguas en Hong Kong burla la censura en Internet recurriendo a Bluetooth. Sin embargo, ninguno de esos movimientos ha traído cambios políticos, económicos y sociales de magnitud comparable a los del Estado Islámico.

Pero no bastan la tecnología moderna y una visión clara del funcionamiento de nuestro mundo multipolar. ¿Es posible que esas «revueltas de teléfonos inteligentes», incluida la Primavera Árabe, fracasaran donde el Estado Islámico ha tenido éxito porque este lo dirige una élite profesional que guía a los reclutas, mientras que las otras quedan a merced de su constante interacción y participación? Si así es, ¿es el método de construcción nacional del Estado Islámico más moderno que el de la Primavera Árabe? Son preguntas pertinentes que las democracias y los estados legítimos deben plantearse si quieren evitar la proliferación de una nueva oleada de autoritarismo.

¿Hay una tercera opinión aparte del fracaso de la Primavera Árabe y los éxitos del Estado Islámico? Sí, la hay, y esta implica educación, conocimiento y comprensión del cambio político contemporáneo en que

vivimos inmersos: los mismos elementos utilizados en el pasado para inducir el cambio político sin derramamiento de sangre y con consenso, algo que tanto los jóvenes guerreros del teléfono inteligente como quienes mueven los hilos de la política no han comprendido aún.

GLOSARIO

Abu Bakr al Bagdadí: Jefe del ISIS y califa autoproclamado del Estado Islámico.

Abu Mussab al Zarqawi: Militante islámico natural de Jordania que dirigió un campo de entrenamiento para terroristas a mediados de la década de 1990. Alcanzó la fama tras trasladarse a Irak, donde fue responsable de una serie de atentados con coches bomba durante la guerra en ese país. Muerto en 2006 a manos de las fuerzas de Estados Unidos.

Al Nahda: Es el renacimiento cultural de finales del siglo XIX y principios del XX en Egipto y en Oriente Medio en general, estimulado por, entre otros factores, el contacto con Europa. Se considera un período de modernización intelectual y de reforma.

Al Qaeda: Literalmente significa «la base». Fundada en 1988 por Osama bin Laden y Abu Ubaydah al Bansiri, comandante supremo de Bin Laden, como red de conexión de árabes combatientes voluntarios en la yihad antisoviética. Al Qaeda contribuyó igualmente a financiar, reclutar y entrenar a extremistas islámicos suníes de la resistencia afgana. No tardó en convertirse en una organización insurgente suní que se mantuvo activa mucho después de concluir la guerra en Afganistán. Su principal objetivo es el establecimiento de un califato panislámico en el mundo musulmán y, en consecuencia, busca la colaboración de otras organizaciones islamistas armadas para derrocar a los regímenes actuales considerados «no islámicos» y expulsar a occidentales y no musulmanes de los países musulmanes. En 1998 se fusionó con la Yihad islámica egipcia («al

Yihad»). El número de sus miembros se sitúa entre varios centenares y varios miles.

Alawíes: Secta religiosa de Siria adepta a una rama mística del chiismo. Como mantienen en secreto sus creencias, se sabe poco sobre ellos. Constituyen una importante minoría en Siria y sus fieles componen el 12 % de la población.

Brigadas Rojas: Las Brigadas Rojas (*Brigate Rosse* o BR) se formaron en 1969 en Italia a partir de movimientos estudiantiles y obreros. Reivindicaban la violencia al servicio de la lucha de clases y la revolución. El grupo tenía sus bases y operaba a partir de Italia, atacando principalmente símbolos del sistema, industriales, políticos y hombres de negocios.

Califa: Título del gobernante musulmán civil y religioso que protege la integridad del estado y la religión. Los califas son considerados los sucesores de Mahoma. El término deriva del árabe *khalifa*, «sucesor». Fue igualmente el título honorífico adoptado por los sultanes otomanos en el siglo XVI, después de que el sultán Mehmed II conquistara Siria y Palestina, hiciera de Egipto un satélite del Imperio otomano y fuera reconocido como guardián de las ciudades santas de La Meca y Medina.

Califato: Territorios en que gobierna el califa.

Chiíes: Linaje de los seguidores de Alí, yerno de Mahoma, que se negó a someterse al califa Muawiya en la Gran *Fitna*, dando lugar al mayor cisma del Islam.

Corán: Libro sagrado del Islam.

Cruzadas: Series de campañas militares en las que ejércitos cristianos de Europa occidental trataron de arrebatar a los musulmanes el control de Tierra Santa. En 1095, el papa Urbano II proclamó la primera cruzada. Entre los siglos XI y XIII hubo ocho cruzadas, y los caballeros que tomaron parte en ellas lo hacían convencidos de ganar el cielo. Para los musulmanes, las cruzadas fueron una campaña militar continuada para la expansión de los territorios de la Cristiandad y la destrucción del Islam.

Estado-caparazón: Resultado de un proceso por el que una organización armada acapara la infraestructura socioeconómica (impuestos, servicios de empleo, etc.) de un estado sin tener entidad política (territorio, autodeterminación).

Euskadi ta Askatasuna (ETA): *Euskadi ta Askatasuna* significa «Patria Vasca y Libertad». Es un grupo armado que lucha por la independencia del País Vasco enfrentado a España. ETA tiene su origen en EKIN, grupo nacionalista que en 1958 cambió el nombre por el de Euskadi ta Askatasuna. Las primeras actividades del grupo fueron la colocación de explosivos en ciudades como Bilbao. En 1968, ETA lanzó su primera iniciativa militar y en años sucesivos intensificó su violencia atacando a las fuerzas de seguridad y a políticos. El grupo sigue activo en España y mantiene relaciones con grupos armados de todo el mundo. El número de sus miembros parece bastante reducido, y seguramente no cuenta con más de veinte activistas irreductibles y unos cientos de simpatizantes. Se cree que su cuartel general está en las provincias vascas de España y Francia.

FARC: Fundadas en 1964 por Manuel Marulanda Vélez y otros miembros del comité central del Partido Comunista de Colombia (PCC), las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) es una organización armada de tendencia marxista cuyo fin es derrocar al gobierno. Reivindican la defensa de los campesinos pobres frente a las clases pudientes de Colombia y en este sentido se oponen a la influencia estadounidense en el país, la privatización de los recursos naturales y la presencia de multinacionales. La organización lleva a cabo ataques contra los propietarios ricos, turistas y altos funcionarios internacionales y locales. Está estructurada militarmente y sus miembros, estimados en torno a siete mil, visten uniforme y actúan como un ejército regular. Su importancia creció gracias a la alianza con traficantes de drogas. Los expertos calculan que las FARC recaudan anualmente entre doscientos y cuatrocientos millones de dólares, la mitad de esa suma al menos procedente del tráfico ilegal de drogas. El resto lo obtiene mediante secuestros, extorsiones y un

«impuesto» oficioso que impone en el ámbito rural (www.contrast.or/mirrors/farc/).

Fitna: En origen era el concepto de poner a prueba la fe de un creyente. *Fitna* significa actualmente el período de malestar y guerra interna en la comunidad musulmana. En la historia islámica figura con frecuencia con el sentido específico de guerra civil.

Groupe Islamique Armé (GIA): Grupo armado islamista cuya fundación se atribuye a árabes afganos en marzo de 1992, a su regreso a Argelia después de la guerra de Afganistán. Lo dirige el emir Abu Abd Ahmed, conocido también por «Djafaar al Afghani». El propósito del GIA es derrocar el actual gobierno apoyado por los militares y establecer un Estado Islámico basado en la sharía. Se calcula que cuenta con unos veinte o veinticinco mil miembros. Desde diciembre de 1993, el GIA ha llevado a cabo ataques particularmente violentos en Argelia contra extranjeros, así como contra ciudadanos argelinos.

Guerras intermediadas: Término que indica que combaten terceros en vez de potencias mundiales. Un ejemplo notable de este tipo de guerra fue el conflicto de Vietnam a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970.

Hamás: Creada el 14 de diciembre de 1987 (cinco días después de comenzar la Intifada) como rama palestina de los Hermanos Musulmanes, es una organización que se propone establecer un Estado Islámico en Palestina en sustitución al de Israel. Hamás se benefició del fracaso en el campo internacional de su rival en los territorios ocupados por Israel, la OLP de Yasser Arafat, en particular después de la guerra del Golfo. Para Hamás la única manera de liberar los territorios ocupados es la guerra, y ha establecido un vínculo directo entre el Islam y esos territorios, lo que reduce, e incluso excluye, cualquier compromiso. Hamás es responsable de numerosos atentados contra Israel, sobre todo misiones suicidas, pero a principios del verano de 2014 estaba dispuesta a reconocer a Israel como condición a la formación de un gobierno de coalición. Su actuación se concentra en la franja de Gaza y en algunas zonas de la orilla oeste. Los

objetivos de Hamás incluyen, según su carta fundacional del 18 de agosto de 1988, además de la liberación de Palestina y la creación de un estado palestino islámico, el rechazo a la presencia occidental en los países musulmanes y a la secularización y occidentalización de la sociedad árabe.

Hermanos Musulmanes: Fundada en Egipto en 1928, la asociación es el prototipo de todos los actuales movimientos islamistas de obediencia suní. Presente en todo el mundo, los Hermanos Musulmanes propugnan un Islam reformista.

Hezbolá: «Partido de Dios» en árabe, Hezbolá es una organización radical del chiismo libanés formada en 1982 en respuesta a la invasión israelí del Líbano. Propugna el establecimiento de un gobierno islámico en Líbano, a semejanza del de Irán, la liberación de todos los territorios árabes ocupados y la expulsión de ellos de la población no musulmana. Es una organización patrocinada por Irán que opera sobre todo en el valle de Bekaa, al sur de Beirut. Se calcula que sus militantes en Líbano suman unos cuarenta mil y cuenta con miles de simpatizantes. Posee artillería pesada, como los misiles BM-21. Se sabe o se sospecha que parte de sus miembros han estado implicados en numerosas acciones armadas contra Estados Unidos. Se conoce también a Hezbolá por el nombre de Yihad Islámica, pero su rama oficial armada se denomina Resistencia Islámica. Esta última, creada en 1983, supervisa las operaciones militares en el sur del Líbano, contando con cuatrocientos combatientes bien entrenados y con cinco mil de apoyo. Aparte de ataques esporádicos (en su mayoría colocación de explosivos y de asesinatos), dirige las operaciones estrictamente militares contra Israel y el Ejército libanés. La Resistencia Islámica está militarmente organizada y sus actividades son cada vez más ilegales desde 1993. La organización trata especialmente de aglutinar una base popular en el sur del Líbano mediante actividades de ayuda social, como sus *Yihad al Hoed* («Santos esfuerzos para la reconstrucción»), para financiar la reconstrucción de edificios destruidos por el Ejército israelí, y desembolsa también veinticinco mil dólares a las familias de mártires muertos en operaciones suicidas.

Imán: Su significado general es el que dirige la oración ritual de los musulmanes, cargo que no requiere ordenación ni poderes espirituales especiales más allá de la suficiente formación para desempeñar la función. También lo emplean en sentido figurado muchos suníes para referirse al líder de la comunidad islámica. Entre los chiíes, el vocablo adopta significados muy complejos. Pero en general, y sobre todo cuando va con mayúscula, se refiere al descendiente del partido de Alí designado representante de la autoridad espiritual de Dios.

Imperio otomano: Imperio musulmán establecido a finales del siglo XIII por Osmán I, fundador de una dinastía turca en el noroeste de Anatolia, y ampliado por sus sucesores, llamados otomanos, que se apoderaron de los territorios bizantinos del oeste de Anatolia, partes del norte de África y del sudoeste de Europa; pero el imperio comenzó a desintegrarse en el siglo XIX y se desmoronó a finales de la Primera Guerra Mundial; la patria Anatolia se convirtió en República de Turquía y las provincias periféricas fueron reconocidas como estados independientes.

ISI: Estado Islámico en Irak.

ISIS: Estado Islámico en Irak y en Siria, conocido también como Estado Islámico de Irak y Levante. ISIL y Estado Islámico (EI). Esta organización terrorista fue creada en 2013, aunque su historia se remonta a principios de la década de 2000 y a Al Qaeda. Ocupa un vasto territorio en franjas de Irak y de Siria, y sus fuerzas atacaron la ciudad iraquí de Mosul en septiembre de 2014.

Islamismo: Ideología política basada en la creencia de que los principios religiosos musulmanes han de presidir cualquier aspecto de la vida pública y privada.

Jabhat al Nusra: Rama de Al Qaeda que opera en Siria y en Líbano. Fue creada en 2012 en el curso de la guerra civil siria. Han protagonizado diversos enfrentamientos con el ISIS y, cuando este libro entraba en imprenta, sufrían graves pérdidas en la guerra declarada contra el Estado Islámico.

Jeque Abdulá Azzam: Musulmán suní que exhortó a la yihad contra el invasor soviético a finales de la década de 1980. Fundó con Bin Laden el Afghan Services Bureau, que recaudaba fondos y reclutaba terroristas, así como Al Qaeda. Murió víctima de un coche bomba en noviembre de 1989.

Kufr: Literalmente «descreído», es el término que califica a quienes no creen en el Islam.

Maktab al Kidmat: Conocido también como Bureau árabe-afgano. Organización creada en 1984 por Osama bin Laden y Abdulá Azzam con objeto de recaudar fondos y reclutar terroristas para combatir a los soviéticos. Tras la muerte de Azzam en 1989, Maktab al Kidmat fue absorbido por Al Qaeda.

Moqtada al Sadir: Líder islamista iraquí muy influyente. En febrero de 2014 dimitió, de pronto, de su puesto en el gobierno.

Mujaidín: Plural de la palabra árabe *mujahed*, literalmente «el que hace la yihad». El término se aplicó a los musulmanes que combatían contra la ocupación soviética de Afganistán (1979-1989) y se ha traducido por «guerreros santos».

Mulá Omar: Líder espiritual y comandante talibán. Fue también entre 1996 y 2001 el líder de Afganistán, derrocado cuando Estados Unidos invadió el país.

Nacionalismo: Término que define el sentimiento y la ideología de pertenencia a una nación y a sus intereses. La palabra tiene su origen en la teoría de que un estado debe fundarse en una nación y de que la nación debe constituirse en estado. El nacionalismo conlleva la conciencia de identidad nacional, que puede incluir la integridad territorial, una lengua común, costumbres comunes y otros factores culturales.

Organización para la Liberación de Palestina (OLP): Movimiento nacionalista de Palestina y organización central de todos los movimientos palestinos, la OLP fue creada en 1964 por Ahmed Shukeiry bajo los auspicios de Egipto. Su objetivo, expuesto en su carta fundacional de mayo de 1964, es la creación de un estado palestino independiente en el territorio actualmente ocupado por Israel, o cuando menos en las zonas ocupadas de

Gaza y Cisjordania. Su líder fue Yasser Arafat desde 1959 hasta su muerte en 2004, cuando le sustituyó Mahmoud Abbas, quien sigue en el cargo.

Peshmerga: Nombre oficial del Ejército kurdo. Sus combatientes han existido de una forma u otra a partir del movimiento independentista kurdo de la década de 1920, tras el colapso del Imperio otomano; es notable la presencia de mujeres en sus filas.

Salafismo: Secta del Islam que abraza la adhesión estricta y literal a los principios del Islam. Tiene su origen en el siglo XIX en respuesta a la influencia europea en la región. A veces, el salafismo suele considerarse puritano y con frecuencia va asociado a la yihad. Los salafistas forman principalmente parte de la población de Arabia Saudita, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos, y están considerados la «minoría dominante» en Oriente Próximo.

Salafismo moderno: Interpretación radical del salafismo. Es un movimiento tenazmente antioccidental que apela al regreso a la pureza del Islam.

SCIRI: Consejo Supremo Islámico de Irak, es un partido político chií iraquí.

Sharía: Literalmente «legislación», es un vocablo que define el código moral y legal de los musulmanes religiosos.

Suníes: La secta mayoritaria del Islam. Tras la muerte de Mahoma, sus seguidores, partidarios del método tradicional de elección basado en el acuerdo de la comunidad, recibieron el nombre de suníes en contraposición a los chiíes, partidarios de la transmisión hereditaria del califato.

Takfir: Acusación de apostasía.

Tawhid: La unidad de Dios según la teología del Islam.

Al Tawhid al Yihad: Grupo islamista militante fundado en Faluya en 2003 y dirigido por Abu Musab al Zarqawi. El grupo falsificó documentación para más de cien combatientes de Al Qaeda que huyeron de Afganistán durante la guerra en 2001 y les proveyó igualmente de fondos y un escondite seguro (cerca de Teherán), organizando el movimiento en Irán y otras zonas de Oriente Próximo y Occidente. En 2004, el grupo declaró

lealtad a Osama bin Laden y pasó a llamarse Al Qaeda en Irak. Significa «Monoteísmo y Yihad».

Ulema: Erudito islámico.

Umma: La comunidad de los creyentes que trasciende diferencias nacionales, étnicas, políticas y económicas.

Yihad: Es un término que con frecuencia se traduce erróneamente por «Guerra Santa», un concepto acuñado en Europa durante las cruzadas. *Yihad* es un vocablo árabe que significa «esfuerzo», y la mejor traducción en el sentido de doctrina religiosa sería «esforzarse por la causa de Dios». Hay dos clases de yihad: la gran yihad, la lucha por superar los deseos carnales y las inclinaciones al mal, y la pequeña yihad o defensa armada del Islam contra sus agresores. El término lo han utilizado diversos grupos armados en sus violentos enfrentamientos contra Occidente; es famoso el llamamiento a la yihad que hizo Osama bin Laden en su *fatwa* contra Estados Unidos, pidiendo «solo guerra» contra el opresor.

Yihad antisoviética: La guerra emprendida por los afganos y otros combatientes musulmanes (mujaidines) durante la invasión y ocupación soviética de Afganistán entre diciembre de 1979 y febrero de 1989, que finalizó con la derrota y la retirada del ejército soviético.

Yizyah: Impuesto sobre los sectores de la población del Islam no musulmanes. Aunque en el mundo islámico los estados-nación no cobran el impuesto, el EI lo impone en ciertas zonas.

Zakat: La limosna obligatoria que constituye uno de los cinco pilares del Islam. Literalmente «purificación».

AGRADECIMIENTOS

Comencé a redactar este libro en junio de 2014 siendo testigo de la última encarnación de la organización armada de al Zarqawi en su avance por Irak. Con mi agente, Diana Finch, y mi editor, Dan Simon de Seven Stories Press, releí *Insurgent Iraq* y, tras un examen de los materiales recogidos, llegué a la conclusión de que mis teorías habían sido correctas. A partir de ahí, iniciamos el trabajo al hilo de los acontecimientos que impactaban en la conciencia internacional, dando al Estado Islámico la categoría de nuevo archienemigo mundial. Cuando el libro entra en imprenta, la situación sigue evolucionando.

Gracias especiales a la periodista y amiga Laura Passetti, que me ayudó a recoger información y datos sobre el Estado Islámico; a Edith Champagne, que me mostró el avanzado nivel de la campaña que emprende el Estado Islámico en los medios de comunicación; a Francesca Borri, por abrirme los ojos respecto a la realidad del conflicto sirio. Ria Julien, amiga y editora de *Insurgent Iraq,* aceptó editar también *El fénix islamista*; por tanto, gracias en particular a ella por mejorar mi inglés y hacerlo más claro.

Como de costumbre, mi ayudante Federico Bastiani ha sido un apoyo impagable; sin él no habría terminado el trabajo a tiempo. Muchas, muchas gracias a mi cuñada, Claudia Gerson, y a mi querido amigo, Bart Stevens por leer el manuscrito, no una, sino dos veces. Gracias a Sally Klein por cocinar y cuidarme mientras escribía, y a sus maravillosos nietos por hacerme reír.

Gracias, Steven y Eleonora Creaturo por prestarme vuestra casa en East Quogue, donde corregí el primer borrador.

De no ser por el personal de Seven Stories, este libro no habría llegado al lector, y sin el trabajo de Silvia Stramenga no habría llegado a traducirse a tantos idiomas.

Gracias muy particulares a Luigi Bernabó, mi agente en Italia, que nunca dudó de que fuese un éxito.

Gracias a mi marido, a mis hijos, a mi madre y a mi tía, siempre incondicionales; a mi prima Marina y a Davide; a mis amigos que, con su habitual competencia, escucharon mis interminables teorías sobre el Estado Islámico.

NOTAS

[1]. Basma Atassi, «Iraqi Al-Qaeda Chief Rejects Zawahiri´s Orders», <http://www.aljazera.com/news/middleeast/2013/0 6/2013615172217827810.html>.

[2]. «Califato» es el nombre de un Estado Islámico gobernado por un dirigente supremo religioso y político llamado califa, o sucesor del profeta Mahoma. De la serie de imperios musulmanes llamados «califatos», el más famoso fue el califato otomano que gobernó de 1453 a 1924. Basado en el poder de los sultanes turcos, el califato otomano se extendió hasta los Balcanes y Hungría bajo Soleimán el Magnífico en el siglo XVI y alcanzó las puertas de Viena.

[3]. Nick Paton Walsh, Guy Tuysuz, Raja Razek, «Al-Qaeda-Linked Group Strengthens Hold in Northern Syria», <http://edition.cnn.com/2013/11/05/world/europe/syria-turkey-al-qaeda/>.

[4]. Ser moderno implica una manera de aprehender el mundo que saca provecho de sus posibilidades y dinámicas actuales de cambio hacia un mayor desarrollo. Paul Nadal, «What Is Modernity?» <http//belate.wordpress.com/2013/ 03/ 03/what-is-modernity/>.

[5]. Varios autores, «Life Under ISIS For Residents of Raqqa: Is This Really A Caliphate Worse Than Death?» <http//www.independent.co.uk/news/world/middle-east/life-un der-isis-for-residents-of-raqqa-is-this-really-a-caliphate-wor se-than-death-9715799.html>.

[6]. Hannah Strange, «Islamic State Leader Abu Bakr al-Baghdadi Addresses Muslims in Mosul», <http//www.tele graph.co.uk/news/wolrdnews/middleeast/iraq/10948480/Islamic-State-leader-Abu-Bakr-al-Baghdadi-addresses-Mus lims-in-Mosul.html>.

[7]. Roula Khalaf, «Abu Bakr al-Baghdadi: Isis Leader» <http://www.ft.com/cms/s/o/e63d94c-o2bo-11e4-a68d-oo 144feab7de.html>.

[8]. Paul Gilbert, *Terrorism, Security and Nationality* (Londres, Routledge, 1995).

[9]. Benoît Faucon, Ayla Albayrak, «Islamic State Funds Push Into Syria and Iraq with Labyrinthine Oil-Smuggling Operation». <http://online.wsj.com/articles/islamic-state-fun ds-push-into-syria-and-iraq-with-labyrinthine-oil-smuggl ing-operation-1410826325>.

[10]. Alex Bilger, «ISIS Annual Reports Reveal a Metrics-Driven Military Command», <http://www.understandingwar.org/default/sites/files/ISWBackgrounder_ISIS_Annual_Reports_o.pdf>.

[11]. GPO, «PLO´s Ability to Help Palestinian Authority Is Not Clear», <http://www.gpo.gov/fdsys/pkg/GAORE PORTS-NSIAD-96-23/html/GAOREPORTS-NSIAD-96-23.htm>.

[12]. Comunicado de prensa, «Islamic State Has Up To $2 Billion for the War Against the US», <http://vestnikkavkaza.net/news/politics/60124.html>.

[13]. En el hecho de la desintegración del ejército de 350.000 hombres de Irak cuando el ISIS atacó Tikrit y Mosul en junio de 2014, cabe considerar algo más que cobardía y deslealtad. De ello se desprende una corrupción generalizada. Los comandantes cobraban soldada de «batallones fantasma» inexistentes y recibían dinero para una nómina de seiscientos soldados cuando solo mandaban a doscientos. «A pesar del enorme gasto del ejército, un total de 41.600 millones de dólares en los últimos tres años, las unidades llegaron al frente escasas de munición y con tan solo cuatro cargadores para el rifle de asalto. El ISIS realizó vídeos impresionantes mostrando la facilidad con que los francotiradores herían y mataban a la tropa», <http://www.independent.co.uk/news/world/middle-east/isis-caliphate-has-baghdad-worried-because-it-will-appeal-to-angry-young-sunnis-9574393.html>.

[14]. Pese a toda la retórica sobre la Guerra contra el Terrorismo como prólogo a una nueva era del imperialismo estadounidense, incluso en Irak Occidente no ha conquistado nuevos territorios con el propósito de integrarlos en una nación, como en la guerra de conquista premoderna.

[15]. John Gray, «A Point of View: Isis and what it means to be modern», <http://www.bbc.com/news/magazine-2824 6732>.

[16]. Lawrence Joffe, «Obituary: Ayatollah Mohammad Bakir al-Hakim», <http://www.theguardian.com/news/2003/ aug/30/guardianobituaries.iraq>.

[17]. David Rose, «Heads in the Sand», <http://www.vani tyfair.com/politics/features/2009/05/iraqi-insurgents200 905>.

[18]. Greg Bruno, «The Role of the “Sons of Iraq” In Improving Security», <http://www.washingtonpost.com/wp dyn/content/article/2008/04/28/AR2008042801120.html>.

[19]. Matt Bradley y Ali A. Nabhan, «Iraqi Officer Takes Dark turn to al-Qaeda», <http://online.wsj.com/news/arti cles/SB10001424052702304834704579405440767359448>.

[20]. Bill Roggio, «Analysis: ISIS, allies reviving “Baghdad belts’ battle plan», <http://www.longwarjournal.org/archi ves/ 2014/06/analysis_isis_allies.php>.

[21]. *Ibíd*.

[22]. *Ibíd*.

[23]. *Ibíd*.

[24]. Casa Blanca, «President´s Address to the Nation, January 10, 2007», <http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2007/01/20070110-7.html>.

[25]. Peter Beaumont, «Abu Bakr al-Baghdadi: The ISIS Chief With the Ambition to Take Over al Qaeda», <http://www.theguadian.com/world/2014/jun/12/baghdadi-abu-bakr-iraq-isis-mosul-jihad>.

[26]. Varios, «Interior Published a New Picture of the Leader of “Daash” Abu Bakr al-Baghdadi», <http://www.shafaaq.com/sh2/index.php/news/iraq-news/71597-qqhtml>. (en árabe).

[27]. Jenna McLaughlin, «Was Iraq´s Top Terrorist Radicalized at US Run Prison?», <http://www.motherjones.com/ po litics/2014/07/was-camp-bucca-pressure-cooker-extremism>.

[28]. Varios, «The biography of Sheikh Abu Bakr al-Baghdadi», <http://archive.org/stream/TheBiographyOfSheikhAbu BakrAlBaghdadi/The%20biography%20of%20Shei kh%20Abu%20Bakr%20Al-Baghdadi_dju.txt>.

[29]. Lizzie Dearden, «Iraq Crisis; ISIS Leader Pictured for the First Time After Declaring Islamic Caliphate», <http://www.independent.co.uk/news/world/middle-east/iraq-cri sis-leader-pictured-for-first-time-after-declaring-islamic-ca liphate-9586787.html>.

[30]. Sohrab Ahmari, «Inside the Mind of the Western Jihadist», <http://online.wsj.com/articles/sohrab-ahmari-inside -the-mind-of-the-western-jihadist-1409352541>.

[31]. Entrevista con Michael Przedlacki, 16 de septiembre de 2014.

[32]. Aryn Baker, «Why Al Qaeda Kicked Out Its Deadly Syrian Franchise», <http://time.com/3469/why-al-qaeda-kicked-out-its-deadly-syria-franchise/>.

[33]. Paul Crompton, «The Rise of the New Caliph, ISIS Chief Abu Bakr al-Baghdadi», <http://english.alarabiya.net/en/perspective/profiles/2014/06/30/The-rise-of-the-new-caliph-ISIS-chief-Abu-Bakr-al-Baghdadi.html>.

[*]. *Shell-state* en el original. *(N. del ed.)*

[34]. Donald Neff, «The First Intifada Erupts, Forcing Israel to Recognize Palestinians», <http://www.ampalestine.org/index.php/history/the-intifadas/364-the-first-intifada-erupts-forcing-israel-to-recognize-palestinians>.

[35]. Loretta Napoleoni, *Terror Incorporated* (Nueva York, Seven Stories Press, 2005).

[36]. Hannah Allam, «Records Show How Iraqi Extremists Withstood US Anti-terror Efforts», <http://www.mc clatchydc.com/2014//06/23/231223/records-show-how-iraq-extremists.html>.

[37]. Bernard Haykel, «The Enemy of My Enemy Is Still My Enemy», <http://www.nytimes.com/ref/opinion/26hay kel.html>.

[38]. Aryn Baker, «Syrian Rebels Appear to Have a new Type of US Make Anti-Tank Weapon», <http://time.com/57 313/syrian-rebels-are-seen-with-u-s-made-weapons/>.

[39]. Erika Solomon, Daniel Dombey, «PKK “terrorists” Crucial to Fight Against ISIS», <http://www.ft.com/cms/s/o/4a6e5b90-2460-11e4-be8e-00144feabco.html#axzz3ATS SuWooo>.

[40]. Entrevista con Francesca Borri, 15 de septiembre de 2014.

[41]. Entrevista con un exrebelde sirio, 10 de agosto de 2014.

[42]. Entrevista con Francesca Borri, 15 de septiembre de 2014.

[43]. «Opposizione siriana. Qatar ha pagato riscatto di 20 milioni di dollari per rilascio caschi blu da al-Nusra», 13 de septiembre de 2014 (en italiano).

[44]. «Il Fatto Quotidiano. Isis, nuovo video. L´ostaggio John Cantlie ai media: “Dite la verità su Stato Islamico”», <http://ilfattoquotidiano.it/2014/09/18/isis-nuovo-video-lostaggio-john-cantlie-ai-media-dite-la-verita-sullo-stato-isla mico/1125414>. (en italiano).

[45]. Elliot Ackerman, «Watching ISIS Flourish Where We Once Fought», <http://www.newyorker.com/news/news-desk/watching-isis-flourish-where-we-once-fought>.

[46]. «ISIS Leader al-Baghdadi Proves Formidable Enemy», <http://www.al-monitor.com/pulse/originals/2014/02/iraq-isis-baghdadi-mystery.html>.

[47]. Middle East Monitor, «Corruption in the Palestinian Authority», <http://www.middleeastmonitor.com/downloads/ reports/2013124_CorruptioninthePalestinianAuthority. pdf>.

[48]. Maggie O’Kane, «Where War is a Way of Life», <http://www.theguardian.com/world/2001/oct/15/afghanis tan.terrorism9>.

[49]. Hannah Allam, «Records Show How Iraqi Extremists Withstood US Anti-terror Efforts», <http://www.mc clatchydc.com/2014/06/23/231223/records-show-how-ira qi-extremists.html>.

[50]. De hecho, Moqtada al Sadir siguió una pauta idéntica en los suburbios chiíes de Bagdad en 2003, creando su propio «estado-caparazón» con programas sociales; un enfoque que tuvo gran éxito.

[51]. Aaron Zelin, «The Islamic State of Iraq and Syria Has a Consumer Protection Office», <http://www.theatlan tic.com/international/archive/2014/06/the-islamic-state-of-iraq-and-syria-has-a-consumer-protection-office/372769/>.

[52]. Entrevista con Michael Przedlacki, 16 de septiembre de 2014.

[53]. Fehim Taştekin, «Turkey’s Syria borders an open door for smugglers», <http://www.al-monitor.com/pulse/ori ginals/2014/04/turkey-syria-borders-smuggling-guns-con flict-kurds-pkk-isis.html>.

[54]. Aaron Zelin, «The Islamic State of Iraq and Syria Has a Consumer Protection Office», <http://www.theatlan tic.com/international/archive/2014/06/the-islamic-state-of-iraq-and-syria-has-a-consumer-protection-office/372769/>.

[55]. *Ibíd*.

[56]. Juan Foerom, «Rebel-Held Zone in Colombia Fears End of Truce», <http://www.nytimes.com/2000/12/16/world/rebel-held-zone-in-colombia-fears-end-of-truce.html>.

[57]. Jeremy Bowen, «Iraq Crisis: Fighting in Tikrit After “Caliphate” Declared», <http://www.bbc.com/news/world-middle-east-28092840>.

[58]. Frank Gardner, «ISIS Rebels Declare “Islamic State” in Iraq and Syria», <http://www.bbc.co.uk/news/world-mid dle-east-28082962>.

[59]. Francesca Borri, «Behind the Black Flag: Current, Former ISIL Fighters Speak», <http://www.usnews.com/news/ articles/2014/06/25/behind-the-black-flag-current-former-isil-fighters-speak>.

[60]. William Dalrymple, «The ISIS Demand for a Caliphate is About Power, Not Religion», <http://www.the guardian.com/commentisfree/2014/jul/13/isis-caliphate-abu-bakr-al-baghdadi-jihadi-islam>.

[61]. Dr. Zachariah Matthews, «The Golden Age of Islam», <http://www.irfi.org/articles/articles_401_450/golden_age_of_islam.html>.

[62]. Pero sería un error incluir al régimen talibán en esta categoría por diversas razones, una de ellas es la importación de una fe extranjera y un modelo político a Afganistán, territorio donde históricamente el califato no llegó.

[63]. Entrevista con un traductor albano que trabajó en el Ejército estadounidense en Kosovo, 25 de julio de 2014.

[64]. Ludovica Iaccino, «ISIS Insurgents Tweet Picture of Beheaded Man: This is our ball. It’s made of skin #WorldCup», <http://www.ibtimes.co.uk/isis-insurgents-tweet-pic ture-beheaded-man-this-our-ball-its-made-skin-worldcup- 1452643>.

[65]. Entrevista, Loretta Napoleoni.

[66]. Roula Khalaf, Sam Jones, «Selling Terror: How ISIS Details its Brutality», <http://www.ft.com/cms/s/2/69e70954- f639-11e3-a038-00144feabdco.html>.

[67]. BBC News, «Iraq’s Annual Death Toll Highest in Five Years», <http://www.bbc.com/news/world-middle-east25568687>.

[68]. Aaron Zelin, «The Islamic State of Iraq and Syria Has a Consumer Protection Office», <http://www.theatlan tic.com/international/archive/2014/06/the-islamic-state-of-iraq-and-syria-has-a-consumer-protection-office/372769/>.

[69]. Francesca Borri, «Behind the Black Flag Current, Forner ISIL Fighters Speak», <http://www.usnews.com/news/articles/2014/06/25/behind-the-black-flag-current- former-isil-fighters-speak>.

[70]. Deborah Amos, «Islamic State Rule: Municipal Services and Public Beheadings», <http://www.npr.org/blogs/parallels/2014/09/12/347748371/islamic-state-rule-municipal-services-and-public-beheadings>.

[71]. BBC News, «Battle for Iraq and Syria in Maps», <http://www.bbc.co.uk/news/world-middle-east-27838034>.

[72]. Entrevista con Francesca Borri, 15 de septiembre de 2014; véase también Francesca Borri, *La Guerra Dentro* (Turín, Einaudi, 2014).

[73]. Michael Daly, «ISIS Leader: See You in New York», <http://www.thedailybeast.com/articles/2014/06/14/isis-lea der-see-you-in-new-york.html>.

[74]. Fox News, «The Next Bin Laden: ISIS Leader Abu Bakr Al.Baghdadi», <http://foxnewsinsider.com/2014/06/ 13/next-bin-laden-isis-leader-abu-bakr-al-baghdadi>.

[75]. Juan Sanchez, *Terrorism & Its Effects* (Global Media, 2007).

[76]. <www.assabeel.net>. (n1 539, 2 May 2004).

[77]. Sohrab Ahmari, «Inside the Mind of the Western Jihadist», <http://online.wsj.com/articles/sohrab-ahmari-inside-the-mind-of-the-western-jihadist-1409352541>.

[78]. VICE News, «The Islamic State», <http://www.youtu be.com/watch?v=AUjHb4C7b94>.

[79]. «Islamic State Switches to New Platforms After Twitter Block», <http://www.bbc.com/news/world-middle-east- 28843350>.

[80]. Jack Healy, «For Jihad Recruits, a Pipeline from Minnesota to Militancy», <http://www.nytimes.com/2014/09/07/us/for-Jihad-recruits-a-pipeline-from-Minnesota-to-militancy.html>.

[81]. J. M. Berger, «How ISIS Games Twitter», <http://www.theatlantic.com/international/archive/2014/06/isis-iraq-twitter-social-media-strategy/372856/>.

[82]. Cahal Milmo, «ISIS Jihadists Using World Cup and Premiere League Hashtags to Promote Extremist Propaganda on Twitter», <http://www.independent.co.uk/news/world/middle-east/iraq-crisis-exclusive-isis-jihadist-using-world-cup-and-premier-league-hashtags-to-promote-extre mist-propaganda-on-twitter-9555167.html>.

[83]. «ISIS Leader al-Baghdadi Proves Formidable Enemy», <http://www.al-monitor.com/pulse/originals/2014/02/iraq-isis-baghdadi-mystery.html>.

[84]. Cahal Milmo, «ISIS Jihadist Using World Cup and Premiere League to Promote Extremist Propaganda on Twitter», <http://www.independent.co.uk/news/world/midd le-east/iraq-crisis-exclusive-isis-jihadist-usding-world-cup-and-premier-league-hashtags-to-promote-extremist-propagan da-on-twitter-9555167.html>.

[85]. Entrevista con Francesca Borri, 15 de septiembre de 2014.

[86]. Sohrab Ahmari, «Inside the Mind of the Western Jihadist», <http://online.wsj.com/articles/sohrab-ahmari-insi de-the-mind-of-the-western-jihadist-1409352541>.

[87]. Jonathan Owen, «British Fighters Make Up a Quarter of Foreign Jihadists», <http://www.independent.co.uk/news/world/middle-east/islamic-state-backgrounder-british- fighters-make-up-a-quarter-of-foreign-jihadists-9681547.html>.

[88]. Entrevista con Francesca Borri, 15 de septiembre de 2014.

[89]. Jason Burke, «The ISIS Leader´s Vision of the State is a Profoundly Contemporary One», <http://www.theguar dian.com/commentisfree/2014/aug/24/isis-abu-bakr-al-baghdadi-jason-burke>.

[90]. Tom Englehardt, «Don’t Walk Away From War: It’s Not The American Way», <http://original.antiwar.com/en gelhardt/2014/06/10/dont-walk-away-from-war/>.

[91]. Robert Fisk, «Iraq Crisis: Sunni Caliphate Has Been Bankrolled by Saudi Arabia», <http://www.belfasttelegraph.co.uk/opinion/columnist/robert-fisk/iraq-crisis-sunni-ca liphate-has-been-bankrolled-by-saudi-arabia-30351679.html>.

[92]. Damien McElroy, «ISIS Leader: Muslims Must Fight Until Rome Conquered», <http://www.independent.ie/world- news/middle-east/isis-leader-muslims-must-fight-until-ro me-conquered-30399749.html>.

[93]. *Ibíd*.

[94]. Saladino (1137-1138-4 de marzo de 1193) fue el primer sultán de Egipto y de Siria, fundador de la dinastía ayubí. Encabezó la guerra contra los cruzados europeos en Levante. En el apogeo de su poder, el sultanato integraba Egipto, Siria, Mesopotamia, Hejaz, Yemen y parte del norte de África.

[95]. Dado que Qutb fue encarcelado, torturado y finalmente ahorcado por el régimen de Nasser, su martirio se ha convertido en símbolo de las víctimas de los represivos regímenes árabes.

[96]. McElroy, «ISIS Leader: Muslims Must Fight Until Rome Conquered».

[97]. Ben Hubbard, «ISIS Threatens Al Qaeda as Flagship Movement of Extremists», <http://www.nytimes.com/2014/ 07/01/world/middleeeast/isis-threatens-al-qaeda-as-flags hip-movement-of-extremists.html>.

[98]. «How Saudi Arabia helped Isis take over the north of Iraq», <http://www.belfasttelegraph.co.uk/opinion/how-saudi-arabia-helped-isis-take-over-the-north-of-iraq- 30435038.html>.

[99]. Nick Patton Walsh, «The Secret Jihadi Smuggling Route Through Turkey», <http://www.cnn.com/2013/11/04/world/europe/isis-gaining-strength-on-syria-turkey-border/>.

[100]. «Under the Microscope», Al Jazeera Arabic Satellite TV broadcast, 1 de julio de 2004 (en árabe).

[101]. Varios, «The Biography of Sheikh Abu al-Baghdadi», <http://archive.org/streaam/TheBiographyOfSheikAbu BakrAlBaghdadi/The%20biography%20of%20Sheikh%20Abu%20Bakr%20Al-Baghdadi_djvu.txt>.

[102]. Albert Hourani, *A History of the Arab Peoples (*Cambridge, MA, Harvard University Press, 2003).

[103]. <http://oxfordislamicstudies.com/article/opr/t125/e2356>.

[104]. *Ibíd*.

[105]. «The Future of Sharia: Negotiating Islam in the Context of the Secular State», <http://sharia.law.emory.edu/undex.html%3Fq=en%252Fwars_apostasy.html>.

[106]. «How Saudi Arabia helped Isis take over north of Iraq», <http://www.belfasttelegraph.co.uk/opinion/how-sau di-arabia-helped-isis-take-over-the-north-of-iraq30435038.html>.

[107]. Mike Schuster, «The Origins of the Shiite-Sunni Split», <http://www.npr.org/blogs/parallels/2007/02/12/733 2087/the-origins-of-the-shiite-sunni-split>.

[108]. «The Saud Family and Wahhabi Islam», <http://countrystudies.us/saudi-arabia/7.html>.

[109]. Nassima Neggaz, «The Falls of Baghdad in 1258 and 2003: A Study in Sunni-Shi'i Clashing Memories», <http:// repository.library.georgetown.edu/handle/10822/707405>.

[110]. *Bashaer,* nº 26, 27 de diciembre de 2004. Para más información sobre la comparación entre los estadounidenses y los mongoles, véase también «Iraqi Vice President: “Thousands of Suicide Attackers Will Fight Against US”», *Der Spiegel,* 1 de febrero de 2003; Sam Hamod, «The New Mongols», *al Jazeera,* 19 de noviembre de 2004.

[111]. *Ibíd*.

[112]. El 28 de abril de 2003, Sadam Hussein declaraba que Bush había entrado en Bagdad con la ayuda de Alqami, véase *al Quds al Arabi*, 30 de abril de 2003.

[113]. Loretta Napoleoni, «The Myth of Zarqawi», <http://www.antiwar.com/orig/napoleoni.php?articleid=7988>.

[114]. En el año 2003, la presencia de combatientes extranjeros y de suicidas con explosivos en el Triángulo Suní fue uno de los factores claves que diferenció a la resistencia suní de la insurgencia chií. El otro fueron los antecedentes y motivaciones de ambos grupos. Si para los chiíes era fundamentalmente una lucha de clases, para los suníes era una contracruzada frente a la coalición y una guerra civil contra los chiíes. La rebelión de Moqtada al Sadir buscaba desde el principio el reconocimiento político de sus seguidores excluidos de cargos políticos clave, y una porción de la tarta política para el propio al Sadir. Efectivamente, los chiíes combatían denodadamente en una auténtica guerra contra las potencias ocupantes y tras el ataque suicida contra la mezquita del imán Alí, en una guerra civil contra musulmanes heréticos.

[115]. John Cantlie, «Lend Me Your Ears», <http://www.youtube.com/watch?v=Vcew3qmidRI>.

[116]. Ali Khedery, «How ISIS Came to Be», <http://www.theguardian.com/world/2014/aug/22/syria-iraq-incu bators-isis-jihad>.

[117]. *Ibíd*.

[118]. *Ibíd*.

[119]. *Ibíd*.

[120]. Amnistía Internacional, «Nigeria: Gruesome footage implicates military in war crimes», <http://amnesty-org/en/news/nigeria-gruesome-footage-implicates-military-war-crimes-2014-08-05>.

[121]. Mary Kaldor, *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era* (Malden, MA, Polity Press, 1999).

El fénix islamista
Loretta Napoleoni

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Islamist Phoenix. The Islamic State and the redrawing* of the Middle East
Publicado en inglés por Seven Stories Press

© del diseño de la cubierta, departamento de Arte y Diseño,
Área Editorial del Grupo Planeta
© de la ilustración de la cubierta, © Haidar Hamdani/AFP/Getty Images

© 2014 by Loretta Napoleoni

© de la traducción, Francisco Martín Arribas, 2015

© de todas las ediciones en castellano
Espasa Libros, S. L. U., 2015
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero 2015

ISBN: 978-84-493-3124-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Victor Igual, S.L.
www.victorigual.com

This file was downloaded from Z-Library project

Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.

z-library.sk z-lib.gs z-lib.fm go-to-library.sk

Official Telegram channel

Z-Access

https://wikipedia.org/wiki/Z-Library